

Diego Ameixeiras  
*Dime algo sucio*



Lectulandia

La ciudad de Ourense, llamada aquí Oregón, es la protagonista de esta novela de Diego Ameixeiras. En sus calles encontramos fragmentos de vidas desgastadas, y sin salida posible.

En esta historia criminal, escrita con una prosa ágil y ligera, Ameixeiras forma una totalidad reuniendo estos fragmentos de sombra para sacar a la luz las partes más oscuras del alma humana.

«Dime algo sucio» nos presenta un mosaico de vidas corrientes. Una quinceañera, un taxista, un hombre negro, una mujer que sufre una ruptura... a lo largo de 100 capítulos cortos, dispuestos sin un orden aparente, el libro te adentra dentro de las rutinas, de momentos de cada vida, de cada personaje. Aparentemente no tienen nada que ver, pero sus vidas se cruzan, a veces con más repercusión que otras. Con cada flash, de cada personaje, vamos conociéndolos un poco más, en sus momentos más íntimos, violentos, agresivos, relajados, y a veces, pervertidos.

Es una novela policiaca sin serlo: no hay investigación policial, no hay pruebas, no hay más que dos cadáveres y unas existencias que se entrecruzan en la ciudad de Ourense.

Lectulandia

Diego Ameixeiras

# Dime algo sucio

ePub r1.0

Titivillus 02.01.2019

Título original: *Dime algo sucio*  
Diego Ameixeiras, 2009  
Traducción: Carmen Pereiro, 2011

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Las leyes, como la ley de la causalidad, versan sobre la red y no sobre  
lo que la red describe.*

Ludwig Wittgenstein,  
*Tractatus Logico-Philosophicus* (1921)

*Romeo and the lonely girl  
They seemed to hit it off  
Till Romeo told the lonely girl  
«I must take my leave, my love»*

Thin Lizzy, *Romeo and the lonely girl* (1976)

*El pensamiento puro es vuelo.  
La emoción pura es caída.  
Sutra de la Marcha Heroica (s. VII )*

# 1

En cuestión de ropa interior he probado casi de todo, desde La Perla —tres tangas y dos sujetadores— hasta Women' Secret, pasando por Oysho, Calvin Klein e Intimissimi. Creo que los mejores sujetadores que hay en el mercado son los de Oysho, aunque en tangas, culottes y pijamas prefiero variar e ir comprando lo que más me guste. Ayer me compré uno de esa marca porque mi madre me regaló un palabra de honor por mi cumpleaños. Necesitaba un sujetador sin tirantes para poder estrenarlo, porque el que tenía de Women' Secret ya me estaba muy pequeño (me lo compré a principios del año pasado, cuando usaba la talla ochenta). Pero no veáis el agobio que me entró, porque tuve que recorrer toda la ciudad para encontrar uno que me sentara bien. Llevo una noventa y cinco y acabo de cumplir quince años, y en algunas marcas me veo obligada a pedir la talla cien. Soy de poca espalda, pero tengo demasiado pecho para mi edad. Eso quiere decir que cuando cojo un sujetador de mi talla siempre me va muy ancho, pero la copa me queda superbién.

En Oysho encontré el que necesitaba por solo trece euros. Estoy contentísima: la copa sujeta el pecho y los aros se quedan en su sitio. El tejido es muy suave y de espalda me va perfecto. Contando el que me he comprado, ahora tengo seis sujetadores de esa marca. Este sin tirantes, otro que se ata al cuello para llevar la espalda al aire, uno blanco con adornos en los bordes, un *push up* negro y uno de la línea Love Is. El sexto es el primer sujetador que tuve, uno azul sin adornos de la talla setenta y cinco. Ya no me lo pongo, pero lo guardo como recuerdo. Me sorprende ver el pecho que tengo ahora comparado con esa talla.

Lo mejor de estos sujetadores es que los aros no se mueven nada, agarran mucho y le dan una forma preciosa a las tetas, que van subidas y perfectamente atadas. Lo malo es que se gastan muy pronto. El sujetador de Love Is, que aún no tiene seis meses, ya no puedo usarlo. Es una lástima, porque le tenía mucho cariño. Me queda un poco pequeño, ya no es elástico y ha perdido algo de color. En lo que se refiere a bragas de esa marca, tengo tres: una de Snoopy culotte preciosa, una de Love Is brasileña en conjunto con el sujetador, y un *boxer* rosa fucsia que me compré por seis euros. Como son de algodón y muy bonitas, me gustan mucho y voy supercómoda.

## 2

El cuerpo de esa chica tiene unos ojos verdes que son como el mar, pero están muertos como un pozo negro. El cuerpo no murió sonriendo, pero tras el contorno carnoso de sus labios amanecerá próximamente la sonrisa detrítica de una calavera. El cuerpo de esa chica murió chillando hasta que se le desgarró la garganta y tiene los ojos abiertos por defunción. Se trata de un cadáver de quince años que acumula gran cantidad de semen en la región vaginal, extremo que indica que fue violada reiteradas veces. El cuerpo yace boca arriba con signos de violencia en las extremidades y sufre hematomas severos en el rostro, donde fue golpeado con algún objeto contundente. En la región parietal se distingue el impacto de tres disparos que le causaron una muerte instantánea. El cadáver está desnudo y las piernas consienten un ángulo de torsión exagerado, propio de un títere roto.

Un hombre yace sobre el cuerpo de esa chica. Lleva puesta una camisa de manga corta atravesada por cuatro agujeros de bala, separados por escasos centímetros. El hombre viste pantalones vaqueros bajados hasta los tobillos y tiene algunos arañazos en los brazos. Se trata de un cadáver ataviado de una manera informal y con restos de semen en las ingles. Ese hombre violó a la chica de ojos verdes en el interior de una nave industrial abandonada. Se puede decir que forman una pareja de cadáveres que la policía de Oregón está a punto de encontrar una vez que abra definitivamente el día.

### 3

—Conectad los movimientos de los golpes con las expiraciones.

Laura atiende a la indicación del maestro, ajusta los protectores de las manos y marca el golpe con los puños como si los estuviera introduciendo en el agua. Cuando consigue concentrarse, el mundo exterior no existe. Se le endurecen las facciones, tensa los músculos con rabia y golpea. Tiene un cuerpo atlético, estilizado. Unos brazos delgados pero fuertes, la clavícula marcada. Le sienta perfectamente el pelo devastado sobre los hombros, en capas asimétricas, siguiendo el consejo de las chicas de la peluquería.

—Muy bien —el maestro asiente con la cabeza—. Un poco más y acabamos.

Los alumnos chillan en una única voz y cimbran las extremidades en el aire. Laura ensaya una patada frontal y va directamente al saco, combinando el movimiento de las piernas con un decidido baile de puños. Uno, dos, tres golpes. Sus ojos se concentran en el cuero y reitera los impactos extrayendo la fuerza de las paredes del abdomen, sintiendo la energía que atraviesa los músculos de los brazos. El cabello se le pega a la frente, cae sobre sus ojos como hilachos húmedos, y en la camiseta gris se le dibuja un cerco de sudor de considerable diámetro.

—Ya es suficiente por hoy —indica el maestro.

Laura coge una toalla y enjuga el sudor acumulado en la frente. Le sientan bien las tres horas de kung fu a la semana. Cuando termina las clases y camina por la Avenida de Portugal siente el cuerpo conectado con la mente, el ánimo dispuesto y una feliz solemnidad que se le instala en todas las acciones que acomete. Algunas veces se siente observada, como si todas esas caras anónimas con las que se cruza le envidiaran la energía y la fuerza.

—¿Me das un poco de agua? —le pide un chico.

—Toma —le acerca la botella que tiene a un lado de su mochila—. Está ya un poco caliente, lo siento.

El maestro junta dos colchonetas en un rincón. Alguien lo llama desde una estancia anexa y abre los brazos en señal de protesta, súplica que Laura recoge con una sonrisa cómplice. El maestro desaparece por una puerta y la chica se queda sobre el tatami. Le gusta quedarse en los lugares que se vacían de gente, entrar en los sitios cuando todo el mundo sale, frenar en seco en vez de correr. La sala está rodeada por un espejo y una vidriera. De los vestuarios procede el leve estrépito que arma el resto de los alumnos. Laura se acerca lentamente hasta el espejo y se quita la camiseta, dejando a la vista un top de licra granate. Se ha despeinado. Esa soy yo, repite concentrándose en su imagen. Mi nombre es Laura: eso es lo que piensa antes de dirigirse a los vestuarios.



—Contad conmigo para lo que sea.

—Muchas gracias.

—¿Seguro que no necesitáis ayuda? —la voz insiste.

Ánxela se queda un instante en silencio y observa los embalajes de cartón, las bolsas de plástico desparramadas por el suelo de la cocina, varias maletas amontonadas en un rincón.

—Creo que no.

—Tengo muchas ganas de verte.

Ánxela sale a la terraza y sonrío con escasa convicción.

—Prefiero que quedemos por la noche.

—Como quieras.

—Está todo muy desordenado y no sé por dónde empezar —se disculpa—. Aún tengo que colocar la ropa en el armario y hacer unas compras.

—¿Te va bien a las once y media en la Praza Maior? —la voz telefónica suena algo entrecortada—. O un poco más tarde, si lo prefieres.

—Por mí perfecto. Un beso.

Entre las baldosas sobrevive el cerco de una maceta y Ánxela piensa en geranios muertos y raíces secas. Desde la terraza distingue la ciudad sumergida en el pozo, el esparaván urbanístico, el viejo barrio de A Trindade. Hace muchos años, imaginó que caminaba sobre aquellos tejados. Ánxela cuelga el teléfono, lo introduce en el bolsillo trasero del pantalón y recoge el cabello en una coleta. La cocina es amplia y luminosa, tal y como habían prometido en la inmobiliaria. En el dormitorio, pintado de amarillo, la espera un somier sobre el que descansa un colchón cubierto con un plástico. Unos estantes vacíos, una silla, un armario empotrado con un espejo. Olor a pintura. Ánxela se sienta en el colchón, enciende un cigarrillo y apoya la cabeza entre las manos. Le pesa, un agujijón frío le perfora la frente. El cuerpo empieza a convulsionarse, le tiemblan las manos. Cuando levanta la cabeza, el espejo refleja el mismo llanto silencioso de los últimos días, capaz de prolongarse durante horas. Unas lágrimas que le conmocionan el rostro y de las que intenta defenderse con una sonrisa deforme.

El hombre negro se despierta sobresaltado por una pesadilla que se repite desde hace varias noches atrás. El hombre negro se despierta con una vieja sensación de cansancio instalada en los huesos y le cuesta ingresar en la mañana soleada de Oregón. Debe añadirse que el hombre negro desconoce las palabras exactas que Albert Allen le dedicó a su muerte a Jimi Hendrix, pero algunas noches oye su rumor antes de convocar el sueño. La mayoría de los negros, proclamaron un día los Ghetto Fighters preguntados por el espíritu de Hendrix, sienten que se van consumiendo rápidamente.

—Tenemos una mecha dentro y todos sabemos cuánto va a durar, el ritmo al que se va a ir quemando. Casi todos los negros tienen mechas que se queman rápido por culpa de todo lo que los rodea.

El hombre negro soñó con una playa y se imaginó desnudo, contemplando la caída del sol en el horizonte. Corría una brisa sedosa y las olas menguaban el trámite suave de la marea. El hombre negro introducía piedras nacaradas en una red, las cargaba auestas y se internaba en las aguas para ingresar en el último día. Pero el hombre negro se despierta muy lejos del arenal, atrapado en una ciudad cercada. El sol no se acuesta en el horizonte, solo una concisa línea de luz atraviesa los ojos de la persiana. La pesadilla del hombre negro muere como cada mañana. Cuando el agua imaginada ya le cubre el rostro, tiembla como una vara y adivina el horizonte en el techo de su habitación.

El hombre negro sale a la calle con la mochila al hombro. En las manos lleva un fajo de novedades discográficas agrupadas con una goma. Entra en el primer bar de la mañana, donde es recibido por el estruendo de la máquina de café. Los clientes no tienen muchas ganas de conversación y se concentran en la lectura de los periódicos, pero el hombre negro se les acerca pronunciando la palabra mágica:

—¿Música?

Laura acelera el paso por las sombrías calles de As Camelias hasta alcanzar la orilla del río Barbaña. Desde una ventana una mujer sacude un edredón rosa, de un garaje polvoriento surge una vieja furgoneta, dos palomas persiguen en el suelo un trozo de pan sucio. Laura ajusta los auriculares del iPod y sigue el ritmo de la música con la cabeza. Va casando imágenes en su mente como en un videoclip, imagina un puño americano que derrumba un muro, unas cadenas que se rompen en mil pedazos y se transforman en una espiral de humo. Los bajos deshilachados de sus vaqueros presumen una pátina grisácea y se sostienen más abajo de los riñones con un cinturón negro. A veces se fabrica sus propias camisetas: ensaya distintos nudos con una cinta y luego las introduce en lejía para decolorarlas a su imagen y semejanza. Quedan mejor que esas que venden en Bershka. En la mochila lleva la ropa sucia de la clase de kung fu. A lo lejos distingue la figura desgarrada de Nelson, que la espera siempre en un lugar al que llaman Pozo do Inferno. Le gusta observarlo a distancia, disfrutar de ese segundo en que, por arte de magia, le vuelve a parecer un desconocido.

La mochila se le cae al suelo. Laura es mucho más baja que Nelson y tiene que esforzarse para elevar los brazos y poder agarrarlo por el cuello. Nelson es un chaval cobreado de O Polvorín que lleva un *piercing* en una ceja y un código de barras tatuado en la nuca. Los labios de Nelson son grumosos y apergaminados. Los besos de Nelson por las mañanas saben a Chesterfield y a yogur líquido de fresa.

—¿Has visto eso?

La lengua de Laura deja de vibrar en la boca de Nelson.

—¿El qué?

—La pared.

Laura vuelve la cabeza y repara en la superficie que separa dos persianas herrumbrosas, donde desde hace años permanece el frontal pintado de un Rolls Royce. La novedad campa algunos metros más adelante. A Laura se le iluminan los ojos cuando la descubre: un simio —camiseta roja con estrella verdosa en el centro— sostiene un revólver humeante.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Ayer.

La lengua de Nelson le roba la respiración. Tiene unas manos que saben operar en sus pechos con caligrafía pletórica y unos ojos que la miran como quien asiste al primer atardecer del verano y a un gol marcado en los minutos de descuento. Nelson ha marcado algunos *graffitis* en Os Remedios y en la zona de Oira. La versión manga de una fotografía de Laura, atravesada con unos relámpagos plateados, aguantó algunos meses en la margen izquierda del río, pero el muro fue revestido con unas piedras amalgamadas entre alambres.

—¿Quieres venir por la noche a casa? —pregunta Nelson—. No están mis padres.  
Laura sonríe.

El reloj de la torre de la iglesia de Fátima, situada en el corazón de Erbedelo, donde el barrio de O Couto rinde honra anual a los avistamientos de mayo, carece de numeración. Los dígitos primitivos fueron sustituidos por el saludo *Ave Virgo Alba*, pero pocos feligreses han reparado en el detalle. En el interior del templo, una niña rubia se dispone a recibir la primera comunión. El cuerpo de Cristo, entre los dedos gruesos de un cura algo obeso, abandona el cáliz y se disuelve lentamente en su lengua. La cría, juntando las palmas de las manos, traza una sonrisa emocionada, consciente de estar atravesando el momento más esperado de los últimos meses. El cuerpo de Cristo: amén. La niña rubia regresa al banco consumiendo los últimos restos de la oblea y considera que ha superado uno de los primeros escalones que conducen a la edad adulta. Los padres sonrían orgullosos.

El altar mayor está fraseado en oro con el correspondiente *Aeterno deo vivo et vero*. En uno de los laterales de la iglesia se sitúa un hombre que atiende al sentido rezo de la cría, un hombre que tiene una profunda cicatriz en el cuello. No ha sido invitado a participar en la ceremonia, pero pertenece a la cofradía de los que han reparado en el saludo del reloj a la virgen blanca. La niña rubia sigue transitada por la excitación del momento y el hombre cree que está preciosa, como regresada al mundo tras una larga prospección interna. Los movimientos del cura son lentos, ceremoniosos.

—Podéis ir en paz.

La iglesia se llena de murmullos. El hombre introduce las manos en los bolsillos y camina tranquilamente hacia la salida. Fotografías, encuadres, felicitaciones. Cuando pasa al lado de un cámara apostado en el pasillo central, el hombre piensa que el montaje pide un fundido vaporoso de la cría con un plano de la vidriera que representa la aparición en la Cueva de Iria. Los padres se emocionarían mucho: dos vírgenes blancas. Pero también reconoce que solo se trata de una opinión personal, y que cada uno es muy libre de hacer su trabajo como quiera.

Nelson inmoviliza a Laura agarrándole las muñecas con firmeza. Acaba de clausurar la pelea y contempla su cuerpo desnudo, acostado en el mismo colchón donde hace años atravesó dos semanas de varicela. Visión cumplida. Según sus propias palabras, Nelson piensa que Laura es tan bonita como un canario. Tiene la piel cafeinada y suave, como revestida con un papel de fumar. Lo pierde ese aroma alimenticio, la frontera decolorada que marca el bañador y la flexibilidad de sus piernas de juguete. Sus hombros orgullosamente rectos. La lisura de su vientre, salpicado de diminutas pecas que giran alrededor del ombligo. Cuando Nelson le lame las orejas, se remueve en el colchón y acaba arrancando las sábanas de la cama. Laura tiene las tetas pequeñas y a Nelson le caben enteras en la boca. Degusta sus pezones con la punta de la lengua y entierra la nariz en los prados medios, en busca de ese ataque de risa fronteriza con el placer perturbador de las cosquillas.

—¿Me vas a soltar?

—No.

Se revuelve en el colchón y Nelson acepta liberarla. Le gusta que desafíe su superioridad física. Laura lo rodea con las piernas y le acaricia el pelo como si estuviera extendiendo un champú. Nelson cierra los ojos y siente sus dedos moldeándole despacio las sienes, deteniéndose en el tacto frágil de los párpados. A Laura le gustan esas pestañas larguísimas, la traza firme de sus pómulos, las venas marcadas de sus antebrazos. Las ventanas están abiertas de par en par y permiten el paso de una ligera brisa. Anochece, se encienden las primeras luces de las casas a la orilla del río. Nelson retrocede y busca el ombligo de Laura para descender lentamente al sur de las espirales rizadas, donde se desplaza por el entorno hasta posicionar las primeras vibraciones. Laura respira entrecortadamente, elevando el volumen de los jadeos, y le ayuda con las manos sobre la cabeza. Nelson agradece el gemido fijo, ese hermoso canto de anunciación cuando transita con la lengua entre sus piernas. Laura deja en las sábanas un cerco del tamaño de un donuts y le da un ataque de risa de los suyos.

—¿Qué pasa? —pregunta Nelson.

—Nada —responde Laura tapando la cara con un cojín.

Antes de incorporarse, Nelson contempla el espectáculo. Lo reconforta la visión del cuerpo de Laura, los relieves acentuados por las últimas convulsiones y el movimiento nervioso de sus piernas. Laura sigue riéndose y Nelson celebra ese peinado descosido que le otorga un aspecto salvaje. Los dos tienen la piel cubierta por una lámina viscosa de sudor. Los dos se agitan nerviosos entre las sábanas, sienten un escalofrío de peces acuciantes entre las piernas. Un perro ladra al otro lado del río y una mariposa colisiona contra la bombilla encendida de un flexo. Nelson se

coloca encima de Laura, que entreabre las piernas sin dejar de mirarlo a los ojos. Las manos gruesas de Nelson explorándole la contraportada de los muslos, esa piel pegajosa frotándose contra la suya una vez más. Laura lo agarra con fuerza por la nuca y le ofrece su lengua, que Nelson recoge en el cielo de la boca como un punzón.

—Espera, ponte así —le dice Nelson.

Laura ilumina una sonrisa cuando se siente franqueada.

En la Praza Maior se mezclan las conversaciones con las campanadas que anuncian la llegada de la medianoche. Las terrazas, atestadas de gente, ocupan las inmediaciones de los soportales. Unos chicos se pierden por A Barreira cargando bolsas llenas de botellas. Ánxela enciende un cigarrillo, exhala el humo y juega con el mechero entre los dedos.

—¿Qué tal en el trabajo?

Tras sus gafas de pasta azul, Marga esconde unos ojos muy vivos, casi infantiles, que observan los gestos nerviosos de Ánxela.

—Llego a fin de mes y gano para mantener a dos gatos y permitirme algún capricho —responde Marga.

Un hombre les ofrece chicles y pañuelos de papel. Tiene los cabellos largos y lacios, muy sucios. Marga niega con la cabeza y el hombre se despide juntando las palmas de las manos. Ánxela cruza las piernas y acaricia los muslos con ansiedad, rozando una y otra vez los vaqueros con la palma de las manos.

—Tengo ganas de hacer un viaje —continúa—. El otro día vino un chico por la oficina con un envío para Uzbekistán. Ni sabía que existía ese país.

—¿Sigues con Diego?

—No. Lo dejamos hace unos meses. Un día se acabó la pasión, otro se acabó la confianza y otro acabé acostándome con un amigo suyo.

—Contado así parece gracioso —dice Ánxela.

Marga encoge los hombros. Delante del edificio del ayuntamiento hay un palco en el que esa noche no actúa nadie.

—El resto fue muy poco original. Discusiones, fotografías rotas y reparto equitativo de discos y libros. Nada importante.

Las dos se miran en silencio. Marga le tiende la mano y Ánxela descubre el tacto acogedor de sus dedos. Se le han acentuado las ojeras y, cuando habla, pliega los labios de una manera extraña, como maltratando la tonalidad de su voz, que se ha vuelto opaca y aguardentosa. No lleva pendientes. Tiene las uñas muy descuidadas y no para de fumar. Esa fue la primera impresión que le causó a Marga.

—Cuando hablamos por teléfono no te dije toda la verdad —confiesa.

—Lo sé. Utilicé el plural de una manera un poco temeraria. Lo siento.

—¿Tanto se me nota?

—Creo que sí. ¿Desde cuándo no estáis juntos?

Ánxela aguanta la respiración antes de hablar. Cerrar los ojos le produce un extraño placer. A su alrededor, todo el mundo respira tranquilamente.

—Dos meses y veinticuatro días —responde.

Marga se coloca los gafas sobre la nariz y golpea la mesa con los dedos. En la mesa contigua se habla de fútbol.

—¿Te apetece dar un paseo?

La luna mengua sobre el barrio de San Francisco, sembrando su resplandor en los tejados de los edificios erigidos al pie de Montealegre. Eduardo se aburría disparándole al televisor con el mando a distancia, pero ahora sostiene su ordenador portátil sobre las rodillas y teclea nerviosamente. El ventilador se esfuerza en agitar la calma chicha, girando sobre un montón de periódicos atrasados. Se puede decir que Eduardo siente mariposas en la boca del estómago y algo semejante al bramido de un tráiler en el interior de los muslos. En la pantalla aparece un nuevo mensaje.

—Quiero mandarte algo.

Contactaron una noche en que Eduardo revisó pacientemente todos los seudónimos con denominación sugerente. Se perdió en largas conversaciones con hombres que decían ser mujeres y mujeres que no le decían nada. Pero la fortuna es para quien la trabaja. Cady tiene quince años y vive en algún lugar de Oregón. No parece mentir demasiado. Ahora se conectan todos los días y también intercambian algunos correos electrónicos. Nada de fotos. Nada de webcam.

Eduardo se inclina ansioso sobre el ordenador y escribe la respuesta.

—¿Una foto? —le reclama.

La última vez le envió una fotografía de Cameron Díaz.

—No. Un regalo.

Acepta que se trata de un excelente progreso, pero no puede evitar un cierto sentimiento de decepción. Eduardo sólo puede imaginar a esa chica misteriosa ayudado por una descripción demasiado sucinta: morena, cabello largo, ojos verdes. Odia las matemáticas.

—Espera. No es buena idea darte mi dirección.

—Puedo dejártelo en alguna parte. Dime un sitio.

—Ahora mismo no se me ocurre ninguno.

—¿Tienes miedo de que se entere tu novia?

—En absoluto.

—Si te lo mando a casa no te espiaría en el portal.

Eduardo se remueve en el sofá. La chica está tomando la iniciativa y debe ganar tiempo. Sabe que no es la primera vez que se queda hipnotizado ante ese modo en que las palabras escritas aparecen en la pantalla. La carnalidad de las vocales, la insolencia adolescente de las consonantes, la suavidad de esos espacios en blanco. Los dedos de Eduardo resbalan rápidamente por las teclas mientras sostiene el cigarrillo entre los labios.

—¿Y si soy yo quien te espía? —le pregunta.

La respuesta se demora. Eduardo piensa que quizá no esté reaccionando a la altura de las circunstancias.

—Eres un pesado. ¿Te lo envió o no?

—Espera. Creo que tengo una idea.

—Pues suéltala de una vez. Tengo sueño.

—Antes quiero preguntarte algo.

—Dime.

—¿Qué llevas puesto hoy?

Eduardo apoya la espalda en el sofá para esperar cómodamente la respuesta.

—Un camisón naranja de tirantes finos con un triángulo en el pecho. De largo me llega por encima de las rodillas.

El silencio de la Praza da Magdalena, antiguo camposanto al pie de la iglesia de Santa María Nai, contrasta con el barullo alcohólico que proviene de los bares albergados bajo los soportales de la vecina Praza do Trigo. Marga y Ánxela están sentadas en un banco, de espaldas al cruceiro situado en el centro de la esquina, y del que han debido retirar los cristales destrozados de una botella de ron. Los muros de las casas están llenos de pintadas y firmas de grafiteros. Ánxela recoge las piernas, las coloca sobre el banco y se vuelve para mirar a Marga a los ojos.

—Estaba calentándole la cama a una compañera de trabajo desde hacía meses — le dice—. Algo sospechaba por su actitud. Demasiadas horas extras en la oficina y una repentina afición por ir al gimnasio, ya me entiendes. Pero actué como si no quisiese enterarme de lo que estaba pasando, o como si hubiese alguna posibilidad de que no fuese cierto. Pensé esperar a que tuviese el valor de decírmelo, pero al final acabé sabiéndolo de otro modo. Me mandó un mensaje pensando que se lo enviaba a ella. Así de simple. Como un adolescente. No quiero ni recordar lo que ponía. Di vueltas por la ciudad, sola, y estuvo a punto de atropellarme un coche. Luego volví a casa y dijo que lamentaba que lo hubiese sabido de aquel modo. Fui incapaz de articular palabra. Sentí que estaba enamorada de alguien que ni siquiera merecía todo mi desprecio. En ese momento quería pegarle y abrazarme a él, escupirle en la cara y besarlo como si fuese un niño arrepentido, todo junto. Me odié a mí misma por pensar que sería capaz de perdonarlo. Me sentí culpable por ser una estúpida, por no haber frenado a tiempo y comprobar que ya no quedaba nada de mí. Ese cabrón había ganado la partida. Solo faltó que hiciese el signo de la victoria con los dedos. Quería que desapareciese de mi vida y seguir despertándome el resto de mis días a su lado. Quería todo lo que me hacía daño de él, todo lo que me arruinaba, todo lo que yo sabía que era un engaño. No me soporté a mí misma. Cuanto más pretendía odiarlo más me daba cuenta de que lo quería. ¿Me entiendes?

Marga sonrío y le acaricia la cara.

—Creo que sí.

—Esa noche me quedé a dormir en casa de una amiga. Casi no recuerdo cómo llegué, estaba viviendo todo aquello como si fuera una pesadilla. Algo totalmente irreal, una burla. Me dijo que podía quedarme todo el tiempo que necesitase, pero a los pocos días la ciudad se me caía encima y decidí volver aquí. Ahora no quiero que nada me recuerde a Xaime, nada. Quiero que desaparezca de mi cabeza, matar todos los recuerdos. Quiero estar sola. Sola.

Ánxela se levanta y camina despacio, alicaída. Se concentra en el manto de gujarros que cubre la superficie de la plaza, a la manera de los pavimentos antiguos.

Marga va detrás y llegan hasta las escaleras de la calle Esquecemento, por las que ascienden hasta Pena Vixía.

—La chica con la que anda está embarazada de tres meses —concluye.

Un taxi atraviesa la Avenida de Buenos Aires. En la radio, programa de confesiones nocturnas: un hombre que se siente atraído por la nueva pareja de su exmujer. El taxista menea la cabeza y se detiene en un semáforo. Hay gente para todo, piensa. El hombre continúa detallando sus padecimientos y confiesa que no parará hasta que sea correspondido. Siempre consigue todo lo que se propone, y antes de que entren las cuñas publicitarias repite varias veces que la vida es demasiado corta. El reloj marca las dos y media de la madrugada.

El taxista bosteza y distingue a su derecha a dos hombres colocando unos cartones sobre la acera. El más alto viste un chándal verde y el más bajo se conforma con una camiseta deshilachada y unos vaqueros recortados a la altura de las rodillas. Todos sus movimientos son lentos, como trazados a cámara lenta. El hombre de la camiseta apura un cartón de vino y se limpia los labios con las manos, a punto de perder el equilibrio. Está borracho. El hombre del chándal verde, que acaba de ver el vehículo detenido ante el semáforo, saluda al taxista y cruza la avenida con pasos cortos, arrastrando los pies.

El taxista baja el cristal de la ventanilla y el hombre del chándal, que ya ha alcanzado el vehículo, apoya las manos sobre la puerta. Está muy fatigado, respira entrecortadamente. Tiene las uñas ennegrecidas y mugrientas, los dedos sarmentosos. El taxista, como es habitual, le acerca un paquete de Chesterfield. El hombre se lo guarda en el bolsillo del pantalón y sonríe agradecido.

—Espera —le dice con la voz desgarrada.

El hombre del chándal verde extrae del bolsillo un pequeño cartón y se lo ofrece al taxista con solemnidad, como quien otorga un trofeo. Le sorprende el regalo: una lámina gris, muy estrecha, recortada de una caja de cereales.

—Muchas gracias.

Siempre acaban discutiendo por el reparto del tabaco. Antes de colocar el pie en el acelerador, el taxista lee el texto que los dos hombres han escrito en el cartón: «El rumor de la melancolía es el sonido de una orquesta a lo lejos». Solo cuando oye la bocina del vehículo que lo precede, consigue salir de su ensimismamiento. Qué gente más curiosa, piensa.

Fin de semana en la playa. Lista para bañarme: me pongo el biquini, salgo del hotel y me baja un litro de regla. Horror. No podía ponerme una compresa y que saliesen las alas por fuera del biquini, y mucho menos usar una normal y pasar todo el día sin bañarme. Nunca había utilizado un tampón en mi vida. ¿Solución? Mi madre busca una farmacia y compra compresas y Tampax Compack Lites. Al principio me entró un poco de pánico, pero me explicó que había comprado los más pequeños para que aprendiese yo misma a ponérmelos, que ya iba siendo hora. Imaginaos la escena: sentada en el bidé del hotel, limpiándome con agua porque estaba sangrando como una cerda, y con un tampón en la otra mano. Mi madre se puso a chillar como una histérica y me dijo que me lo metiese de una vez, pero no pude. Al final me dijo que me tumbase en la cama. Abrí las piernas y miré al techo rezando para que todo aquello acabase. Entonces, noté un ligero dolor y chillé como una histérica. Mamá dijo que si estaba tan tensa me iba a molestar, y que tenía que intentar distraerme. No os cuento más. Con esfuerzo, pero superé la prueba: mi madre me dijo que «ya estaba dentro» y solo pude creérmelo cuando me enseñó el aplicador que acababa de retirar.

Durante toda la tarde no noté nada. Mamá me explicó que si los colocas bien ni te enteras. Cuando volvimos al hotel por la noche, me quité el biquini y me dijo que tirase del cordón con cuidado. Qué asco. Todo el algodón lleno de esa mierda que suelta la pared de mi útero. Por la noche me puse una compresa para descansar un poco, y al día siguiente quise colocarme yo misma el Tampax. Mi madre me dijo que separase bien las piernas y que me agachase. Lo conseguí yo sola, sin esfuerzo. Lo separé del aplicador y lo introduje todo lo que pude, hasta que el cordón quedó colgando de mi vagina.

Me arrepiento de no haberlos utilizado antes. Si se introducen de una manera correcta, los músculos que están alrededor de la vagina los mantienen siempre en su sitio. El aplicador tiene una punta de forma redondeada para facilitar la entrada, aunque lo importante es abrir bien las piernas. Yo tengo que cambiarlos cada cuatro horas porque suelto mucho flujo, pero conozco gente que los puede llevar más tiempo.

El rostro del hombre de la cicatriz se ilumina cuando abre en la pantalla del ordenador la fotografía de una mujer con los pechos desnudos. Son exageradamente grandes y le llegan al entorno del ombligo, tributando el declinar orgulloso de la Venus de Willendorf. La mujer, de complexión firme y vigorosa, apoya las manos en la cintura y mira hacia la derecha. Tiene el cabello húmedo.

La imagen que contempla fue tomada días atrás en la orilla del Miño. El hombre de la cicatriz repara en la traza ancestral de la cara de la mujer, en los surcos marcados del cuello, en la piel enrojecida por el sol. Abre una lata de cerveza y la espuma se le acumula entre los dedos antes de darle el primer trago. Más fotografías: mujeres en traje de baño o *topless*, instantáneas tomadas en lugares próximos al río. Bañistas en las termas de A Chavasqueira y Outariz, paseantes en Reza. Una chica que se cubre con una toalla mientras se deshace del bikini, una pareja que se está besando. El hombre de la cicatriz piensa que debería consignar mejor todas esas fotografías.

En la pantalla se ve ahora un crío de cabello rizado, muy bronceado por el sol. No tendrá más de diez años. Otro chico pedalea sobre una bicicleta, tiene el torso desnudo y viste unos vaqueros recortados a la altura de las rodillas. Se le notan los primeros progresos de la adolescencia: hombros que se ensanchan, facciones prominentes, ojos grandes y labios gruesos. Andará sobre los doce años. Viendo esa fotografía, el hombre de la cicatriz no puede evitar una pequeña sonrisa nostálgica. Un gesto que delata esa soledad que le asalta el espíritu cuando se percata del inexorable paso del tiempo.

El tobillo está rodeado por una cadena plateada muy fina, casi invisible. Perfectamente bronceado, el pie de la mujer se contorsiona hasta sobresalir de un zueco negro. Eduardo acompaña con los ojos la lenta ascensión de la pierna, que se tensa hasta facilitar la definición perfecta de las nalgas bajo la falda. La chica, subida a una escalera, advierte esa mirada. Eduardo decide preguntar lo primero que le viene a la cabeza.

—Por favor, ¿la pasta de dientes?

Las piernas de la chica descienden lentamente la escalera. Sobre el hilo musical, una voz de acento impostado anuncia las ofertas del día. Los zuecos repican en los escalones, la cadena plateada se abraza al tobillo. La blusa introducida en el interior de la falda deja entrever una cintura breve, estilizada. Sobre la lisura del abdomen, Eduardo imagina que se yerguen dos pechos esféricos, demasiado grandes para un cuerpo tan delgado.

—Al final de este pasillo, a la izquierda —le indica la chica.

—Gracias.

La chica continúa reponiendo productos en los estantes, esta vez sin echar mano de la escalera metálica. Eduardo camina por el pasillo y reconoce que acaba de hacerle una pregunta totalmente estúpida. No necesita pasta de dientes. Ahora intenta disimular y decide escoger una marca de dentífrico, pero tarda en concentrarse en la elección. En sus ojos aún perdura la imagen de los pechos artificiosos de la reponedora, una instantánea que se diluye por momentos y regresa como un relámpago imposible de apresar. El escote levemente pronunciado, ese surco que desvela y le duele en alguna parte. Eduardo espera ahora su turno con el dentífrico en la mano y concentra toda su atención en los movimientos de las consignas. Una mujer que guarda un bolso de considerables dimensiones. Un chico que gira la llave y coge una bolsa de deporte.

—Un euro con veinticinco céntimos.

Eduardo busca las monedas y abona el importe exacto.

—Gracias.

Lo tortura la sensación de estar siendo observado, pero nadie mira. Le sudan las palmas de las manos, siente un extraño hormigueo bajo los brazos, respira profundamente. Nadie puede adivinar la aceleración que alcanza su ritmo cardíaco. Nadie sabe que no consigue quitarse de la cabeza la imagen de los pechos esféricos, el tobillo rodeado por una cadena plateada, la lenta ascensión de la pierna que se tensa hasta facilitar la definición de las nalgas bajo la falda. La cajera sigue pasando los códigos de barras por el detector. Eduardo llega a la consigna acordada. La número quince, tal como le había indicado Cady. Ha dejado la puerta entreabierta y

en el interior hay una bolsa de plástico verde. Eduardo la coge con fuerza, como si se le escapase toda la vida entre los dedos. El regalo es un objeto blando, y al tocarlo se le instalan ese millón de cables de alta tensión entre las ingles.

Antes de salir, Eduardo vuelve la cabeza y observa por última vez a la chica del supermercado. Al fondo del pasillo central, apostada nuevamente sobre la escalera metálica, continúa colocando los productos sobre los estantes.

La calle central de la piscina está vacía. Ánxela se ajusta las gafas y aplaca el gorro mientras observa la calle desierta. Desciende por la escalera y nota como el agua se apodera de las esquinas de su piel, enfriándola levemente. Cuando sumerge la cabeza se concentra en el frescor que se le instala en las sienes. Ante sus ojos se extienden ahora las aguas calmas, el imposible sosiego azul.

Un hombre muy delgado hace estiramientos. Ánxela observa el otro extremo de la piscina. Cuando inicia el recorrido y se vuelve a sumergir bajo el agua, imagina que está mudando de piel como un reptil que ritualiza el abandono de la cubierta primitiva. Se quiere libre, ingrávida, dejar en todo lo que toca la huella de un roce liviano. Le sienta bien el silencio bajo las aguas y elevar la cabeza para impulsarse. Una y otra vez coge aire, lo suelta. Reúne fuerzas con el ansia de vaciar el pensamiento, pero no lo consigue. La conciencia de ser lo ocupa todo y extiende sus garras por el gran bálsamo clorado. Nadie oye el llanto de Ánxela bajo las aguas. Desea explotar, romperse, habitar algún lugar inerte.

Le quedan pocas brazadas para culminar la longitud de la piscina. Los pulmones trabajan a tope y Ánxela persigue una señal, un síntoma, un clavo ardiendo. Quedarse sin aliento y sentir cómo con las últimas brazadas se desviste de todos los vertederos posibles. Eso es lo que ansía con todas sus fuerzas. De ese modo avanza considerándose prácticamente larva, segura de renacer con una larga ducha en los vestuarios.

Dejando tras de sí una estela de humo grisáceo, el autobús asciende por Xoán XXIII hasta alcanzar las cercanías del Parque de San Lázaro. En la parada se concentra un grupo de gente que se refugia bajo la marquesina. El motor arrastra un rumor asfixiado que espesa el aire y despereza el andar nervioso de una paloma. En el interior del vehículo, una vez que le abona el imponerte exacto al conductor, el hombre negro intenta mantener el equilibrio ayudándose de las agarraderas metálicas. Tiene unas manos grandes, los dedos fuertes y gruesos. Mientras avanza entre los meneos para alcanzar la parte trasera del vehículo, advierte la costumbre adoptada por los viajeros: todos ocupan los asientos pegados al pasillo y dejan vacíos los más próximos a las ventanas.

Una chica se levanta rápidamente para dejarle paso. Transporta un bebé en una mochila.

—Gracias —dice el hombre negro alcanzando su asiento.

Desde un informativo radiofónico, la voz metálica del locutor vaticina temperaturas próximas a los cuarenta grados. El hombre negro —el único viajero que contradice la unanimidad de las mangas cortas con una cazadora vaquera— encaja la mochila entre las piernas y apoya la cabeza en la ventana, dejando que el temblor del motor le acune las sienes. El autobús inicia ya el descenso de la calle Curros Enríquez. Una mujer pulsa el timbre solicitando la parada del vehículo. El hombre negro, distraído, advierte ahora la mirada fija de la criatura. Son dos ojos como dos antorchas azules, transparentes. En respuesta, le ofrece un dedo que la criatura agarra instintivamente. Le sorprende al hombre negro la fuerza concentrada en unas manos tan pequeñas. La madre repara en el dedo exageradamente largo y grueso, y en el anillo plateado que le circunda el pulgar.

De pronto, el autobús traza un violento giro y frena en seco al pie del Puente Nuevo. Alguien suelta un berrido desde los asientos delanteros, la criatura rompe a llorar y la madre la acuna para que se calme. El hombre negro no entiende qué está ocurriendo. Algunos viajeros se juntan en la cabecera del vehículo y una mujer, nerviosa, informa de lo acontecido.

—Ha habido un atropello.

El conductor acaba de descender del vehículo. Lo sigue un barullo de gente que quiere contemplar la escena. Tirado en el asfalto, un anciano ha tenido suerte de que el autobús se detuviese justo antes de impactar contra su cuerpo. Dos viajeros le están echando una mano para que se incorpore.

—¿Está bien? ¿Tiene alguna herida?

El anciano niega varias veces con la cabeza y hace un gesto para que le alcancen el bastón, escondido bajo el frontal del autobús. Una bocina impaciente, gente que

abandona los automóviles, alguien que reclama la presencia de la policía. El hombre negro, que observa con incredulidad el desenlace de la escena, se pregunta cómo es posible que el anciano haya salvado la vida. Ni un arañazo. Absolutamente nada. Una pregunta que comparte el conductor del autobús, que aún no consigue quitarse las manos de la cabeza. Alguien intenta tranquilizarlo.

En el interior del vehículo, la criatura ha dejado de llorar y está jugando con su madre. Pero quien llora ahora es el anciano que ha estado a punto de ser atropellado, y ya se sabe que el llanto silencioso de un viejo siempre es un espectáculo desolador.

El globo de chicle le explota en los labios, un Happydent Ultrafresh con sabor a fresa. Laura acaba de consumir el saldo de la semana mandándole un mensaje a Nelson.

—Ya he comprado todo para esta noche —tecleó—. Besos.

El teléfono móvil marca la una y media. Se le está haciendo tarde para preparar la comida. Sentada en las escaleras del viejo cine Xesteira, Laura espera con impaciencia mientras juega con la caja de los chicles. Del supermercado sale Antía: ya tardaba.

—Perdona, había mucha gente en la caja.

Antía le acerca una bolsa con botellas.

—No te preocupes.

—Os he comprado un whisky de oferta. Superbarato. Y dos litronas.

—Muchas gracias —responde Laura e introduce las botellas en la mochila.

—Tengo que marcharme. Si paso esta noche por el concierto, te mando un mensaje.

Las chicas se despiden con un beso en la comisura de los labios. Laura piensa que es una suerte que Antía aparente dieciocho años. También que siempre esté dispuesta a hacerle un favor cuando lo necesita. Laura vuelve a mirar la pantalla del teléfono: demasiado tarde. Se echa a mochila al hombro —las botellas tintinean con sus pasos— y acelera hasta alcanzar la Praza do Ferro. Encuentra una farmacia y entra.

—¿Qué querías?

Detrás del mostrador, una mujer de cabello muy corto le sale al paso. Laura busca las recetas en el bolsillo delantero de la mochila y se las entrega. Están arrugadas. La mujer se coloca las gafas en la punta de la nariz y recita en voz baja el nombre de las medicinas antes de perderse en la rebotica. Sobre el mostrador hay unas revistas que se pueden llevar gratuitamente y unos trípticos con consejos para reducir el colesterol. Una báscula electrónica, el estante con los alimentos infantiles y un expositor de preservativos. Laura elige los *Easy on* marca Durex y los introduce con rapidez en la mochila. A veces se le atasca un poco esa cremallera, pero ya están dentro.

La mujer regresa de la rebotica con una caja de Risperdal.

—Son las pastillas para mi abuela —dice Laura con una sonrisa.

Los vecinos de la zona podrían haber reparado en un hombre sentado en un banco de la Praza das Mercedes, pero su presencia no parece llamarle la atención a nadie. El hombre calza sandalias de cuero, viste vaqueros azules y una camiseta que empieza a ser más gris que negra. Sostiene un gato de peluche amarillo entre las manos. Las orejas del animal, exageradamente grandes para su tamaño, son rosas. Tiene pecas en las mejillas y humaniza una sonrisa trazada con una línea de hilo azul, muy gruesa. Eduardo no puede creérselo. El tacto, esa textura blanda. Ese olor. El gato de peluche demuestra que Cady existe, que vive en algún lugar de la ciudad, que respira en esas mismas calles.

Siempre habla con naturalidad. Sus gustos, sus fantasías, algún deseo especialmente morboso. Pero en ocasiones Eduardo piensa que Cady calla mucho más de lo que le cuenta, y ese silencio le duele en lo más profundo de su infancia. Querría asomarse a ese interior, apropiarse de esa intimidad, pero la chica se maneja con inteligente prevención cuando se ve invadida por algunas preguntas incómodas. Es en esas circunstancias cuando Eduardo muestra sus debilidades, así que piensa que en ningún caso se debe repetir una situación en que la chica pueda sentir que lo tiene comiendo de su mano.

Días atrás, se mostró especialmente cariñosa cuando Eduardo le relató un episodio sentimental de su adolescencia, aunque también supo ser tremendamente incisiva y burlarse de su escasa pericia con las mujeres cuando tenía la misma edad que ella. Se avergonzó, pero ocurre que ahora los chicos se las saben todas, piensa Eduardo. Por esa razón entiende, una vez más, que no puede dejar que lleve la iniciativa. Debe notar que tiene capacidad de decisión, que es un hombre maduro y resolutivo. Así lo explicó Régine Dumay en uno de sus ensayos: «La mujer se mostrará fascinada por la eficiencia de un hombre que resuelva con rapidez los problemas que se le presenten, si posee un espíritu de decisión vivo y preciso, y también si muestra cierta envergadura en los proyectos que emprende».

El taxista apura las últimas caladas del cigarrillo antes de tirar la colilla al suelo. La camisa se le pega a la espalda como un plástico viscoso, tiene la frente pegajosa y las manos fangosas. Delante de la parada de taxis se alza el edificio de la estación de autobuses, una construcción gris y rudimentaria. No hay mucho movimiento en el interior del recinto, solo un viajero que baja las escaleras hasta las plataformas, paseantes habituales y dos hombres que salen achispados de la cafetería. El taxista se acerca al quiosco, se seca el sudor de la frente con un pañuelo y busca la cartera en el bolsillo trasero del pantalón. Aunque el librero procede siempre a la reserva, el taxista se obstina en traerle una lista con sus títulos preferidos: *Clima*, *Charo Medina*, *Private*.

—Aquí tienes.

El taxista abona el importe y se despide con un saludo militar desganado.

—Muchas gracias.

Una lengua de fuego le lame la cara cuando atraviesa el pasillo de salida. Huele a quemado. Le parece distinguir una columna de humo que se eleva entre dos montes. Ya en el interior del vehículo, guarda las revistas pornográficas y respira profundamente. Querría echarles un ojo, pero no tardará en quedarse dormido y en soñar que vuelve a ser un niño.

El jabón le cae en la frente mientras Laura recorre los pechos con una esponja. Los brazos de la abuela Asunción son delgados como ramitas de hinojo.

—¿Te gusta?

Laura piensa que la abuela Asunción está muy simpática bajo a ducha. Tanto, que cubierta de jabón parece una estatua de gel. Los cabellos pegados a la frente, canosos y vigorosos, le proporcionan un aspecto algo andrógino. A Laura siempre se le ha parecido a esas mujeres representadas en las esculturas antiguas, porque tiene unos ojos que parecen observar el mundo desde un lugar que ya no existe. Hay que ver el cuerpo que mantiene, aunque ande ya por los ochenta y cinco años. Muy pocas arrugas, una piel suave como la de una manzana. Algunas veces se echa a llorar cuando el agua sale demasiado caliente. Eso quiere decir que llega el momento de regular la temperatura abriendo la fría. Laura le frota la espalda y va extendiendo la espuma con cuidado de no levantar alguna herida.

—Ya hemos acabado.

La abuela Asunción recibe sus fricciones diarias con alcohol de romero. Laura es especialista. Así evita que le salgan llagas, porque pasa muchas horas en el sofá o acostada en la cama, sin apenas moverse. La abuela Asunción solo reconoce a algunos allegados y ha dejado de hablar hace seis meses, pero Laura sabe distinguir en sus ojos un relámpago de lucidez que guarda para quien permanece con ella durante horas, en silencio. Siempre le ha gustado escuchar música. Cuando disfrutaba de plenitud física, la abuela Asunción se levantaba del sofá y bailaba las sintonías de los concursos de la televisión. Ahora solo puede llevar el ritmo moviendo ligeramente la pierna izquierda. La música le concede momentos de calma, pero las voces de la televisión, cuando discuten, acaban por estresarla demasiado. Podría decirse que sus preferencias sonoras son un tanto heterodoxas. Laura ha comprobado que un pasodoble le provoca los mismos efectos balsámicos que algunas baladas de Linkin Park.

—Lista —le dice Laura ajustándole el pañal.

La abuela Asunción vivió durante más de ochenta años en la aldea. Cuando le diagnosticaron la enfermedad, la familia la trasladó en contra de su voluntad al domicilio familiar, en el barrio de O Polvorín. Los dos últimos habitantes de la aldea fallecieron el año pasado. Laura piensa que un lugar deshabitado transmite una sensación fantasmal, pero los vecinos de las localidades próximas consideran que la muerte es ley de vida.

—El número marcado no se encuentra disponible en este momento.

Ánxela lanza el teléfono móvil contra el suelo. El impacto destripa la batería del aparato. Se rompe la pantalla. Ánxela se deja caer en el sofá y recuerda lo que acaba de leer en una revista de salud emocional.

—Una parte de cada uno de nosotros conoce a nivel intuitivo lo que mejor nos conviene en cada momento de la vida. Conectar con ese sabio interior y dejar de profetizar fracasos es una condición indispensable para aceptarnos tal y como somos. Si te guías por tus intuiciones, estarás dando un paso muy importante para acrecentar tu autoestima.

El microondas ha completado el tiempo marcado y en unos minutos la infusión estará preparada. Una combinación de hierbas tranquilizantes que le regalaron cuando pasó una semana en un balneario. Ánxela coloca un plato sobre la taza para que no pierda las propiedades. Alguien le dijo en una ocasión que las lágrimas le otorgaban un considerable atractivo, así que se permite el lujo de ensayar una leve sonrisa al recordarlo.

—Debemos identificar el miedo que provocan todas y cada una de nuestras conductas autodestructivas —recuerda—. Es básico que conozcamos todo lo que nos acobarda y asumir que tenemos limitaciones. Crea tu propio ritual de cambio cuando lo necesites, y cierra satisfactoriamente etapas pasadas.

Ánxela acerca la infusión a los labios. Está humeando, pero se atreve a bebérsela de un trago. Al terminar, destroza la taza contra la pared. Le duele la garganta y chilla. Corre hasta el salón y coge el teléfono del suelo. Le tiemblan las manos al colocarle la batería, pero acaba consiguiéndolo. Una vez que lo enciende, aprieta el botón de llamada y vuelve a oír:

—El número marcado no se encuentra disponible en este momento.

Alguien arrastra un mueble en el piso de arriba. Con demasiada violencia para la hora que es. El estruendo alerta a Eduardo, que responde girando el cuello y observando con extrañeza la doblez de las vértebras lumbares de Miriam. Sentada en el otro extremo de la cama, su novia se está desnudando en silencio. De espaldas. Los dedos de Miriam desenganchan los broches del sujetador. Al no encontrar respuesta, Eduardo encoge los hombros y arroja los calcetines contra un rincón. Miriam no soporta eso. Que nunca meta la ropa sucia en la lavadora. Quizás es esa la razón por la que ahora sí que gira la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tenemos vecina nueva.

—No lo sabía.

—La he oído por la tarde —le aclara mientras se deshace de ese tanga gastado que le regaló—. Creo que hablaba con alguien por el móvil.

Miriam ya está totalmente desnuda.

—Pues dile que baje un día a tomar café.

Le duele la espalda. Eduardo se mete en la cama y enciende un cigarrillo. Nunca le apetece leer esa novela que lleva seis meses aletargada en la mesilla de noche.

—Vas a quemar la colcha nueva.

—No te preocupes, tendré cuidado.

La puerta del baño queda entreabierta y Eduardo asiste al ritual que establece Miriam antes de dormir: cepillado de pelo, extracción de puntos negros, lavado de cara, extensión de crema hidratante.

—Deberías apuntarte a la piscina.

Eduardo sigue vigilando a Miriam, que se seca la cara delante del espejo.

—Así seguro que fumarías menos —incide.

—Nadar es muy aburrido —dice Eduardo exhalando el humo.

—Por lo menos reduce el consumo de tabaco. Últimamente fumas mucho.

—Son épocas.

—Tú siempre tienes la época de fumar paquete y medio al día.

—No exageres.

Miriam se unta la cara con la crema hidratante.

—¿Crees que debería cambiar de corte de pelo? —le pregunta.

No soporta esas preguntas. Ya le ha bastado con la manía de que empiece a hacer deporte. Eduardo no responde, se da media vuelta y cierra los ojos. Está viendo a Cady. No tiene celulitis, no tiene estrías. Tiene cuerpo de niña y unos pechos perfectos, muy semejantes a los de la reponedora del supermercado. La imagen se desvanece segundos más tarde, justo cuando Eduardo nota el contacto de los pies fríos de Miriam contra los suyos.



Los dos cantantes se cruzan una y otra vez sobre el escenario, situado en el paseo central de O Posío. Saltan, declaman rimas ingeniosas mientras caminan en círculos concéntricos. Visten pantalones verdes militares y camisetas negras muy flojas. Laura, desde las primeras filas, va siguiendo el ritmo con cabezadas reverenciales. A su alrededor se juntan tres chicos con gestos serios, atentos a lo que sucede sobre el escenario, inmóviles y orgullosos. Por momentos la miran descaradamente y a Laura le gusta. Le encanta que se la coman con los ojos. Tanto, que nota como si la estuviesen tocando esas seis manos a la vez.

—¿Qué tal vas?

Nelson aparece entre el tumulto y le propina un beso largo, profundísimo. Laura responde trepando por su espinazo con las uñas, deteniéndose en el tacto de los músculos de la espalda. Nelson se ha quitado la camiseta y le cuelga ahora del pantalón, que cae más abajo de la cintura. Mientras lo besa, Laura observa los movimientos de los tres chicos. Ahora no la miran. A Laura le habría gustado que Nelson hubiese tardado un poco más.

—Estoy bien.

Les suben unos estremecimientos de calor por los brazos. Una sensación de bienestar se instala en el cuerpo de Laura por oleadas, como volatilizando cada uno de sus movimientos. Los colegas trasiegan una botella de whisky en los bancos próximos y Laura los distingue difusos, como proyectados al ralentí.

—¿Quieres que demos una vuelta? —le pregunta Nelson.

Laura siente cómo el hormigueo se le traslada a las piernas. Le asciende un relámpago hasta la nuca.

—Vale.

Salen del parque y caminan despacio hasta la Praza de San Cosme. Hace una noche asfixiante. Laura se sube a la fuente y se refresca la cara con el agua que cae del caño. Nelson sigue caminando.

—Vengo ahora —le dice.

Laura agradece el frescor. Se enjuga los ojos e introduce las manos mojadas debajo de la camiseta. Nelson está meando al pie de las escaleras que ascienden hasta San Francisco, donde permanecen los restos solitarios de algo parecido a un botellón. Las últimas casuchas al pie de Pena Vixía, la capilla cobijada en lo alto, el espectro de la vieja Fontearcada. A Laura se le caen los párpados. Le agrada esa somnolencia estable y nada pesada, como si estuviese sumergida en una piscina de algodón. Por momentos se le vuelven a electrificar los brazos, pero solo en pequeñas oleadas.

Nelson se presenta subiendo la cremallera del pantalón. Laura le sale al encuentro, pero se detiene cuando nota algo blando bajo sus pies. Mira, pero no sabe

qué es.

—Eso que estás pisando parece una cartera —dice Nelson acucillándose—. Un monedero de cuero.

—¿Tiene algo dentro?

—Aún no lo sé.

Nelson procede al inventario: un carné de identidad, una tarjeta de crédito, un recibo y dos monedas de cincuenta céntimos.

—Creo que hay algo más —añade.

La plaza está totalmente desierta. Nelson, con cara de susto, tiene entre los dedos un billete de cien euros.

La habitación está iluminada por una lámpara halógena colocada sobre una caja de cerveza. En la pared, un cartel del film *Blow-up* y unas notas pegadas en un panel. Huele a tabaco. Los ceniceros están llenos de colillas. También un bote de Coca-Cola y un plato sobre el que nunca se ha comido nada. El suelo de madera cruje cuando entra en el cuarto el hombre de la cicatriz.

La fotografía que aparece en la pantalla muestra una mujer que habla por teléfono apostada en uno de los balcones del Puente Viejo. El hombre de la cicatriz la fotografió a primera hora de la mañana. Le pareció que se distraía contemplando el paso del río, pero en cuanto se acercó un poco, disimuladamente, se enteró de que marcaba con insistencia un número de teléfono. El hombre de la cicatriz piensa que alguna gente no acaba de entender que sus llamadas puedan no resultar del agrado de su interlocutor, y que insistir en la obstinación —enfermiza— no significa alcanzar los resultados deseados, sino todo lo contrario. El budismo chan confirma que no se busca una moneda perdida agitando las aguas, sino deteniéndose para aprovechar su transparencia.

Aumentando el tamaño de la fotografía, una, dos veces, el hombre de la cicatriz adivina un sujetador, probablemente negro, bajo el vestido —muy ajustado— de la mujer. La tira desvalida que se adapta sobre el hombro le provoca una cierta conmoción, aunque la posición del brazo le impide adivinar la auténtica dimensión de los pechos. Una verdadera lástima, porque siempre ha apreciado esa vaporosidad que se aloja en los pequeños detalles.

Tengo ocho bolsos. La mayoría son de Guess o Roxy, pero también tengo uno de Tous que me regaló mi padre el año pasado. Me gusta que sean de asa y rectangulares, del tamaño de una carpeta. Ayer salí por la noche, así que puedo contaros todo lo que llevé (finalmente escogí el de Roxy).

- Mi iPod. Va siempre conmigo a todas partes. Es de los primeros que salieron y tiene cuatro gigas. No pienso cambiarlo hasta que se rompa. Tengo ochocientas trece canciones dentro y miles de listas de reproducción, casi todas de postresaca y antidepres.
- Chicles. Como utilizo aparato, si noto que me empieza a oler un poco el aliento, saco un Happydent de menta y ya está.
- Mi estuche de maquillaje. Con crema hidratante con color Be Beautiful de Nivea, el rímmel Magnific Eyes, el lápiz de ojos marrón de Bourjois, el brillo Lipglass de Mac, el colorete Pink Swoon, una brocha retráctil para el colorete, lápiz corrector de The Body Shop y el *touche éclat*.
- Una compresa. Sin comentarios.
- Mi móvil. Un Nokia n70.
- Una tableta de chocolate Lindt con *nougat*. Por si me entra apetito (nunca me dura más de media hora desde que salgo de casa).
- Un peine y una diadema, para cuando tengo el pelo un poco sucio.
- El estuche de las gafas. Como soy alérgica, a veces se me irritan los ojos. También llevo un colirio Vispring.
- Pañuelos de papel. Siempre ando un poco resfriada.
- El monedero. Me encanta. Me lo compré hace dos años, es dorado un poco oscuro. Quiero que me dure siempre.
- Mis pendientes de Tous. Hacía tiempo que los estaba buscando.
- Llaves. Un llavero de cuero negro con la del portal, la de casa de mamá y la del buzón. Otro con las llaves de casa de mi padre y del chalé.
- Un condón.

El locutor radiofónico anuncia temperaturas de más de treinta y cinco grados para las horas centrales del día. Detenido en un semáforo, el taxista prosigue la marcha y alcanza la Praza de Abastos. Allí percibe el aroma del pan fresco y repara en el traslado a cuestras de las piezas de carne, en el trasiego de la fruta y en los ramos de flores que ocupan los cestos. Apaga el motor.

Unos minutos más tarde aborda el vehículo una mujer de unos setenta años.

—Buenos días.

La mujer sostiene un ramito de claveles y va vestida de punta en blanco, elegantísima, con fuerte carga de carmín en los labios. El taxista arranca y una vez más le sorprende esa cara paliducha, las bolsas que caen bajo los ojos, los profundísimos surcos labrados en la frente.

—Hoy va a hacer calor otra vez.

Siempre el mismo día, el mismo lugar, la misma hora. Cuando llegan al cementerio de As Caldas, el taxista detiene el vehículo y le indica el importe. La mujer le acerca un billete antes de descender del automóvil.

—Muchas gracias.

El camposanto aún está cerrado, pero la mujer se aposta en la puerta, mira el reloj y mantiene el mismo gesto impasible que ha mostrado durante el viaje. No la altera el rumor de un viejo camión que atraviesa la carretera en ese momento. El taxista la observa un rato y arranca dejándola atrás, como una estatua al sol.

El hombre negro está arrodillado en el suelo, colocando las últimas novedades en primera línea de manta. Algunas parejas empiezan a detenerse ante los cedés, aunque sin demasiado interés por hacerse con la mercancía. Al lado del hombre negro alguien trabaja material textil y complementos —Carolina Herrera, Dolce Gabbana, Chanel—, y parece congregarse algo más de clientela, aunque por el momento no consigue cerrar ninguna venta. Negativas, gestos que significan «demasiado caro».

El hombre negro recupera ahora la verticalidad, se sacude las rodillas y ajusta la gorra de los Lakers en la cabeza. Unos chicos se detienen ante la manta mascando chicle, y uno de ellos emplea la puntera de unas Converse All Star para señalar el último film protagonizado por Angelina Jolie. Se marchan. Una pareja evalúa la posibilidad de llevarse algún éxito musical por un precio módico, pero una llamada telefónica los obliga a continuar su trayecto. Los paseantes continúan desfilando delante de las mantas, algunos en viaje de ida y vuelta con paradas en los escaparates. Gente que sale de los comercios con bolsas, gente que busca y mira, pieles bronceadas, gafas de sol, pantalones cortos, escotes, tatuajes. Niños que comen helados que se derriten y manchan, axilas sudadas, depilaciones perfectas. El hombre negro clava los ojos en el suelo y un chico le pregunta si vende cedés vírgenes.

—No —responde sacudiendo la cabeza.

Una mujer se acuclilla y les echa un ojo a las películas. Parece interesada en comprar alguna, mira a la izquierda y a la derecha. El hombre negro la invita a que decida tranquilamente, sin prisa. La mujer, sin pensarlo demasiado, escoge un film protagonizado por Russell Crowe y Denzel Washington. La acompaña un hombre que calza unos náuticos marrones.

—Cinco euros —dice el hombre negro.

La mujer le acerca el dinero. De pronto, la calle se ve invadida por agentes motorizados de la Policía Local. Alguien chilla, señal de alarma. El hombre negro sabe que debe huir inmediatamente.

Nubes negras. El vehículo supera el presuntuoso Puente del Milenio dejando a la derecha las casuchas del Puente Lebrón, el viejo barrio de la Barbaña baja que ya no existe. Ánxela decide no pisar tan fuerte el acelerador. Dialoga consigo misma y se sabe obsesiva como las campanadas que llaman a la muerte y serena como el mar azul de las postales. Entiende que puede protagonizar animosas comedias románticas y abandonarlo todo cuando se siente animal herido, expoliar un corazón contra el que arremete porque siente extraña la palabra *deseo* y se le desgarran las entrañas con el tiempo que huye. Ánxela gira el coche a la derecha y avanza por la calle Progreso. Ánxela odia seguir amando y quiere que se derrame el diluvio universal sobre Oregón, ser envuelta en una mortaja, pero hay algo que la enfrenta súbitamente a la realidad. Un hombre negro que invade el asfalto cuando ya está llegando a la Alameda. Un hombre negro que huye. Por eso tiene que frenar en seco y chilla asustada cuando el cuerpo de ese hombre impacta en el parabrisas.

Ya ha comenzado el diluvio que deseaba. Los neumáticos del coche se han clavado en el asfalto y hay gente que mira desde la acera. Ha frenado a tiempo, el hombre negro ha tenido suerte. Ese hombre negro que la está mirando con ojos de pánico a través del parabrisas mientras Ánxela nota el olor a tierra mojada y ya no recuerda en qué estaba pensando.

—Sube —dice abriendo la puerta.

El hombre negro no reacciona. Está petrificado.

—Sube de una vez —insiste.

Antes de que llegue la policía, Ánxela arranca a toda velocidad. De pronto, casi ha anochecido. Gente que corre bajo la lluvia, gente que se resguarda en los portales. En el cielo se ilumina un rayo. El hombre negro mira de soslayo a esa mujer tan hermosa que clava el pie en el acelerador.

—¿Has visto lo que dice el periódico?

—No.

Eduardo remueve el café y lo acerca a los labios cuidando de no quemarse. No le gusta con tanta espuma. El encargado es un hombre gordo y sin cuello que lee la noticia en voz alta.

—«El compañero sentimental de la mujer que apareció carbonizada en el parque eólico de O Rodicio tendrá que declarar en el Juzgado número uno de Oregón, según fuentes judiciales. La Guardia Civil lo considera el presunto autor de la muerte y el encargado de trasladar el cuerpo hasta el lugar, donde le prendió fuego para destruir las pruebas».

El encargado golpea con los nudillos en la barra.

—¿Qué te parece?

—Ponme otro café, anda. Y sin espuma —dice Eduardo apropiándose del periódico.

—A ese había que meterle cadena perpetua.

—O algo peor —dice un hombre que está jugando en la máquina tragaperras.

Eduardo encoge los hombros y enciende un cigarrillo. Ha pasado la tormenta, vuelve a salir el sol. El encargado murmura algún juramento por lo bajo y acciona la máquina de café. Eduardo, absorto, lee para sí los anuncios de contactos. «Brenda, mulata. Lengua de fuego. Garganta profunda. Actriz porno profesional. Griego». «Katy. 18 años. Muñeca supermorbosa. Besos con lengua. Insaciable». «Travestí Sabrina. Dotadísima, exótica. Máquina sexual». «Lina. Cara de modelo. Tetazas. Cintura de violín».

El encargado coloca el café en la barra.

—Habría que matarlo, Eduardo. Te digo yo que a ese habría que matarlo.

«Empresaria liberal. Viciosa. Pago bien». «Lorena. Primera vez. Acaba donde quieras». «Sofía. Brasileña. Tetas operadas».

—¿Me estás escuchando?

—Sí. Cóbrame los cafés.

—Dos euros.

Eduardo introduce las manos en los bolsillos y se queda paralizado.

—Creo que he perdido la cartera —dice con un hilo de voz.

«Ainhoa. Secretaria retirada. Vasco-francés de escándalo».

En el interior del edificio, con una fachada decrepita por lo que se diría que lleva años desocupado, hay un fuerte olor a cloaca. Un hedor concentrado que se introduce en la nariz y que aumenta su intensidad a medida que se va subiendo, confundiéndose con una mezcla de aceite quemado y lejía. Ánxela, no sabe aún si por una especie de pudor repentino, se detiene antes de llegar a la puerta y no sube los últimos peldaños de una escalera estrecha y muy sucia. Observa al hombre negro, que introduce la llave en la cerradura. Sobre la puerta que se abre, en la que sobreviven los restos de lo que debió ser un crucifijo, una bombilla ennegrecida. Las paredes fueron pintadas de blanco, pero ahora lucen grisáceas y con grietas. El hombre negro gira la cabeza y se dirige a Ánxela con timidez.

—Muchas gracias —dice.

Ánxela sonrío y observa los ojos profundos del hombre negro. Son ojos que parecen llevar mucho tiempo mirando. Siente que debería hacer algo más. Ánxela siente que debería hacer algo más.

—¿Seguro que no necesitas nada?

Algunos vecinos discuten por encima del volumen de un televisor.

—Puedo dejarte algo de dinero —añade.

—No.

Ánxela busca la cartera en el bolso. El hombre negro niega con la cabeza y Ánxela entiende que no debe insistir.

—Deberías mirarte esa herida.

El hombre negro tiene algunos arañazos alrededor del codo. Le duele. Ánxela se acerca y le coge el brazo.

—Puedo bajar a una farmacia.

El hombre negro le aprieta la mano con fuerza. Unos dedos grandes, gruesos. Luego se da media vuelta y desaparece en la oscuridad de la vivienda. La puerta se cierra. Ánxela permanece unos segundos inmóvil, como esperando que se vuelva a abrir, pero solo oye voces que vienen al encuentro del hombre negro en el interior de la casa.

Ánxela se sienta en el pasamanos, busca el paquete de tabaco en el bolso y repara en la altura del hueco de las escaleras. Una altura considerable y muy atractiva.

Visto a lo lejos parece de juguete. Visto de cerca, una reliquia de tiempos pasados. El tren está cruzando el viaducto, que se alza sobre los otros puentes que atraviesan el río. Con el paso de los vagones, los dos chicos chillan con todas sus fuerzas y se agarran a la baranda. Gritan con los rostros congestionados, expulsando todo el aire que les cabe en los pulmones, como si diesen por terminado algo semejante a un conjuro, y los gritos acaban confundándose con el estruendo de la máquina. Nelson chilla «Laura» y Laura chilla «Nelson».

El convoy continúa el trayecto hacia el sur.

—Tendríamos que hacer esto todos los días —dice Laura, recuperándose.

Nelson, cara de satisfacción, le da un trago a la litrona. Se le cae un poco de espuma que le mancha la camiseta, pero como es negra no se nota. Eso es lo que responde siempre cuando Laura dice que no estaría de más comprarle un babero. Desde la altura contemplan los vehículos que cruzan el Puente Nuevo y los paseantes que bordean el río. A Laura no le gusta que Nelson se apodere siempre de la cerveza. Y Nelson, aunque lo niegue, tiene un poco de vértigo. Pero a Laura le gusta subirse a sitios altos.

—Pásamela, anda.

Laura es especial. Cómo se mueve, cómo le cae el pelo sobre la frente, cómo desciende la cerveza por su esófago.

—Te queda muy bien —dice Nelson.

La cadena sostiene una piedra de ágata azul. Laura es diferente. Cómo sonrío, cómo tuerce los ojos de soslayo, por encima del hombro, con esa mezcla de insolencia y desafío sexual que incapacita a Nelson para cualquier cosa que no sea mirarla y aplaudir. Cómo tuerce las rodillas para dentro cuando camina, cómo le quedan esos pantalones, cómo le gusta tocarla, cómo a veces Nelson no entiende a qué vienen algunas preguntas si todo es más sencillo.

—¿Te gusta mi cuerpo? —le pregunta cuando menos se lo espera.

—Sí.

—¿Cómo que sí? ¿Solo eso?

—Pues claro. ¿Qué quieres que te diga?

—Imagina que me ves por la calle y no me conoces. ¿Te fijarías en mí?

—Sí. Te perseguiría hasta tu casa.

—¿Te gustan otras?

—No.

—¿Crees que debería cambiar de corte de pelo?

—No. Así te queda bien.

—¿En qué pensabas cuando me besaste por primera vez?

—No lo sé. Estaba un poco borracho. Te quiero.

Y Laura se enfada un poco, finge una arrogancia adulta que aún no le sale y Nelson cambia de tema. Se besan. A Laura le ha encantado el regalo. Nelson sigue teniendo un poco de vértigo.

—Me va a dar suerte —responde acariciando la yema con los dedos—. La chica de la tienda dijo que es un purificador energético.

—No sabía que las piedras tuviesen poder.

—Algunas tienen mucha fuerza.

Nelson juega con la cartera y saca la tarjeta de crédito.

—Esto sí que da poder. ¿Y si probamos a comprar algo?

—Seguro que ya está desactivada.

—Hay gente que lo paga todo con este puto plástico.

—Gran descubrimiento —Laura lo golpea con el codo.

—Tiene que ser una movida manejar tantos billetes y no tocarlos nunca.

—Será que les manchan los trajes.

—O que en los bancos necesitan dinero invisible.

Laura coge la cartera y busca el carné de identidad.

—El rojo te queda muy bien. Esa es tu talla, hazme caso. Siempre las llevas demasiado flojas.

Laura le compró una camiseta. El tejido muestra un puño emergiendo sobre unas llamas negras. Nelson le da otro trago a la litrona y Laura observa pensativa la foto del carné de identidad.

—¿Qué pasa? —le pregunta Nelson.

—Me suena mucho la cara de este tipo.

En la fotografía se ve el rostro pixelado de Eduardo, en blanco y negro, con cara de sueño y esbozando una media sonrisa.

—No tiene pinta de tener mucha pasta —dice Nelson.

—Creo que lo he visto alguna vez, pero no sé dónde.

Allá, en el fondo, las aguas del río. Laura dobla el cuerpo sobre la baranda.

—No hagas eso, por favor. No lo hagas —dice Nelson.

Laura se ríe a carcajadas. Es una risa infantil.

El taxista apoya el tenedor en el plato y mastica sin demasiado ímpetu. Un crucifijo dorado le baila alrededor del cuello y en el fondo de la taza se posan algunas fibras de un *croissant*. Se le ha caído una gota de café en la camisa, que limpia con un paño que humedeció en el vaso de agua, asumiendo el diámetro de la mancha con un bufido. Por la megafonía del centro comercial se anuncian las ofertas del día. Filetes de ternera, gambas congeladas, alubias. Una niña bebe un refresco de naranja agarrando el vaso con las dos manos mientras la madre se entretiene con una revista. El taxista las observa detenidamente.

—Ponme un coñac —le dice al camarero.

La mujer, no más de cuarenta años, delgada y de facciones rotundas, dos botones de la blusa desabrochados, alza la mirada por encima de las gafas. El taxista gira la cabeza para no ser descubierto. Estaba mirando muy descaradamente y la mujer se ha percatado. Estaba observando esas piernas cruzadas bajo la mesa, sopesaba el volumen de los pechos, la imaginó desnuda. Transformó a la madre responsable, un poco aburrada, con su niña caprichosa y el marido ocupadísimo, en una amante salvaje. El camarero le pone el coñac.

—Así está bien, gracias.

El taxista apura la copa de un golpe, deja un billete de diez euros y se despide del camarero con su saludo militar desganado. Abandona la cafetería y se dirige al aparcamiento por el pasillo mecánico. Ha olvidado a la mujer. En la mano lleva una bolsa de plástico: ha comprado algo de fruta y embutidos para la cena. Ya en el aparcamiento, abre el maletero e introduce la compra en su interior. Segundos más tarde, arranca el coche y abandona el recinto comercial en dirección a una whiskería.

La redada llevada a cabo ayer en la Calle del Paseo por doce agentes de la Policía Local se saldó con la detención de siete vendedores ilegales y la incautación de todo el material de que disponían a la venta. Los arrestados están en libertad con cargos una vez que fueron puestos a disposición judicial, según han informado fuentes policiales. Estos vendedores ambulantes están acusados de un delito contra la propiedad intelectual, dado que los artículos que ofrecían son falsificaciones, copias e imitaciones no autorizadas de marcas registradas.

Los imputados deberán presentarse en los juzgados los días uno y quince de cada mes, pero desde diferentes asesorías jurídicas se ha señalado que será «un proceso casi imposible», ya que la mayoría de los detenidos son indocumentados en situación irregular que suelen dar nombres falsos en comisaría. La redada ha tranquilizado los ánimos de los comerciantes y vecinos de la zona, que llevaban tiempo protestando por la «poca atención» de las fuerzas de seguridad ante la proliferación de puestos de venta ilegal. «Había demasiada permisividad y era necesario actuar de manera contundente lo antes posible, ya que esta venta ilegal supone pérdidas cuantiosas para todos y ofrece una imagen muy negativa de la zona», afirmó un representante de los comerciantes.

El hecho de que los inmigrantes fuesen esposados provocó furiosas críticas por parte de algunos transeúntes. «La norma general es esposar siempre a los detenidos, tanto por nuestra seguridad como por la de ellos mismos», argumentó una fuente policial. La razón por la que ha intervenido un elevado número de agentes ha sido la de reforzar «el efecto intimidatorio ante la posibilidad de que se produjesen disturbios».

Cuando la abuela Asunción ya está metida en la cama y consigue conciliar el sueño, los padres de Laura tardan poco en quedarse dormidos delante de la televisión. Al padre se le cierran los ojos con los auriculares en las orejas, escuchando los programas deportivos de la medianoche. La madre siempre acaba arrimando la cabeza a su hombro, querría saber en qué queda ese esperpéntico careo entre las examantes de un conocido bailarín, pero no puede, la vence el sueño, así que estira las piernas sobre unos cojines colocados en la mesita y también cierra los ojos. No pasan más de diez minutos antes de que se despierte sobresaltada, lamentando no haberse acostado antes.

Laura acaba de encerrarse en su cuarto.

—Buenas noches —les dijo con una sonrisa, sabiendo que no iba a obtener respuesta.

Ahora se ha estirado sobre la cama, observándose las uñas de los pies. Se las ha pintado de negro, como suele hacer últimamente. Si tuviese que presumir de alguna parte de su cuerpo, diría que tiene unos pies bonitos. Los masajes que le da Nelson le hacen cosquillas, pero le gustan y son muy relajantes. Un día leyó en una revista que los chinos dicen que en la planta de los pies están todos los órganos del cuerpo. El corazón, los pulmones, el estómago. Por eso hay que cuidarlos y tratarlos con mucho cariño. Hace un mes colocó un anillo de plata en uno de los dedos del pie. La madre se sorprendió cuándo lo vio, tanto como cuando hoy apareció con el colgante nuevo.

—¿Quién te ha regalado eso? —le preguntó mientras preparaba la cena.

—Nelson —respondió—. ¿A que es bonito?

Laura se ha dado una ducha y aún tiene el cabello mojado. Desde la ventana contempla el fluir encajonado del río Barbaña y piensa en Nelson. Le va a dejar una llamada perdida, por eso se vuelve a tirar en la cama y busca el teléfono móvil en la mochila. No lo encuentra. A lo mejor lo ha dejado entre los cojines de la sala, como le sucede muchas veces. Pero aquello que tiene ahora en la mano —su *spray* de autodefensa— acaba de hacerle recordar algo.

Ya sabe de qué le suena la cara del hombre que perdió la cartera.

El hombre de la cicatriz observa, vigila, calibra cuerpos. Camina por la Avenida de Portugal y acelera el paso ante las construcciones que van cegando los caminos que descendían hasta Portocarreiro, olvidados entre huertas difuntas, zarzas clausuradas por la maquinaria y casas enfermas que ya casi no están. El hombre de la cicatriz ha recibido una llamada. Una voz familiar, la voz que siempre le ofrece trabajo y dinero. La voz que le permite desaparecer y olvidar que un día regentó un negocio de duplicado de cedés hasta que todo el mundo se compró un ordenador que permitía hacer lo mismo en casa. La voz que desea fotografías que incluso provocan que los inspectores de las Brigadas de Investigación Tecnológica acaben cogiendo una baja por depresión.

El hombre de la cicatriz sabe que están a punto de hacerle una buena oferta. Sigue caminando, desciende por la Fonte do Bispo hasta el Barbaña y se sienta en un banco al pie del río. Vestido de *sport*, a su lado hay un hombre distraído que lee el periódico. Un hombre de piel bronceada y dientes blancos, perfectos. Un hombre que dobla el periódico y dice:

—Tenía muchas ganas de verte.

El hombre de la cicatriz también.

En el escaparate se exponen algunas muestras de escopetas, pistolas, armas blancas, útiles de supervivencia, artículos de caza y pesca. Detrás del mostrador, Eduardo está introduciendo en una caja el carrete de una caña de pescar. En una nota amarilla adherida al cartón ha anotado un número de teléfono. Tendrá que pedir un modelo nuevo, este parece defectuoso. El reloj marca las ocho y veinte de la tarde. Pronto será hora de cerrar. Alguien entra en el establecimiento: una chica de unos quince años con un pequeño colgante azul en el cuello. La chica tendrá la misma edad que Cady: una niña que remonta el cuerpo de una mujer recién formada. Quince años. Eduardo la observa sin disimulo: labios carnosos, pechos pequeños pero apuntados, falda por encima de las rodillas, piernas delgadas y morenas, uñas de los pies pintadas de negro. Una sucia nostalgia se le instala en los ojos cuando reconoce que hay algo hermoso —doloroso y efímero— en esa inocencia lindada a un cuerpo adulto. La chica se acerca lentamente al mostrador y a Eduardo le duele como nunca no poder apropiarse de esa imagen evanescente.

—¿Querías algo? —le pregunta.

Laura observa al hombre de la armería. No hay duda: es la misma cara del carné de identidad.

—No sé si te acuerdas de mí —le dice.

—Creo que no. Tengo muy mala memoria —responde con una sonrisa.

—Compré esto aquí hace un mes.

Laura saca el *spray* de autodefensa del fondo de la mochila y lo coloca sobre el viejo mostrador de madera.

—No lo recordaba. Se venden mucho últimamente.

—Por suerte aún no he tenido que utilizarlo.

—Mejor que sea así.

Eduardo imagina el cuerpo desnudo de la chica y le gusta aventurar algún *piercing* oculto, algún tatuaje impreso, el diámetro de los pechos, la frondosidad al sur de la cintura, el aroma de su piel. Le encanta esa manera de exhibir el cuerpo sin haber asimilado aún las formas adultas, como si fuesen una carga pendiente de ser administrada. Le encanta pensar cómo se resistiría, cómo pelearía hasta decir: has ganado. Soy tuya.

—Venía a traerte esto —dice Laura.

Laura guarda el *spray* en el bolso y le acerca la cartera.

—Muchas gracias —Eduardo se sorprende—. ¿Dónde la has encontrado?

—Estaba tirada en una plaza. Pensé en llevarla a la policía, pero te reconocí por la foto del carné.

—Se me ha debido caer, soy un desastre.

—Si tenías dinero, creo que alguien se ha adelantado.

—El dinero es lo de menos.

—Sí. La suerte es que has recuperado toda la documentación.

—Tengo la manía de llevarlo todo en el bolsillo trasero del pantalón, no sé cómo agradecértelo. Me llamo Eduardo.

—Yo soy Laura.

Esta chica que está aquí ante ti, Eduardo, soy yo. Esa soy yo, repite para sí varias veces. Mi nombre es Laura. Ella también lo mira fijamente. Le gusta provocar esas sensaciones en los hombres y tomar el control cuando aprieta la tecla nerviosa que todos comparten. Le gustan los ojos negros de Eduardo, esas arrugas que se le forman en la frente cuando sonrío, las canas incipientes de esa barba de tres días, ese aspecto de haber sobrevivido a varias derrotas emocionales conservando un aire de eterno adolescente.

—Espera. Quiero hacerte un regalo.

—Se me está haciendo tarde, tengo que marcharme.

—Solo será un minuto.

Eduardo desaparece por una puerta que hay detrás del mostrador. No tarda. A los pocos segundos sale con un peluche en la mano.

—Para ti. Guapísima.

*Chicas malas*. Esa película marcó una etapa de mi vida. Cuando era más pequeña, los chicos de mi curso me hacían la vida imposible, casi no tenía amigos y en el recreo me escondía en la biblioteca para que no se riesen de mí. Siempre llegaba a casa llorando y me ponía a ver la película en el DVD. Ahora he conseguido salir de ese infierno, soy valorada en mi curso y tengo muchos amigos. *Chicas malas* me ayudó a superar problemas y sigue siendo una película muy especial para mí.

El argumento cuenta la historia de Cady, una chica nueva en el instituto que acaba de llegar de África. Los primeros días no tiene amigos y se esconde en el baño para desayunar, ya que en el comedor no dejan que se siente con nadie. Pero enseguida conoce a Brian y a Janiss, que le muestran a las «populares» del curso, Regina George y sus dos seguidoras. Regina y su grupo se interesan por Cady, algo que a Janiss le parece muy divertido. Por eso le proponen hacerle una putada y airear todas sus intimidades por el instituto. Cady acepta y empieza a quedar con ellas. Se convierte en una chica famosa e incluso le empieza a gustar el exnovio de Regina, Aaron Samuels. Cuando se lo cuenta, la abeja reina se enfada y vuelve a salir con Aaron solo para fastidiar a Cady. Su venganza consiste en darle barritas energéticas diciéndole que son dietéticas, por lo que Regina acaba poniéndose como una foca. También consigue que Aaron se entere de que le ponen los cuernos y que sus amigas la dejen de lado.

Así que, casi sin enterarse, Cady se convierte en la nueva abeja reina del instituto y pasa de Janiss y Brian, volviéndose una frívola. Las seguidoras de Regina son ahora sus admiradoras, pero cuando quiere salir con Aaron, este le dice que no porque es una superficial. Lo que ocurre, finalmente, es que «las divinas» —el grupo de Regina— tienen un libro en el que han puesto fotografías del anuario y un comentario cruel sobre la gente del instituto. Cady colaboró en ese libro escribiendo que la profesora de matemáticas trafica con drogas y Regina lo sabe. Como venganza, ponen una foto suya en el libro, en la que escribe que ella misma es «una víbora», le hace fotocopias y las suelta por todo el instituto. Todos se ponen en contra de Cady porque ella y sus dos nuevas amigas son las únicas que no salen en el anuario, y se arma una movida tan grande que hasta tiene que intervenir la policía. Cady confiesa que ella es la responsable del rumor de la profesora, pero todo el mundo decide perdonarla, empieza una relación con Aaron y vuelve a ser amiga de Janiss y Brian.

Es una película muy bonita. A mí me salvó la vida. El director es Mark Waters y sale la canción «One Way Or Another» de Blondie, que me encanta.

El hombre negro mata el tiempo sentado en el suelo, concentrado en una grieta de la pared. Le duele el tobillo izquierdo. La carrera delante de la policía le ha provocado un ligero esguince. El hombre negro se levanta y da vueltas por la habitación cojeando ligeramente. Se ha cansado de pasar las horas acostado en un colchón de espuma perforado por los muelles del somier, observando las fotografías de un periódico viejo. El hombre negro arrastra la pierna para no dañarse el tobillo dolorido y completa varias vueltas por el cuarto, moviéndose como un autómatas. Por la ventana ascienden el ruido de un ciclomotor y el llanto atenuado de un bebé.

El hombre negro se sienta en una silla y observa el músculo inflamado. No debería caminar mucho, pero necesita salir a la calle. Los arañazos en el codo le hacen recordar a la mujer que lo recogió cuando huía de la policía. Era guapa, muy guapa. El hombre negro se calza las sandalias y sale del cuarto sin hacer ruido, evitando tropezar con las baldosas levantadas. Alguien tose en la estancia contigua. En el pasillo apenas entra luz: todas las puertas están cerradas.

El hombre negro sale del portal, se mete las manos en los bolsillos y se concentra en no apoyar demasiado el pie. Parece que el tobillo le responde mejor de lo que esperaba e incluso se permite acelerar el paso. Con un poco de suerte, recorrerá el trayecto en menos de diez minutos, el tiempo que tardará en llegar a un locutorio desde el que hará una breve llamada telefónica a un país subsahariano.

Ya ni recuerda la primera vez que una tarde de lluvia se convirtió en una metáfora, ni la primera vez que rompió una fotografía, ni la primera vez que paseó por la ciudad pozo como una sonámbula. Tampoco recuerda la primera vez que observó su cara reflejada en el espejo, pintada para salir, alguien esperando en el portal, y adivinó aterrorizada la sonrisa del rostro originario.

Puso música cuando profetizó la llegada del terremoto. *Shake some action*. Ánxela gira cada vez más rápido sobre el colchón, cada vez más rápido. No quiere parar, siente el tacto viscoso de un reptil en la planta de los pies y chilla con todas sus fuerzas. Las paredes de la habitación se transforman en una masa informe, brumosa. Como una película que pasa a toda velocidad. Cada vez más rápido, más rápido. Se marea. Ánxela se precipita al suelo como la carga pesada de un saco roto. La música sigue sonando. El impacto ha sido fuerte, una explosión seca. Querría seguir bailando hasta quedar exhausta, pero solo consigue cerrar los ojos y provocarse una pequeña brecha en la cabeza que no necesitará sutura. Ánxela ya no está pensando en nada, y parece consciente de esa maravilla que lleva deseando desde la adolescencia, cuando alguien le dijo que llevaba impreso en la cara el sufrimiento de quien se busca demasiado. *Shake some action*.

El taxista está adormilado con la boca abierta. Un hombre sube al vehículo, visiblemente nervioso.

—A la estación de tren, por favor.

El taxista se despierta sobresaltado. Acerca el asiento al volante y pone en marcha el vehículo, que se incorpora a la calle Progreso. Hay poco tránsito. El taxista observa los movimientos del cliente por el retrovisor mientras deja atrás la Alameda. Algo le ocurre a ese hombre, que respira de manera ahogada y se pasa las manos por la cara compulsivamente.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el taxista.

—Sí. Perfectamente.

El vehículo aminora la velocidad y se detiene en un paso de cebra. Una fila de peatones cruza delante del automóvil mientras el cliente mira el reloj una y otra vez. La espera se alarga más de lo que puede soportar y se impacienta con el color rojo del semáforo. Lo observa fijamente. La luz no se modifica y se arrellana en el asiento, dando golpes en la ventanilla con los nudillos. Cuando por fin cambia a verde, se incorpora con rapidez y agarra el reposacabezas delantero con las manos.

—Vaya uno poco más deprisa, por favor —le pide.

El taxista pisa levemente el acelerador.

—Por lo que más quiera.

El hombre le acerca un billete de veinte euros. El taxista lo mira de soslayo y mueve la cabeza negativamente.

—Cójalo, por favor.

—No.

El taxi desciende por la Avenida de La Habana y acelera —más de lo que debería — para salvar un semáforo con la luz en amarillo. El hombre deja caer el billete sobre el asiento delantero y vuelve a pasar las manos por la cara. De nuevo mira el reloj.

—Rápido. Más rápido —murmura.

Cuando el vehículo atraviesa el Puente del Milenio e inicia el ascenso hasta la estación, el hombre escruta los dos lados de la calzada. Busca a alguien. Una mujer que está a punto de entrar en el recinto ferroviario. Esa misma. El hombre acaba de localizarla mientras el taxista busca un lugar donde detener el vehículo. Ya no puede esperar más, abre la puerta del taxi y sale corriendo a toda velocidad. Ha estado a punto de estrellarse contra el suelo, pero consigue mantener el equilibrio. Tiene el rostro desencajado, los ojos inyectados en sangre. El taxista detiene el vehículo y sigue la carrera desquiciada del hombre, que alcanza ya a su presa. Tras una sucesión de golpes, los gritos aterrorizados de la mujer alertan a dos guardias de seguridad,

que entran en escena y consiguen reducir al agresor. El taxista, atónito, observa a la mujer vomitando contra una pared.

Las manos se agarran a la cabecera de la cama, que se menea violentamente. Miriam solloza como si estuviese padeciendo, como si estuviese pariendo. Las acometidas que recibe son fuertes y cada vez más apresuradas. Eduardo se concentra en el impacto de las nalgas contra su vientre y acelera el ritmo cuando Miriam gira la cabeza para mirarlo a los ojos. La colisión produce el sonido equivalente a un aplauso sordo.

Miriam se muerde los labios componiendo un gesto próximo al dolor, casi inmovilizada por las manos de Eduardo, que dominan la cadencia a su antojo. La espalda se le ha empapado de sudor y tiene los músculos de las piernas contraídos. Respira entre jadeos y desea acabar con todas sus fuerzas. Eso significa batir con mayor premura y concentrarse más en el movimiento, acelerar hasta que se produzca la combustión. Encuentra ánimos cada vez que Miriam le pide más rapidez. Le duelen las rodillas y le cuesta respirar, pero consigue redoblar la intensidad pensando en la culminación.

Las ventanas están abiertas y posiblemente algún vecino pueda oír los jadeos de Miriam, que arranca la bajera del colchón y le pide que se mantenga. Pero Eduardo se ha instalado en el estallido final y quiere reventar de una vez. Las nalgas de Miriam han adquirido un tono colorado. Eduardo está empezando a convulsionarse y desemboca sobre su espalda ayudado con la mano derecha. Finalmente, emite un extraño rugido y deja caer su cuerpo sobre Miriam.

El doctor Vázquez Caride, hombre de piel bronceada y dientes blancos, perfectos, prestigioso pediatra, se huele insistentemente los dedos de las manos. Un sofá de cuero y una pantalla de plasma ocupan el centro del salón de su vivienda.

—Va a ser muy arriesgado —dice el hombre de la cicatriz.

—Si aceptas, tendrás diez mil en menos de una semana. Imagina todo lo que te pagarán cuando tengan el material.

El hombre de la cicatriz se recuesta en el sofá y cruza las piernas, pensativo. Las manos del doctor eligen una botella de whisky en el mueble bar.

—Aún no me has respondido —insiste.

—Hasta ahora solo he hecho fotografías.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que tendré que pensármelo.

El doctor se sienta en el sofá echándose una mano a las cervicales.

—Tengo la espalda llena de contracturas —dice con gesto de dolor.

En la mesa hay dos vasos preparados con hielo. El doctor sirve la bebida ceremoniosamente. El hombre de la cicatriz se pone de pie e introduce un disco en el reproductor.

—No te equivoques —el doctor se quita los zapatos y coloca los pies sobre la mesa—. Si quieres, reflexiona esta noche y mañana volvemos a repetir la jugada.

—¿A qué te refieres?

—Si quieres veinte mil euros mañana mismo, no hay problema. Prefiero coger fama de mal negociador antes de que un amigo como tú trabaje con una remuneración inadecuada.

—Yo no soy tu amigo.

El doctor Caride se masajea los pies y le da un trago al whisky.

—Algún día tienes que contarme cómo te hicieron esa herida. ¿Es verdad que mataste a un hombre?

La cicatriz forma un arco profundo bajo el cuello. El doctor aprieta la tecla del mando a distancia y en la pantalla aparece la fotografía de una niña de seis años.

En el Campo dos Remedios, los *skaters* oscilan de un lado a otro de las rampas, ganando impulso suficiente para graparse en el aire a las tablas.

—No entiendo por qué has tenido que devolvérsela.

—Creo que era lo más lógico.

Nelson apoya la tabla en el suelo, se acuclilla y se sienta al lado de Laura, que observa distraída el vuelo de los *skaters*.

—A mí no me gustaría que me lo hiciesen —añade.

—¿El qué? —pregunta Nelson antes de beber un poco de yogur líquido.

—Da igual. Creo que no me entiendes.

El suelo está lleno de cáscaras de pipas.

—Sí que te entiendo. Solo te estoy haciendo una pregunta.

Nelson se seca el sudor con la camiseta y apoya la espalda en el muro, totalmente lleno de *graffitis*. Aún conserva el calor del sol.

—Si encontramos una cartera, lo normal es devolverla, ¿no?

—Claro. Pero si lo devuelves todo.

—Tampoco era tanta pasta.

—No se trata de eso. Te has sentido culpable, has actuado a medias. Está claro que no sirves para atracadora de bancos.

—Me sonaba mucho su cara.

—¿Te preguntó por el dinero?

—No.

Laura se tumba en el suelo y apoya la cabeza en el regazo de Nelson.

—Seguro que está pensando que se lo robamos nosotros.

—Pues a mí me pareció que estaba agradecido. Y dijo que no le importaba el dinero.

Los *skaters* continúan trazando vueltas en el aire. Un chico le hace una señal a Nelson para que se una al grupo.

—Ya voy —chilla mientras se incorpora y voltea la tabla.

—¿Me acompañas a casa? —pregunta Laura.

—Ahora no. ¿Timbro más tarde?

Laura se encoge de hombros.

—Como quieras. Si vienes muy tarde hazme una perdida y bajo.

Nelson adelanta el pie izquierdo y lo coloca sobre la tabla.

Eduardo, sentado en el sofá, mira el reloj: la una y media de la madrugada. Sobre sus rodillas, el ordenador portátil. En la mesa hay varias latas de cerveza vacías y un cenicero lleno de colillas. En el televisor, con el volumen bajado, un film pornográfico que emite una televisión local. Dos hombres y una mujer.

—Siempre fue un inmaduro —escribe Cady.

—¿Pero sigues enamorada de él? —le pregunta Eduardo.

—Ayer lo vi agarrado de la mano de una chica que conozco y recordé nuestra historia. Soy una imbécil. No vale la pena sufrir por un idiota.

—Tienes razón.

—Salir con Dani fue muy raro. Nunca me tomó en serio, se portó como un imbécil. En el colegio le gustaban todas, de verdad, y a mí eso me fastidiaba mucho. Sus amigos siempre le decían que yo no era lo suficientemente guapa.

—Qué estúpidos.

—Como si Dani fuese Gaspard Ulliel o Christian Bale.

En la pantalla del televisor, uno de los hombres hace vibrar su lengua entre las piernas de la actriz. El otro le abre la boca antes de acuclillarse sobre ella.

—¿Qué pasó después?

—Me encantaba estar con él. Quedábamos los fines de semana y era increíble, pero en el colegio pasaba de mí. Nunca me dijo *te quiero*, siempre se limitaba a poner un cutre *tq* al final de los mensajes, que me reventaba. Por si fuera poco, cuando llegó la Navidad me regaló un bolso de Hilfiger horrible. Solo lo llevé una vez para fingir que me gustaba. Era feísimo.

—Qué poca delicadeza.

Uno de los hombres se coloca bajo la mujer y empuja violentamente, se sale, vuelve a entrar. El otro se escupe en la mano, corrige la posición de las piernas, vuelve a escupir y se maneja por detrás.

—Un día discutí con sus amigos y supe que quería dejarlo conmigo.

—¿Y qué hiciste?

—Me adelanté y corté yo antes. Sé que fui un poco estúpida, pero como siempre estaba presumiendo de que nunca me habían dejado, tenía que mantener mi fama.

—Entiendo.

—¿Sabes lo peor?

—Dime.

—En marzo ya estaba saliendo con otra chica y me puse fatal. Superdepre. Cuando quedaba con mis amigas fingía que todo iba bien, pero solo porque a veces soy muy hipócrita.

La actriz —brazos tatuados, *piercings* en los pezones— se da la vuelta y cabalga sobre uno de los hombres, dejando ver su cuerpo hacia la cámara. El otro hombre coloca las manos sobre las caderas y le busca la boca.

—No digas tonterías. A mí me parece muy sincera.

—El último trimestre del curso lo pasé superdeshecha, con mi actitud típica de *todo va bien* cuando en realidad *todo va mal*.

—Ya.

—Pero cuando empezó el verano supe por una amiga que lo habían dejado, y ese cabrón empezó a comportarse conmigo como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

—¿Qué hacíais?

—Empezamos a hablar todas las tardes por el messenger hasta la hora de cenar, igual que cuando estábamos juntos. Y me mandaba mensajes todos los días, más bonitos que nunca y escribiendo *te quiero* con todas las letras.

Los dos hombres se ayudan con las manos y la actriz les ofrece la cara sacando la lengua.

—Pero cuando en septiembre regresó de las vacaciones en Italia, no me llamó hasta unos días más tarde, y mira que siempre decía que tenía ganas de verme. Qué cabrón. Luego supe que en una cena con sus amigos alguien le preguntó si estaba saliendo conmigo y contestó que «más o menos». Eso me convenció de que, si volvíamos a salir, todo sería como la anterior ocasión.

—Pasaste de volver con él.

—Sí. Tenía que hacerlo para no sufrir más. Pero seis meses más tarde aún me seguía acordando de su espalda y de la forma de sus labios.

La actriz se relame y mira a Eduardo desde el televisor con el rostro embadurnado de semen.

La madrugada se cierne sobre las termas de Outariz, en la margen derecha del río. Es una noche clara, con la luna inventando sombras, llenando la ribera con una luz plateada. En la margen izquierda, los fondos turbios del Pozo Maimón y un grupo de chicos que atraviesan la pasarela que une las dos orillas. Ánxela está sumergida en las aguas calientes y tiene los ojos cerrados, las piernas estiradas, el cuerpo feliz. Se puede decir que ha alcanzado un cierto grado de serenidad ahora que empieza a parecer un organismo ingrávido. Le sienta bien la temperatura de las aguas, le reconfortan el cuerpo. Marga observa cada uno de sus movimientos desde el otro extremo del charco y vuelve a sumergir la cabeza.

—Tú no te merecías a alguien así —dice emergiendo de las aguas—. En realidad, nadie se lo merece, así que has hecho bien en dejarlo. Te admiro por eso. Si te engañó, si estaba con otra, no creo que fuese alguien que valiese la pena de verdad. Suena como una frase hecha, pero es así. No le des más vueltas. Estabas enamorada de una imagen, no de una persona de carne y hueso. Cuando empieces a entender que toda la emoción que te provocaba está relacionada con tus proyecciones, con tu deseo de modificarlo, y con tu propia historia personal, te sentirás mejor. A mí me lo dijo el psicólogo. Cuando se quiere con la imaginación lleva tiempo desengancharse, pero todo el mundo se cura de lo que te está pasando.

—Eso ya lo sé, pero no entiendo cómo no fui capaz de verlo antes.

—Porque no tenías distancia suficiente. Ahora estás empezando a verlo más claro. Fue buena idea que te marchases, te va a sentar bien el cambio.

—No se lo he dicho a nadie.

—¿Cómo?

—Que me he marchado sin avisar. Oficialmente estoy de vacaciones, así que he aprovechado para no darle explicaciones a nadie. A toda la gente que me llama le digo que estoy de viaje.

Marga tiene las mejillas coloradas. El agua le sube un poco por encima de las rodillas, sacude los brazos y camina a tientas hasta que alcanza una toalla.

—Pues ya les contarás todo cuando te apetezca. No pienses en eso, ahora es lo de menos. Y a veces está bien tener impulsos de ese tipo, qué quieres que te diga. Yo nunca he tenido el valor suficiente para escaparme de Oregón, y mira que me agobia ver siempre a la misma gente, las mismas caras. Aquí es imposible ocultarse, siempre estás a la vista de todos. Últimamente, cuando en una conversación sé de la vida de alguien que no conozco más que por referencias, me niego a hacer comentarios. Ningún juicio al respecto, paso de todo. Creo que así doy a entender que, más tarde o más temprano, quiero que me hagan a mí el mismo favor. Pero ni con esas. Esta ciudad está llena de ojos y de lenguas envenenadas.

Marga sale del agua, se pone las chanclas y se seca la cara con la toalla. Ánxela repara en su cuerpo. Le sienta muy bien ese bañador azul. Ha perdido algunos kilos.

—La cuestión es que no cambiaré nunca —se lamenta.

—No te tortures.

—Siempre he roto con todo. Cuando algo se derrumba, siempre salgo corriendo.

—Pues esfuérate y ahora intenta detenerte —Marga busca un espejo en la mochila—. No intervengas en los acontecimientos, que las cosas fluyan, deja que todo acabe ordenándose de forma natural.

—Siempre es más fácil decirlo que hacerlo.

—Tienes razón. Que te lo diga a ti no quiere decir que yo sea capaz de hacerlo.

Ánxela coge aire, sumerge la cabeza en el agua y permanece unos segundos inmóvil, como un cadáver a la deriva.

Tengo un *piercing* chulísimo en el centro de la lengua, por eso me gusta tanto sacarla. A mi madre no le hizo mucha ilusión la idea, para qué negarlo, pero ahora ya está acostumbrada y no le importa que lo lleve. Cuando me pusieron las pinzas me entró un poco de miedo, aunque la perforación de la aguja casi no me dolió. Solo impone un poco al principio porque estás pensando que hay algo duro atravesándote la lengua, y eso asusta. Pero la sensación solo está en tu cabeza.

Recuerdo que al día siguiente noté algo extraño, superincómodo. Podía hablar sin dificultad, pero casi no era capaz de sacar la lengua. Tenía que meter trozos muy pequeños de comida en la boca y masticar con la cabeza un poco inclinada, porque si me mordía la lengua o rozaba el *piercing* con los dientes, el dolor me avisaba con fuerza. Pero luego te vas acostumbrando y al final te das cuenta de que la sensación desaparece a los pocos segundos.

Los primeros días no se debe fumar ni tomar bebidas alcohólicas o muy frías. Tampoco comer alimentos sólidos. Yo aguanté todo lo que pude, pero cuando me salté la norma siempre tuve a mano el bote de Oraldine para enjuagarme. La hinchazón de los primeros días es normal, así que no hay que preocuparse si os sale una pequeña bola de pus cuando apretéis.

La verdad es que llevo más de un año con mi *piercing* y estoy muy contenta. Al principio no paraba de morderlo y lo movía de un lado para otro, pero acabas conviviendo con el pendiente con normalidad. Aunque siempre hay casos raros. Mi amiga Tania, por ejemplo, que tiene dos *piercings*: uno en el labio inferior y otro amarillo supercantoso en el ombligo. Me da un poco de grima porque no para de moverlos como una paranoica. Esa tía está fatal. El que tiene en el labio era marrón y ahora es medio plateado. Con eso os lo digo todo.

Desde lo alto del monte se distingue un gran manto oscuro salpicado por pequeñas luces. Los hombres negros caminaron durante días, semanas, y llegaron exhaustos, algunos desfallecidos. Durante el trayecto durmieron en lugares incómodos, insalubres, sufrieron penurias y pasaron frío, se alimentaron mal y tuvieron sed. Confiaron solo en su suerte. Una ciudad extraña se extiende ahora ante sus ojos y los hombres negros la observan en silencio, como si estuviesen ensayando una plegaria.

Pasan los días y el hombre negro consigue dormir en un lugar seguro gracias a la ayuda de otros hombres negros. Aprende el código de color de los semáforos y comenta la necesidad de encontrar trabajo lo antes posible. Escucha relatos de retornados e historias de cadáveres. Días más tarde, por fin, encuentra una ocupación por la que recibe una remuneración muy escasa. Deberá trabajar más de dos años para reunir los mil trescientos euros que cuesta el transporte hasta el otro lado del estrecho.

Desde lo alto del monte sigue distinguiéndose cada noche el gran manto oscuro salpicado por pequeñas luces. Los días se suceden con la misma lentitud, atravesando los meses del calendario con la parsimonia pesada de un reptil. El hombre negro siente que ha llegado el momento de confiar otra vez en su suerte. Tras más de dos años de espera, dispone ya del dinero necesario. Contacta con un hombre blanco que se ofrece para cruzar el estrecho. Cierran el trato, pero hay temporal fuerte y deberán esperar hasta que el mar esté en calma. El trayecto se hará de noche y el hombre negro debe adelantarle ya el dinero acordado, un fajo de billetes metidos en un sobre. No hay vuelta atrás.

Cuando llega el momento de la partida, el hombre negro se despide de los otros hombres negros y se sumerge en la oscuridad del mar. El porteador se protege con un traje de neopreno y carga con el hombre negro a cuestas. Sin duda, hace falta ser un experto nadador para atravesar el estrecho de ese modo. Una vez que alcanzan la otra orilla, el parte médico indicará que el hombre negro sufre una pequeña hipotermia. Tiene algunos arañazos. Asimismo, se le informará de que debe pasar las siguientes semanas en un centro de acogida, pero como teme ser repatriado y no confía en que llegue el permiso de residencia, decidirá huir a una ciudad del norte.

—Empecé la dieta por puntos la semana pasada.

—No me habías contado nada. Claro. Por eso no quisiste salir ayer a cenar.

El bullicio de las terrazas llena el Eironciño dos Cabaleiros. Sobre la mesa, una copa de vino y una botella de agua mineral. Miriam cruza las piernas y enciende un cigarrillo. Sabe que está empezando a fumar. Su amiga se recoge el pelo detrás de la oreja con gesto cansado. Tiene la piel extremadamente morena, el cabello sobre los hombros, la nariz prominente. Cuando sonrío, se le arruga la frente mucho más de lo que le gustaría. Las uñas de las manos son largas, perfectas.

—Tengo que adelgazar como sea.

—¿Estás yendo al nutricionista? —le pregunta la amiga.

—De momento no. Estoy con un programa que encontré en internet. Puedes diseñar tú misma tus propias comidas, es un método muy sencillo.

—¿Y si algún día no comes en casa?

—Eduardo y yo ya nunca salimos. Y eso que dices no importa, puedes controlarte igual.

—Yo no sería capaz, ya sabes cómo soy.

—Cada alimento tiene una puntuación y cada persona, dependiendo de su talla y peso, dispone de un número determinado de puntos. A mí me recomiendan el consumo de entre diecisiete y diecinueve puntos por día, distribuidos en desayuno, comida y cena. Eso equivale a mil cuatrocientas calorías que me permiten bajar medio kilo por semana.

—¿No pasas hambre?

—Ya he bajado casi trescientos gramos. Estoy motivada, sé que lo voy a conseguir. Me sobran siete kilos.

—No exageres, Miriam. No es para tanto. Mírame a mí.

—Tú estás en tu peso.

—Ya me verás en biquini.

—A veces me permito algún capricho. Siempre puedes reservar puntos en la comida para cuando sales a cenar, por ejemplo. Así no te sientes culpable.

—Pues a ver si salimos juntas de una vez, que ya toca.

Miriam saca un pequeño cuaderno del bolso.

—Mira: los espárragos y las alubias son alimentos de cero puntos. Como las fresas, las naranjas o las manzanas. Puedes comer la cantidad que quieras. Un entrecot de ternera son ocho puntos, así que puedes permitirte tomarlo si todo lo que comiste el resto del día no pasa de los diez. Hay un montón de alimentos que puntúan muy bajo. Lo importante es que tomes un treinta por ciento de grasas, un cincuenta por ciento de hidratos de carbono y un veinte por ciento de proteínas.

—Qué paciencia tienes.

Miriam baja el tono de voz.

—Por cierto, ¿qué tal te ha ido con el chico ese que conociste en el gimnasio?

—¿Con Ricardo?

—Sí.

—Muy bien. Me quedé a dormir un par de veces en su casa. No es que sea ninguna maravilla, pero hace lo que puede.

—No seas tan resentida, Rosa. Dale una oportunidad.

—Te equivocas. No soy una resentida, pero reconozco que me recompondría el himen mañana mismo si eso sirviese para borrar de mi memoria a más de un estúpido que me he llevado a la cama. Ricardo no es una mala persona, pero sé que no estaremos juntos. A estas alturas, tengo otras prioridades. No me sirven las caras bonitas, ni los intelectuales, ni los que van de sensibles. Y mucho menos un deportista. Quiero un hombre práctico y que solucione problemas. Punto. Pero te digo una cosa. Cada vez que me acuesto con Ricardo lo hago con tanta rabia y con tanta mala uva, que siento que me estoy vengando de todos los impresentables que conocí cuando llevaba una treinta y seis y no tenía estas putas arrugas en la frente.

Durante siglos, el camino de O Vao sirvió de paso para que muchos pueblos atravesasen el río cuando bajaba con poco caudal, especialmente en los tiempos en que el antiguo puente construido por los romanos permanecía en ruinas. Ahora, ese mismo camino se utiliza para acceder a un centro comercial.

—Estas cámaras son mucho más compactas que las FX1. Creo que ha hecho una buena compra.

—Espero que sí —dice el hombre de la cicatriz.

—Si tiene algún problema, ya sabe. Estamos aquí a su disposición.

—Muchas gracias.

El vendedor introduce la caja con la videocámara en una bolsa de plástico.

—No se olvide de la garantía —dice.

Cuando sale del establecimiento, el hombre de la cicatriz se detiene en el escaparate. En un televisor encendido puede verse un capítulo de Shin-Chan, que persigue a unas chicas armado con una espiga de maíz, pero no consigue alcanzarlas. Luego, el hombre de la cicatriz sigue caminando y abandona el recinto por una pasarela que cruza el río. Antes de llegar a la otra orilla, le suena el móvil.

—Dime que has aceptado —es la voz del doctor Caride.

El hombre de la cicatriz apoya el cuerpo en la baranda. El río, allá en el fondo.

—Dímelo. No vayas de interesante.

El hombre de la cicatriz cuelga.

El taxista atraviesa la puerta del cementerio de San Francisco, sobre la que puede leerse la inscripción:

*El término de la vida aquí lo veis.*

*El destino del alma, según obréis.*

El sol se inclina sobre el campo de los muertos, que se llena de luz al pie de Montealegre. Allí hay niños reducidos a huesos y hombres que rechazan homenajes desde lápidas soleadas. El taxista se conduce entre cruces y túmulos, entre cristos y flores, y observa un ángel introspectivo, lleno de mármol. El lugar se silencia con su mirada pálida y el taxista piensa en las lápidas que ya no se pueden leer y en los apellidos que descansan en paz. Camina entre las sepulturas terreras con rejas herrumbrosas. Muertos ilustres, anónimos, cipreses serenos y césped seco. Flores secas y letras consumidas.

Si alza la vista, el taxista distingue en la cumbre la Cruz de Montealegre. Si baja los ojos, una urna rota que protege el llanto de una virgen lánguida. Un llamado al descanso eterno que perdió gloria y un cirio muerto sobre una familia entera. Muertos olvidados y muertos presuntuosos, cuando contempla la vanidad aparatosa de los túmulos ricos. Con la mano dispuesta como una visera sobre la frente distingue la extensión sembrada de cruces, que descienden como un auditorio difunto que aún parece observar las viejas casas del calabozo. Huele a laurel, a nada, a muerte, y se presienten espectros, voces subterráneas y llantos silenciosos.

El taxista corona el camposanto. Ya toca una pequeña limpieza a la sepultura familiar. Allí, a pleno sol, muy próximos a un ángel negro, están enterrados sus apellidos.

La velocidad del vehículo, un Volkswagen Golf, llega a los ciento ochenta kilómetros por hora. El conductor, visiblemente borracho, está adelantando a un camión por la A-52 mientras el acompañante graba la aguja del velocímetro.

—¿Qué te parece?

Es la voz de Nelson.

—Una movida. Están locos.

El conductor, que no debe tener más de veinte años, suelta el volante y saluda a la cámara sacando la lengua.

—Mira —señala Laura—. Ya van a doscientos.

—Parece que se van a comer el camión.

—A lo mejor está trucado. ¿Tú qué crees? —pregunta Laura.

—No creo.

El cibercafé es una covacha oscura y mal ventilada. Las mesas están sucias y huele a sudor, los chicos comparten juegos y disparan. Laura y Nelson, en el ordenador más apartado del local, matan el final de la tarde fumando cigarrillos a medias.

—¿Este de qué va? —pregunta Laura.

—Son unos tíos montados en unos contenedores de basura.

—¿Dónde es?

—Creo que en una bajada que hay cerca de la estación de tren.

La imagen muestra unos chicos descendiendo sobre los contenedores. La calidad de la grabación es mala, pero suficiente para adivinar que los improvisados vehículos alcanzan una velocidad considerable. Se oyen aplausos y ruido de cristales rotos. Un contenedor se tuerce en medio de la calle y un chico cae rodando.

—Están superborrachos —dice Laura soltando una carcajada.

La imagen se queda congelada con el chico haciendo la señal de la victoria.

—Qué lenta va la conexión —dice Nelson—. ¿Vemos otro?

—Ya llevamos más de una hora.

—El último, ¿vale?

Nelson introduce las palabras en el buscador y repasa la lista de vídeos.

—Ya está. Mira —escoge uno.

El vídeo, grabado con un teléfono móvil, arranca al ralentí. La luz es muy tenue, amarillenta, casi no se distinguen los rostros. Un chico se bambolea con parsimonia en un columpio y saluda a la cámara con gestos incongruentes. Alguien aparece en escena y le ofrece una botella. El chico le da un trago largo y mantiene el líquido acumulado en la boca. Se oyen risas.

—¿Qué va a hacer? —pregunta Laura.

—Espera, ya verás.

El movimiento del columpio va ganando intensidad. El chico aguanta con las mejillas infladas y alguien empieza a empujarlo con violencia por detrás.

—Prepárate —dice Nelson.

Con la oscilación cada vez más fuerte, el chico acaba por soltarse del columpio y se precipita contra un pedregal. La cámara lo sigue. Laura acerca los ojos al monitor con incredulidad.

—Están como putas cabras.

La cámara muestra el rostro dañado por el golpe. El chico está sangrando abundantemente por la nariz y tiene una brecha en la cabeza. No puede abrir el ojo izquierdo pero ha logrado conservar el líquido depositado en el interior de la boca. Aplausos y gritos.

—Ganó la apuesta.

—Increíble.

—¿Quieres verlo otra vez? —pregunta Nelson.

Clavada en una peña, la Cruz de Montealegre divisa la ciudad. En Oregón se cuenta que evoca un crimen pasional cometido en ese mismo lugar, desde donde se domina la extensión caótica del pozo. Ánxela ha alcanzado la cumbre y contempla la ciudad enclaustrada entre los montes. Considera el ascenso una especie de rito iniciático, pero no consigue reunir fuerzas para distinguirse entre las últimas cenizas y siente la fragilidad del papel deshilado en el agua y la rabia del animal herido de muerte. Las manos de Ánxela mienten su estirpe. Querría manos gruesas, nudillos curvados y la misma rugosidad de la piedra, pero la cadena se ha roto y solo puede hacer arqueología con los paisajes de la infancia. Desearía introducir los dedos en la tierra y levantarse para mostrar el fruto, pero en ella se ha perdido el culto. No reluce arrebol en el rostro apagado de Ánxela. Le invaden nostalgias imposibles de ciclos estacionales y sabores fuertes. La mirada enferma de Ánxela es una mirada arrojada al vacío y ya no es el ojo comunal de los antepasados. Todos han muerto.

Montealegre se llena de sombras extrañas. Muy cerca hay un campo de golf.

El hombre de rostro anguloso y pelo rizado se remueve en el asiento.

—A ver si lo entiendo bien. ¿No os conocéis físicamente?

—Aún no —responde Eduardo.

—¿Ni siquiera te ha mandado una foto?

—Nada. Desde el principio los dos preferimos que fuese así.

—Querrás decir que fue idea de ella y tú aceptaste.

El hombre de rostro anguloso y gotas de sudor en la frente regresa a su tapa de tortilla.

—No te reconozco —dice mientras come—. ¿No estarás en crisis?

—¿Por qué?

El camarero coloca dos jarras de cerveza sobre la mesa.

—Porque no sabía que conservases la capacidad de emocionarte.

—Gracias, pero solo voy a quedar con una desconocida para tomar un café.

—Eso quiere decir que tengo que dejarte el piso.

—Solo por si acaso. No quiero adelantar acontecimientos.

—Parece que vas en serio. Otras veces hablas con mucha más claridad.

—No digas tonterías.

—¿Miriam desconfía algo?

—Claro que no.

—¿Pero se lo vas a contar?

—Me estás tomando el pelo. ¿Lo he hecho alguna vez?

—Que yo sepa no.

—Entonces, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Se te nota que no es como otras veces. Asúmelo.

—Solo te estoy pidiendo las llaves de tu casa.

—Te gusta y no la conoces físicamente. Eso implica un fuerte componente de idealismo, así que ya me explicarás cuál es la razón para perder el tiempo.

—Quince.

El hombre de rostro anguloso y cabello rizado se lo piensa antes de responder. Tiene la boca abierta.

—Me estás diciendo que es una broma, ¿verdad?

—No. Tiene quince años y creo que está loca por mí.

—¿Está dispuesta a acostarse contigo?

—Tengo indicios para pensarlo.

—¿Cuáles?

—Muchos. Parece inocente pero, la mires por donde la mires, ya es una mujer.

El hombre de rostro anguloso y pelo rizado se vuelve a remover en el asiento.

—Te odio.

Eduardo se aclara la garganta antes de hablar.

—¿Me vas a dejar las llaves de tu casa, sí o no?

El doctor Caride se compró ese todoterreno hace pocos meses. Pocas cosas le provocan tanta satisfacción como oír la melodía de su motor bajo el asiento. Le gusta trazar las curvas con suavidad, impacientar a los conductores que lo preceden. Pasaría horas conduciendo a ese ritmo.

—Podrías ir un poco más rápido, ¿no? —dice el hombre de la cicatriz.

Los campos calcinados por un incendio ofrecen un paraje fantasmal. No hay árboles, solo restos de monte bajo, humo y chamizos. El doctor Caride pisa el acelerador.

—Ayer conseguiste ponerme nervioso.

—No quería hablar.

—Me dijeron que buscásemos un taller. Ahí creo que hay un desvío.

A la derecha, entre unas fincas abandonadas, aparece un edificio de dos pisos. Lleva muchos años construido, pero conserva los ladrillos a la vista. El taller mecánico ocupa el bajo. No es fácil llegar hasta allí desde la carretera principal. Dos hombres, con sus correspondientes monos azules, salen al encuentro del vehículo que conduce el doctor Caride.

—Ya hemos llegado.

Los cuatro hombres se dan la mano. Pasan al interior del taller, donde hay un coche polvoriento al que le faltan las ruedas. Las paredes están ennegrecidas. Siguiendo las indicaciones de otro hombre que sale de un habitáculo parecido a una oficina, descienden unas escaleras que los conducen hasta las dos puertas. En una han escrito con pintura blanca: «Servicios». La otra, cerrada con un candado, es la que está abriendo el hombre que salió de la oficina. El hombre de la cicatriz y el doctor Caride se miran antes de entrar. Hay útiles de limpieza y huele a la lejía.

Uno de los hombres retira un cobertor de una mesa y deja a la vista un pequeño arsenal. Armas de fuego, entre ellas varias pistolas semiautomáticas, revólveres, rifles y escopetas de caza.

—Pueden escoger lo que quieran —dice.

El hombre de la cicatriz asiente con la cabeza en señal de agradecimiento.

El agarrón a Henry dentro del área es clarísimo, pero el árbitro no quiere señalarlo. Una injusticia en opinión del hombre negro, que piensa que hay muchas evidencias para creer que está ante un penalti de libro.

—No hay derecho —dice el hombre del chándal verde.

La pantalla de plasma del establecimiento, en oferta, emerge por encima de una colección de películas y videojuegos. Allí permanece el hombre negro, ante el escaparate, desde que Ronaldinho estrelló el balón en el palo, mediado el primer tiempo. Ahora tiene dos acompañantes que siguen el encuentro sin desprenderse de sus mochilas. Le ofrecieron un trago de vino, pero rechazó el convite.

—Deco está buscando la tarjeta amarilla —dice el hombre de los vaqueros recortados a la altura de las rodillas.

El hombre negro sonrío. Un rótulo informa en la pantalla: tres faltas cometidas. El portugués se empleó con dureza ante un jugador del Dundee United, que yace en el suelo con gesto de dolor.

—Le está echando teatro —dice el hombre del chándal verde.

El hombre negro no responde. Solo mira con atención al escocés que pierde tiempo descaradamente. Deco protesta.

—Quieren amarrar el empate —responde el hombre de los vaqueros.

El dolor —o la interpretación perfecta, piensa el hombre negro— va remitiendo hasta desaparecer. Un compañero está preparado para ejecutar la falta y segundos más tarde golpea el balón, que traza un pequeño arco en el aire hasta que cae en las manos del portero. Falsa alarma.

—Anda, vamos.

Los dos hombres no esperarán hasta que Henry ejecute un penalti en el minuto noventa y marque aprovechando el rechace del portero. Como cada noche, deben buscar un lugar donde dormir. El hombre negro se quedará solo ante el televisor, pensará en un país subsahariano y celebrará el tanto apretando los puños. Eso sí: antes de perderse por Erbedelo, los dos hombres le ofrecerán un cromo con el rostro sonriente de Samuel Eto'o y se despedirán haciendo la señal de la victoria.

Normalmente me va fatal con los productos Deliplus, la marca de Mercadona, pero ayer descubrí un gel exfoliante que contiene las típicas microesferas *peeling* y plancton, un elemento químico que por lo visto ayuda a la regeneración celular. Biotherm lo incluye en la mayoría de sus productos y Aquasource también, por eso me sorprendió que un gel de tres euros tuviese un elemento que se encuentra en productos de treinta euros o más.

Este exfoliante se emplea durante la ducha mediante masajes circulares y como si fuese un gel de baño normal, solo que aplicado con más fuerza. Debemos extender más cantidad e insistir en las zonas más ásperas, como rodillas, codos o piernas. Hay algunos exfoliantes que no se aplican cuando te duchas, aunque también eliminan las células muertas y las impurezas de la piel. A mí me parecen más incómodos que los geles, pero es cuestión de gustos.

Me encanta la textura del que me compré ayer: es de color azul y se le ven los granos. No son excesivamente pequeños, pero comparados con las piedras del Exfotonic, casi diría que parecen minúsculos. Siempre empiezo aplicándolos muy despacio por las piernas, notando cómo se adhieren poco a poco a mi piel. Me encanta masajearme bajo la ducha. Qué gusto. La sensación es indescriptible y los resultados, estupendos. Siempre que puedo, me pongo falda sin medias, *shorts* o piratas por encima de las rodillas, porque creo que tengo unas piernas muy largas y bonitas. Siempre paso mucho rato trabajándolas: las fricciones activan la circulación sanguínea, los granos exfolian, el plancton trabaja y notas la piel que se renueva y afina. Luego continué subiendo y llego hasta el escote, porque en el cuello empleo el exfoliante facial.

Siempre lo aplico con las manos, pero se puede utilizar una esponja o un guante de crin para una exfoliación más profunda. Al acabar me doy la loción corporal de fresas de The Body Shop, porque así la piel se te queda aún más hidratada y suave, con la sensación de haberle quitado todo lo que le sobraba. Utilizo el exfoliante de aceite de árbol de té para la cara, el exfoliante labial que compró mi madre, y otro de piedra pómez para pies —también de The Body Shop— que me regalaron al entregar ocho envases vacíos de productos.

He probado muchos: Sephora, Yves Rocher, el Exfotonic de L'Oréal, el gel de ducha exfoliante de Bourjois y el de Arroz y Loto de Nivea. Pero la gran diferencia con respecto al de Mercadona es que este cuesta solo tres euros.

—Tenemos que marcharnos, Laura.

La decisión de la madre parece irreversible.

—¿A dónde vais?

—Al tanatorio.

—¿Qué ha pasado?

Laura deja la mochila en el sofá y le da un beso a la abuela Asunción.

—Ha muerto un compañero de trabajo de papá.

El profesor de matemáticas le presentó la muerte a Laura el año pasado. Se puede decir que fue un estreno al que asistieron todos los alumnos del instituto y dos hijos de once y nueve años. El maestro falleció de un cáncer de páncreas que lo fulminó en quince días. A Laura le contaron que se murió pesando treinta kilos y totalmente amarillo.

—No tardaremos mucho —añade la madre.

—Pero he quedado con Nelson dentro de media hora.

Laura cruza los brazos, enfadada. Sabe que no debe protestar, pero le cuesta disimular la decepción.

—Pues dile que vas a tener que quedarte en casa.

El padre entra en el salón. Llega con la mirada herida y Laura no sabe qué decirle cuando intenta sonreír, aún con las lágrimas en los ojos.

—Voy a sacar el coche del garaje.

Laura se le acerca.

—Lo siento mucho, papá.

El hombre sonrío y le pasa la mano cariñosamente por la cara.

—Gracias.

—¿Cuántos años tenía?

—Pocos. Cuarenta y siete.

—¿Pero qué le pasó?

—Un accidente.

—Ya hablaremos, Laura —interviene la madre—. Ahora no es el momento.

Cuando se marchan, Laura se sienta frente al televisor y empieza a zapear a toda velocidad. La abuela Asunción no está muy de acuerdo con ese tipo de prácticas.

En un supermercado se puede ser feliz comprando alimentos para la cena, pizzas multicolores, pero también sentir que uno debe firmar su propia sentencia de muerte mientras empuja un carro vacío. Así son las cosas. Ánxela entró decidida a hacer la compra —actividad relativamente banal— y salió disimulando su mundo ruinoso bajo unas enormes gafas negras. La relación causa-efecto sería difícil de establecer para un simple observador externo, pero todo el mundo entiende que hasta los caracteres más vitalistas y luminosos se permiten el lujo de tener pensamientos terribles en lugares poco propicios para la tristeza, por lo menos según el canon social de espacios habilitados para un cierto entusiasmo.

Ánxela deseó estar muerta en la sección de ultracongelados. Desaparecer. No respirar más. El tacto frío de un preparado de verduras colaboró activamente para que se le instalase un nuevo pensamiento destructivo allá donde todo se desgarrar y pierde forma. Así, sin más, el monstruo aparece. Por la espalda, a traición, se siente como un cuchillo afiladísimo que se clava en los riñones, como una fiebre en el estómago, como un zumbido que revienta los oídos. Entonces, respirar duele. Tanto, que uno siente que necesita regresar al punto justo en que fue creado su cuerpo y dar marcha atrás. Evitar el mismo aliento de la vida.

Ánxela salió basculando dos bolsas entre las manos, una compra inútil y triste con la que no se puede preparar nada. Nadie se dio cuenta de que había atravesado la puerta automática como quien lidera una marcha procesional, ni de que bajo sus gafas negras había dos ojos que querían extinguir la luz.

Ahora está en casa y acaba de realizar una docena de llamadas telefónicas.

—El número marcado no se encuentra disponible en este momento.

La compra sigue desparramada por el suelo. Ánxela observa un bote de tomate frito que se ha roto en mil pedazos, y piensa que ha llegado el momento de considerar el número de pastillas que debe ingerir para no cometer el error de continuar con vida. Punto final. Le tiemblan las manos, tiene la boca seca. Primero debe morir el cuerpo. Ya tiene un puñado de cápsulas en la mano que acerca lentamente a la boca. Pero suena el timbre.

—¿Tienes ganas de dormir, abuela? —pregunta Laura.

Los ojos de la abuela Asunción adquieren el aspecto espabilado de un crío. Sus piernas empiezan a moverse bajo una manta de cuadros azul. Todo eso quiere decir que le apetece seguir viendo la televisión y que no la molesten.

—¿Quieres beber un poco de agua?

Los labios de la abuela Asunción se frotan entre sí. Eso quiere decir que tiene sed.

—Anda, toma.

Laura le acerca el vaso y lo inclina delante de la boca para que beba, cuidando de que el líquido no se derrame. Por la comisura de los labios de la abuela Asunción corre un pequeño reguero de agua, pero Laura se apresura a detenerlo con un paño.

—Ya está —le dice cuando acaba—. ¿Quieres más?

La abuela Asunción estira el labio inferior y cierra los ojos. Eso quiere decir que no precisa beber más y que agradece las atenciones. Laura se dispone a llevar el vaso a la cocina cuando empieza a sonar su móvil. Nelson.

—¿Has visto mi mensaje? —Descuelga.

—Sí. Que marrón.

—Trabajaba con mi padre. No sé quién es, pero estaba muy afectado.

—Esas movidas siempre te dejan supermal.

—Creo que nunca lo había visto así.

—¿Cómo estaba?

—Tenía la cara desfigurada, como si llorara hacia dentro.

—¿No sales?

—Tengo que cuidar de mi abuela.

—¿No puedes dejarla un momento sola?

—Claro que no.

—¿Y cuando vuelvan tus padres?

—Tengo que quedarme en casa, no le des más vueltas.

—¿Quieres que timbre en un cuarto de hora? Puedes meter a tu abuela en la cama y darle una pastilla para dormir.

—No, pesado.

—Pues nos vemos mañana.

Laura, a la que nunca le gusta que Nelson cuelgue de esa manera tan brusca, se deja caer en el sofá y apoya la cabeza en el regazo de la abuela Asunción. Se aburre.

La ceremonia se desarrolló con rapidez —la dieta que sigue Miriam no le impide ingerir los alimentos a toda velocidad— y nadie se levantará para recoger la cena. Prefieren hundirse en el sofá con ese cobertor rojo que siempre cae sobre su espalda, y esperar que los platos sucios desaparezcan por arte de magia ante el televisor, hartos de esperar la visita al fregadero. Noticias.

—¿Has visto eso? —pregunta Eduardo.

Miriam nunca ha tolerado esa manía de apagar los cigarrillos contra los platos.

—¿Qué?

—Acaban de decir que esta tarde ha muerto un obrero en Mariñamansa. Estaba trabajando en una obra y se cayó desde un cuarto piso por un patio interior.

Miriam no responde y se concentra en no abrasarse con la infusión.

—Tenía cuarenta y siete años —añade.

Un prolongado silencio se extiende por el salón con la toxicidad de un escape de gas.

—El fin de semana voy a ir con Rosa a una casa rural —dice Miriam.

—¿Las dos solas?

—Últimamente está un poco triste y necesita que pasemos un par de días juntas.

—¿Qué le pasa?

—Una pequeña crisis de pareja.

Eduardo suelta un bufido.

—Ella misma es una crisis andante, aunque sabe ser encantadora cuando no hay luna llena. Si es cierto que anda con alguien, al perjudicado no solo le va a hacer falta paciencia. Va a tener que enfrentarse a una casa en ruinas. Cada vez que ella tenga una crisis de las suyas, la relación se vendrá abajo como un castillo de naipes. Te digo yo que para estar juntos necesitarán hacer un cursillo de autodefensa.

—No me gusta que hables así.

Otro cigarrillo cuelga de los labios de Eduardo.

—Y no fumes más, por favor.

—Solo el último antes de dormir. Ya no me queda ninguno.

—Siempre dices lo mismo y luego acabas bajando a comprar.

Los anuncios se suceden sin que ninguno decida apropiarse del mando de la televisión y cambiar de canal. Miriam se ha diagnosticado ciertos padecimientos mientras alguien le ofrece placer para los sentidos o internet gratis el primer mes. El silencio vuelve a ser largo y espeso hasta que Eduardo apaga la colilla, esta vez contra el cenicero.

—Menos mal —dice Miriam.

El tiempo: grandes claros por la mañana y cielos nubosos por la tarde con riesgo de tormentas. Temperaturas en moderado ascenso.

—No sabía que los problemas de pareja se solucionaran con la implicación de terceros —Eduardo juega con el paquete de tabaco—. ¿Tienes tantas ganas de intervenir?

—Rosa es mi amiga. Punto —Miriam lo señala con el dedo—. Estar juntas es una terapia para las dos y necesitamos hablar. Eso incluye poner a parir a muchos especímenes de tu género. A ti ya sé que nada te parece importante, y que todo lo solucionas con un «no le des más vueltas». Por cierto: antes me ha parecido que te referías a ella como si estuvieses pensando en otra persona.

—¿En quién? ¿En ti?

—Tú sabrás.

—No te equivoques. En todo caso, me pondría en el papel del tipo con el que anda. Para mí que nos parecemos.

—No lo creo. Es una persona bastante equilibrada. Y te digo de corazón que tú, aunque nunca tengas el valor de reconocerlo, también eres especialista en demoliciones internas. Entre otras cosas, la paciencia nunca ha sido tu fuerte.

—Un día malo lo tiene todo el mundo.

—Sí, y también tu pareja. Y eso no tiene que ver con que la relación se venga abajo. Todo eso está en tu cabeza.

—Ya empezamos. Está solo en la tuya, Miriam. En la vuestra. En la de todas. Cada vez que utilizáis la palabra terapia me entran ganas de salir corriendo.

—A un bar. A beber cerveza y a matarte fumando. Eso ya lo sé.

—No hay que curarse de nada. Basta con respirar y no complicar demasiado las cosas.

—Hay parejas en las que el aire está demasiado viciado.

Otro largo silencio. En la televisión, una tertulia de gente bronceada alrededor de unas fotografías robadas a una famosa modelo. Llega el momento en que el tapizado del sofá empieza a confundirse con la piel, ese instante en que el cuerpo sudoroso se va adhiriendo a la superficie de ese cobertor medio caído.

—Hoy he conocido a la vecina nueva —dice Miriam—. Timbré en su puerta porque se le cayó un sujetador en nuestro balcón.

—¿Qué impresión te ha dado?

Las manos de Eduardo se internan en los pechos de Miriam.

—Estuvimos tomando un café en su casa. Muy buena gente, una tía supertranquila. Me dijo que practica meditación y que ha viajado mucho por la India.

—Esas son las peores. Seguro que su vida personal es un psicodrama.

—Pues no. Fue un gusto hablar con ella, es una chica muy sensible. Tiene una mirada muy profunda. Justo acababa de llegar del supermercado y se le había caído un bote de tomate frito en la cocina.

La mano izquierda de Eduardo se introduce entre las piernas de Miriam, que lo aleja con un empujón.

—No quiero que me toques.

En la imagen del Cristo de los Desamparados —talla románica del siglo XIII situada en uno de los tramos del deambulatorio catedralicio— el taxista adivina cierta similitud con la coreografía corporal adoptada por Billy The Kid tras eludir la horca, el día que Pat Garrett le permitió huir a México para que le entrase añoranza de Fort Summer. Le sienta bien la soledad de la capilla por lo menos un día a la semana, después de llamar a consultas al busto de la Dolorosa, y pasa horas concentrado en largos soliloquios. El taxista encuentra desahogo y serenidad en ese albergue oscuro, donde se recoge ante una imagen rústica y humilde que, en su opinión, no soporta comparación alguna con el venerado Santo Cristo, al que le llevan creciendo las barbas desde la Baja Edad Media.

El taxista se ha cansado de arrodillarse en la madera y se acomoda en el banco con un gesto de dolor. Esa escoliosis le está destrozando la espalda. El diálogo se ha acabado y se sume ahora en una breve introspección antes de salir a la calle y buscar refugio en algún bar del sur de Oregón, donde podrá tomar un vaso al abrigo de un calendario atrasado. Un hombre que acaba de sentarse a su lado ejecuta una señal de la cruz demasiado urgente, con escaso convencimiento, y se parece mucho a aquel hombre al que le bailaban las mandíbulas en el asiento trasero del taxi. Tanto, que el taxista se atrevería a decir que es el mismo pero sin prisa. El hombre tiene los ojos cubiertos de lágrimas. Para el taxista es motivo suficiente para suspender la internada en terreno contrario, pero no puede evitar la tentación.

—Aquel día no me pareció que tuviese mal corazón, así que aunque me cueste asumirlo, creo que merece usted un juicio justo. Uno de los guardias jurados estuvo bastante rápido, hay que reconocerlo. No le duró ni cinco segundos. Tiene usted muy poca pegada, por lo menos cuando se enfrenta a alguien de uniforme.

El hombre reconoce al taxista.

—Mi hermano acaba de morir —dice.

No hay nada que se parezca a la densidad de ese silencio. Es el mismo silencio que acompaña a los vivos cuando piensan que algún día estarán muertos. El silencio de los desiertos y de los edificios que fueron arrasados. Un silencio que cae del techo como un pájaro que se extingue buscando la certeza del suelo.

—Lo acompañe en el sentimiento.

—Eso es una frase muy manida.

El taxista encoge los hombros.

—Y estos son sus veinte euros.

El taxista le da el billete y se marcha pensando que ahora, si quiere tomarse un vaso, deberá parar en un cajero automático.



Mientras Calogero (Lillo Brancato) observa con fascinación la figura de Sonny (Chazz Palminteri) en *Una historia del Bronx*, el hombre de la cicatriz sostiene entre las manos una pistola semiautomática. La historia de amor adolescente acaba de obligarlo a un pequeño ejercicio de nostalgia que aleja su atención de la película. El hombre de la cicatriz recuerda de pronto a las mujeres de su pasado: todas las que fueron suyas durante años, propiedad durante meses, durante días, alquiler urgente durante horas. Flashes sexuales, estampas de una cierta plenitud. Recuerda historias que declinaron cuando el tiempo quiso firmar su acta de defunción, historias mínimas de las que pudo despedirse con un portazo orgulloso, historias difusas que solo pudieron ser cuando no significaban nada, historias que murieron abruptamente y dolieron. Hace tiempo que ya no siente eso. El hombre de conocimiento nunca debe correr si le sobreviene el miedo. Hace falta detenerse. Parar. Una vez que consigue conquistarlo, queda libre de su influencia para toda la vida y ya no hay nada que pueda hacerle daño.

Silencio y quietud. Desconfiar de la claridad absoluta. Eso hizo el hombre de la cicatriz años atrás. Pero también entiende que, en ocasiones, no es un mal ejercicio recordar con frialdad de forense. Observarse desde una larga distancia, viviendo tantas vidas extrañas, interpretándose a sí mismo con poca convicción, como un mal aprendiz. Vuelve entonces sobre sus pasos mientras observa a Chazz Palminteri, vuelve sobre su biografía y regresa a esos días amargos en que uno evita pisar ciertas calles, ciertos bares, evita respirar porque todo se viene abajo. Cuando todo recuerda a alguien. Cuando uno se asoma a su interior como a una ventana ardiendo y entiende la palabra *expolio*. Cuando uno se despierta por la mañana y, al abrir los ojos, tiene la sensación de estar asistiendo a una de esas demoliciones de edificios que a veces pasan por televisión. Esos días en que las ciudades tienen ojos por todos lados y están llenas de heridas y sombras. Esos días en que el tiempo se detiene y viste la atmósfera con la densidad de una ausencia.

En la pantalla, Sonny/Chazz Palminteri da marcha atrás con su coche y le dice a Calogero/Lillo Brancato:

—Un hombre solo puede tener tres grandes amores en su vida. Aparecen como los grandes boxeadores, uno cada diez años. Rocky Marciano, Sugar Ray Robinson, Joe Lewis. O pueden aparecerte todos a la vez, como me ocurrió a mí. Yo tuve mis tres grandes amores a los dieciséis años. Y qué le vas a hacer. La vida es así.

El hombre de la cicatriz se levanta y deja la pistola sobre el sofá. Es hora de comer.

El motor asfixiado de un autobús, el llanto de un crío, la sirena de una ambulancia que no llegará a tiempo. La melodía de Oregón al atardecer siempre se ha parecido a una marcha fúnebre. En esa hora incierta se mezcla la derrota silenciosa del perdedor, que tiende a una nómina imposible y a ese barrio de toda la vida con árboles muertos y persianas sucias, con la victoria de los balances y la calidez de las dietas que prefieren el jersey cruzado, el verbo compuesto y las mujeres delante. Son dos mundos que se odian porque se tocan. Hay un Oregón de paseo lento con recado y terraza con café doble, y un Oregón de solitarios que llevan media vida compartiendo barra con una mosca y un periódico que siempre tiene las páginas húmedas. Hay un Oregón de edificios que se están muriendo y comisiones que se están cobrando, un Oregón a cara descubierta que se saluda y vida que debe ocultarse. Un Oregón que se busca en la nostalgia de los libros y se encuentra en los brazos de una excavadora.

La ciudad oscurece afligida a los ojos del paseante sin rumbo, pero en ese momento es posible que acontezca el milagro cruzando un semáforo o mascando chicle de menta para que no se le note que fuma, como así ocurre en los últimos días. Cuando fija el cabello detrás de la oreja y camina observando su perfil reflejado en los escaparates de O Paseo, hace un mes justo que Marta Nóvoa cumplió quince años. Bonita edad. Eso quiere decir que algún día conocerá el verdadero significado de la palabra *melancolía* sin necesidad de un otoño alfombrado con hojas secas, y que aún no sabe que todas esas miradas turbias tienen mucho que ver con sueños rotos y deseos insatisfechos, con algo que en cuanto nace ya se está empezando a perder para siempre. El milagro llamado Marta Nóvoa, o Cady cuando ella quiere, sucede en ese Oregón que se detiene los domingos a contemplar la vida desde una ventana donde se oye un partido de fútbol, y donde una mujer no sabe si pedir ayuda o seguir tendiendo la ropa. La frágil inocencia de Marta Nóvoa se está retirando de la vida como una marea triste que desciende con la palabra infancia y regresa con la palabra sexo. Hay ojos que contemplan ese tránsito fabuloso detrás de las puertas, ojos que adivinan los culpables de su infancia en los parques, oídos que sienten el rumor funerario del tiempo en ese cambio que les enfrenta a la negra espiral de la muerte. Ocurre, en definitiva, que el fulgor adolescente de Marta Nóvoa provoca que muchos hombres de Oregón sientan que la mejor fotografía de sus vidas es una nota necrológica.

La presencia de Laura en el establecimiento acaba de desconcertarlo. Mientras busca cambio para un cliente en el interior de la caja registradora, Eduardo observa de soslayo cada uno de sus movimientos —esas piernas delgadas, esos hombros orgullosamente rectos, esa piel perfecta—, sin poder disimular un nerviosismo adolescente que le tensa los músculos de los brazos. Asume que hay gestos que no se calculan. Laura es preciosa. Ella lo sabe, lo intuye, desde que entró siente sus ojos clavados en la espalda como ventosas y sonrío antes de girar la cabeza con lentitud. Segura de sí, lo mira como si fuese el fotógrafo que adivina la portada perfecta.

—¿Buscabas algo? —pregunta Eduardo acodándose en el mostrador, una vez que el cliente desaparece por la puerta.

—Estaba curioseando un poco.

Eduardo repara en la boca de Laura, que dibuja una sonrisa amplia que le remarca el grosor de los labios.

—Muy bien. Pues si hay algo en lo que pueda ayudarte, dímelo.

A través de la puerta del establecimiento, dos críos corren detrás de un balón. Uno de ellos se detiene ante el escaparate mientras sostiene en la mano una bolsa de golosinas. No tiene más de diez años y respira entrecortadamente.

—Ya es hora de cerrar —le dice Eduardo a Laura mientras gira las llaves en la cerradura—. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Tengo que ordenar una mercancía.

Laura sabe que Eduardo se acaba de guardar las llaves en el bolsillo y se acerca al mostrador, sobre el que coloca su mochila. Coge aire, muy hondo, llenando los pulmones, y expira mirando a su alrededor. Le gusta ese lugar. Eduardo le mantiene la mirada al crío, que intenta abrir la puerta con un gesto desafiante que no acaba de casar con su aparente inocencia. El niño aprieta los labios y Eduardo le hace un gesto con la cabeza para que se largue.

—Quería comprar un saco —dice Laura—. A lo mejor puedes aconsejarme.

Eduardo vuelve sobre sus pasos con la mano derecha introducida en el bolsillo del pantalón, donde percibe el tacto metálico de las llaves. Cuando llega al mostrador, el crío inventa una pistola con los dedos y le dispara cuatro veces por la espalda antes de salir corriendo.

—¿Un saco de dormir?

—No. Un saco de boxeo, o algo parecido.

—¿Para ti? —Las palabras de Eduardo no ocultan una abierta sorpresa.

—Sí. Voy a clase de kung-fu desde hace meses —contesta Laura—. En el garaje de casa tenemos sitio para colgarlo del techo.

Eduardo enciende un cigarrillo y expulsa el humo mientras habla.

—No tienes mucho aspecto de que te gusten las artes marciales.

Laura estira los cordones de la sudadera sobre los pechos y siente la capucha que se tensa poco a poco alrededor del cuello, donde lleva su colgante azul.

—No me digas. ¿Y de qué crees que tengo aspecto?

—La verdad es que no lo sé. ¿Un cigarrillo?

—Gracias —responde Laura.

—Estoy dejando de fumar. Puedes quedarte con el paquete.

Eduardo enciende el mechero y coloca la llama de manera que la chica debe aproximársele unos centímetros.

—La gente de tu edad siempre está dejando de fumar —dice Laura mientras nota como el humo se mete en sus pulmones.

—A mí me obligan.

Laura guarda el paquete de tabaco en la mochila.

—¿Quién?

—Mi novia.

—No tienes mucho aspecto, ¿sabes?

—¿De qué?

—De tener novia.

—A veces se me quita si veo algo mejor. ¿A ti no te pasa?

—Yo no te he dicho que tuviese novio.

—Pero yo creo que sí. Eres guapa, inteligente y vas a clase de kung-fu.

Laura le perdona la vida con los ojos.

—¿Me vas a decir si tienes un saco para mí, sí o no?

—Tendría que pedirlo. Aquí atrás tengo algunos catálogos, ¿quieres pasar?

—Ya es un poco tarde. Mejor será que vuelva mañana.

—Solo serán cinco minutos.

Laura tiene la sensación de que en cualquier momento Eduardo se pondría de rodillas para suplicárselo. No estaría mal que lo hiciese. Sería muy gracioso. Le gusta esa sensación de poder ante alguien que podría ser su padre. Entiende, en definitiva, que el adjetivo *indefenso* no solo se debe aplicar a los niños, sino también a todos los adultos. Y le gustaría saber cómo se llama ese sentimiento que consiste en quitarse a Nelson de la cabeza varias veces al día, aunque lo quiera con todas sus fuerzas.

—Vale —responde finalmente—. Pero será mejor que compruebes otra vez si la puerta está bien cerrada. Podría entrar alguien a robar mientras estamos ahí dentro.

A la cuarta cerveza, Marga está especialmente animada. El desconocido con el que habla la coge por la cintura y baja la cabeza para escuchar algo que le está pareciendo muy divertido. Ánxela ha intentado mantener un par de conversaciones con unos amigos de ese chico que ahora besa en la mejilla a Marga, pero las palabras han ido decayendo hasta visitar lugares comunes, insípidos. Paredes pintadas de naranja y azul, fotografías de clientes, carteles anunciando conciertos. Ánxela, en la barra, sin apoyar el codo porque alguien ha derramado una copa sobre la madera, se distrae observando la decoración del local. Todo el mundo conversa animadamente. Ánxela sabe que es la única persona del local que en ese momento permanece en completo silencio.

—¿Estás bien? —le pregunta Marga.

—Sí, no te preocupes. ¿Quieres otra cerveza?

—No. Me basta con esta, gracias.

El chico que cogía a Marga por la cintura se distrae con el móvil sin quitarle ojo. Al darse cuenta de que no debe intervenir en la conversación, se aleja discretamente.

—¿Qué tal? ¿Cómo se llamaba? —pregunta Ánxela.

—Daniel. Acaba de decirme si nos vamos con ellos a otro sitio. ¿Te apetece?

—No. Yo prefiero quedarme aquí un poco más.

—Como quieras.

Marga mira de soslayo a Daniel, que acaba de entrar en los servicios.

—Vete con ellos —dice Ánxela—. Hazme caso, no quiero ser un estorbo.

—No digas tonterías. No te voy a dejar quedar aquí sola.

—Ya has hecho bastante por mí. Has estado en mi casa, hemos hablado, me has convencido para salir. Anda, vete.

—¿Pero cómo vas a quedarte sola?

—No me importa.

—¿Estás segura?

—Sí. Me apetece.

Marga se encoge de hombros y se acerca a Daniel, sonrío y le hace saber que irá con ellos a otro bar. Ánxela, señalando el vaso vacío, aún cercado por anillos de espuma, pide otra cerveza. Enciende un cigarrillo. Cuando el camarero coloca la botella sobre la barra, Marga ya está de vuelta.

—Anímate —dice echándose la chaqueta sobre los hombros—. Luego te llevo a casa.

Ánxela niega varias veces con la cabeza. Marga le da un abrazo que dura lo suficiente para que Daniel y sus amigos estén ya esperando en la puerta.

—Te llamo mañana, ¿de acuerdo? —le dice cariñosamente.

Marga se va. Ánxela es consciente de que no quiere decir ni una palabra más en toda la noche y se pregunta a dónde se debe mirar en un bar cuando una está sola.

O Paseo despierta poco a poco de su pereza al caer la tarde. Una vez que la temperatura se torna más soportable, las terrazas comienzan a llenarse de gente y la calle se nutre de encuentros forzados, rituales anodinos y de un hastío que supura en el ánimo de quien se obliga a recorrer la calle trenzando los pasos a toda velocidad, intentando abstraerse de ese ojo vigilante que lanza miradas altivas y censuradoras. Los hombres blancos se dan la mano y se palmean la espalda pronunciando en voz alta sus nombres, preguntando una vez más por las familias, lamentando el paso de los años, planificando encuentros en cafés tediosos y conversaciones que nunca mantendrán. Es posible que al coincidir por segunda vez en esa misma calle reiteren la urgente necesidad de ese encuentro, aplazado por compromisos y una proverbial falta de tiempo. Como también es probable que la tercera vez que coincidan sus pasos, decidan cruzar un rápido saludo, entendiendo que hace tiempo que no tienen absolutamente nada que decirse y que, de producirse esa cita, todo resultaría una farsa.

Una vez extendida la manta, el hombre negro observa el paso de la gente mientras acaba una Coca-Cola. Algunas mujeres blancas se saben reflejadas en los escaparates, distantes y con paso firme. El hombre negro, que las mira, ha caminado una vez más por la ribera del Barbaña con su mochila a cuestas, con los arañazos del brazo secos, y ha sembrado el suelo con discos y películas. Entre esas mujeres blancas distingue una que en los últimos días suele recorrer las calles de Oregón como una sonámbula. Probablemente el hombre negro no sea el único que piensa que las lágrimas le otorgan a Ánxela un evidente atractivo.

Esa mujer blanca camina, sumergida en sus pensamientos, atrapada en su cárcel. El hombre negro observa su andar fatigado, consumido por una pesadumbre que adivina en muchos otros paseantes. La mujer se acerca matizando el cansancio con pasos cortos, totalmente absorta, sosteniendo un cigarrillo en la mano. El hombre negro espera a que llegue el momento en que sus miradas coincidan, pero antes de que los ojos puedan reconocerse, alguien da el aviso y entiende que hace falta actuar con rapidez. El hombre negro, ahora sí, hace desaparecer la manta por arte de magia, ayudado por unas cuerdas y un trabajado instinto para salir huyendo. El resto de los hombres negros repiten la operación con diligencia y se dispersan rápidamente. Una patrulla de la policía local rasga el tránsito de gente y la mujer blanca distingue de pronto el rostro del hombre negro, que está escondido en unas galerías comerciales, esperando que desaparezca el peligro. Le gustaría que la mirase, que la reconociese, pero solo asiste a su desaparición en el interior de las galerías cuando la patrulla policial se detiene ante la puerta de entrada. Por eso sigue caminando, sin más.



—Tengo algo que os va a gustar mucho.

Un grupo de adolescentes se reúne en las cercanías del Parque de San Lázaro. Ríen, fuman como si no fuese la primera vez, anuncian secretos a voces. Desde el interior del coche, el hombre de la cicatriz las observa mientras espera una respuesta a través del teléfono móvil. Está seguro de estar presenciando los movimientos de una diosa formidable, emergida de una conjunción genética afortunada. Marta Nóvoa, Cady siempre que ella quiere, destaca sobre el grupo por su mirada lánguida, por esa complexión un tanto desvalida y por esa manera de caminar tan estudiada. Una brisa suave acaba de sorprenderle los cabellos, que se echan hacia atrás buscando el desenlace perverso de un anuncio de champú. El hombre de la cicatriz se agita en el asiento del coche.

—¿Sigues ahí? —pregunta.

—Sí —contesta el doctor al otro lado del teléfono.

—Dame unos días.

—¿Cuántos?

—No me llames en una semana, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

El hombre de la cicatriz no oye las últimas palabras del doctor y arroja el teléfono móvil al asiento trasero del coche. La visión bien merece un cigarrillo. Un chico de unos quince años se acerca ahora a Marta Nóvoa, le da un beso en la mejilla y le cuenta algo al oído, por lo bajo. Quedan por un instante los dos a solas, pero estrechamente vigilados por el resto de chicas, que gesticulan como poseídas por una enorme excitación. La confesión, que no alcanza su desenlace, acaba provocando una estruendosa carcajada de Marta Nóvoa. El hombre de la cicatriz aplaude con el cigarrillo entre los labios. El chico se marcha avergonzado, con la cabeza baja, mientras Marta Nóvoa persigue sus pasos mirándolo por encima del hombro. Qué efímero es ese momento en que las adolescentes ríen con esa maravillosa mezcla de altivez e inocencia. Eso piensa el hombre de la cicatriz.

El cuerpo de esa chica tiene unos ojos verdes que son como el mar, y aún no están muertos como un pozo negro. Marta Nóvoa sufre. Siente sobre ella el peso del hombre que la somete violentamente, derramando toda su fuerza entre sus piernas, fuera de sí. Por fin sabe lo que es llorar, y alguien celebrará la visión de su rostro desencajado. Alguien disfrutará observando cómo sus lágrimas resbalan por las mejillas hasta que solo puede emitir un llanto seco, un bramido doloroso que se pierde en la noche sin que nadie lo oiga. Marta Nóvoa intenta sobreponerse y querría huir lejos, convencerse de que todo es una pesadilla, pero cuando abre los ojos se vuelve a enfrentar al hombre que la penetra brutalmente, cada vez más fuerte, a punto de desfallecer ya sobre ella. El hombre que le aplasta las muñecas contra el suelo para que no se mueva, el hombre que se arrastra sobre ella como una serpiente colérica. El cuerpo de Marta Nóvoa no morirá sonriendo, pero tras el entorno carnoso de sus labios amanecerá la sonrisa detritica de una calavera. Su nombre figurará en los periódicos de Oregón y alguien derramará sobre su nota necrológica el café desganado del amanecer, cuando la ciudad se niega a despertar y los últimos borrachos de la noche desean el calor imposible de una farola que se está apagando.

Ánxela enciende un cigarrillo y le da un trago tan largo al whisky que no puede evitar que le sobrevenga una pequeña náusea. Nunca ha sido una gran bebedora, pero la botella mediada demuestra que sus hábitos están empezando a cambiar. Le gustaría quedarse atrapada durante horas en un sueño largo y pesado, o permanecer por lo menos cinco minutos sin que estar viva le suponga supurar toda esa insoportable ansiedad. Juró varias veces delante del espejo no utilizar más el teléfono, imitando a una adolescente herida que busca una señal en las esquinas de su rostro, pero acaba de traicionarse y sostiene el móvil entre las manos como quien se aferra en medio del océano a la inquietante prórroga del salvavidas. Se siente mareada, se promete una única intentona. Solo una vez. Antes prepara otro vaso de whisky y respira profundamente. Dos, tres, cuatro veces. Le tiembla el pulso y tiene la garganta destrozada por el tabaco. En cuanto marca el número y el teléfono ofrece señal, espera una voz. Cuando pronuncio tu nombre, sé que existes. Recuerda esa frase pronunciada por Xaime años atrás. Se la oyó una madrugada, bajo las sábanas, como un murmullo o como un disparo, y se contempló empapada en sangre, segundos más tarde de abandonar el útero materno. Ánxela. Cuando pronuncio tu nombre, sé que existes.

—No tengo mucho tiempo.

Su voz. Acaba de oír su voz, una punzada en el estómago.

—Suelta lo que tengas que decirme.

—No te pongas así, por favor. Solo quiero que me escuches.

La voz de Ánxela. Una voz débil que suplica y tiembla.

—El otro día me llamaste veinte veces.

—Lo siento.

—No entiendes nada, Ánxela.

El silencio se prolonga durante unos segundos eternos.

—Si eso es lo que piensas, cuelga.

—No. Esta vez quiero escucharte. Habla de una vez.

Las aguas del Barbaña dejan atrás Erbedelo, encajadas entre viviendas de nueva construcción y los viejos edificios de la otra orilla. El río nunca habría imaginado que trazaría una línea tan rotunda entre la ciudad que fluctúa al alza en las inmobiliarias y la que entona un blues con la ropa tendida. Nelson tampoco había pensado que iba a tardar tan poco en probar los labios de la mejor amiga de Laura.

—No creo que sea muy buena idea contárselo —dice Nelson.

—Seguro que ya lo sabe.

—¿Y quién se lo iba a decir? —se enfada—. Nadie nos ha visto y Laura se ha quedado en casa cuidando de la abuela.

Antía se sienta en el columpio y se impulsa hacia delante con suavidad.

—No lo sé. Pero es mi mejor amiga y la conozco muy bien.

—Lo sabrá si se lo cuentas tú.

—Lo va a intuir, ya verás. Empezará a hacerte preguntas.

Nelson se encoge de hombros y le da una patada a una lata de Coca-Cola.

—A ti no te importa, ¿no?

Una pareja pasea en silencio por la otra orilla del río, precedida por un perro que olisquea una botella de plástico.

—¿Qué quieres decir?

—Hacerle daño a Laura.

—Pues claro que me importa, imbécil —dice Antía—. Pero a ti parece que solo te preocupa que no se entere.

—Si nunca llega a saberlo, todo seguirá igual.

—Solo has pensado en ti, Nelson. Por eso me llevaste a tu casa la otra noche.

—No tienes por qué ponerte borde conmigo.

—No me estoy enfadando. Solo quiero que también pienses en otra persona.

—¿En cuál?

Antía salta del columpio.

—Pues en mí. ¿De quién crees que estoy hablando?

—Estás complicándolo todo. Ahora no quiero pensar en nada.

—¿Y tú? ¿Pensabas en ella cuando me quitabas la ropa? —Antía habla chillando.

A pocos metros un niño persigue una paloma. Ríe a carcajadas. La madre persigue al hijo, atenta a que no se caiga. Una madre que tiene cara de llevar mucho tiempo sin ser perseguida por alguien. Nelson está rabioso.

—Entonces, ¿ella a quién tiene que pedirle cuentas?

—A nadie. Tienes razón. Si no lo sabe, a nadie —dice Antía, más calmada.

—Pues de eso se trata. Te lo estoy diciendo desde el principio.

Nelson se da cuenta de que la noche que llevó a Antía a su casa, la noche que no pensó en Laura ni un solo minuto, llevaba puesta la camiseta que ella le regaló. Le duele pensar en el detalle, la vuelve a oír ahora en el viaducto chillando su nombre, y habría querido que ese puño que emerge sobre unas llamas negras le golpease la cara varias veces.

—No le contamos nada, ¿de acuerdo?

—Como quieras, pero a los tíos siempre se os nota en la cara.

Antía se acerca buscando los labios de Nelson.

—¿Sabes qué me apetece ahora? —pregunta el chico.

—¿Qué? —responde Antía rozándose contra su cuerpo.

—Hacerme un porro así de grande.

Nelson se va.

Ánxela contempla la ciudad hundiéndose en el hoyo, bajo el cielo enrojecido por el sol.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —suspira.

—Ya he oído muchas veces tus disculpas, Ánxela.

—No me trates así, por favor. Estoy intentando arreglar las cosas.

—Eso tenías que haberlo pensado antes.

—¿Crees que ahora es demasiado tarde?

—Sí. Tú y yo no podemos estar juntos.

—Déjame por lo menos decirte algo.

—Lo que quieras. Estoy dispuesto a oír todo lo que necesites decirme, pero solo si me dejas en paz para siempre jamás.

—Quiero que sepas que siento dolor, muchísimo dolor. Un dolor que me parte por dentro y que nunca podrás entender. Maldigo el día que nos conocimos, maldigo a toda esa gente como tú que decide por dos y provoca tanto sufrimiento. No merecéis el aire que respiráis. Estoy rota. Cuando me despierto cada mañana, la realidad me golpea con tu rostro. Qué cruel es ese instante en que se recupera la conciencia, ese momento en que abro los ojos y no te encuentro. No quiero dormir para no despertarme sin ti. No sabes cuánto te echo de menos, y hasta qué punto vivo con tu presencia. Quiero abrazarte con todo el rencor del mundo. Tengo unas pesadillas terribles, sueño que me ahogo en el mar y tú no corres a rescatarme. Dicen que cuando mueres pasa ante tus ojos, a toda velocidad, la película de tu vida. Pues esto se parece a la muerte, pero es una muerte lenta e injusta, una muerte rabiosa. No sabía que podría recordar tanto. Si te hubiese dicho todo lo que extraño de ti pensarías que estoy loca, pero amar a alguien que está empezando a huir de ti significa perder el control y convertirse en una caricatura de uno mismo.

El sol se sumerge definitivamente en el horizonte.

—¿Tienes algo más que decirme?

—No. Prometo no llamarte más. Y siento haberte amenazado con un cuchillo.

—Muy bien. Lo único que me interesa de ti es esa última frase. No me despiertas ningún tipo de ternura. Espero que lo tengas en cuenta.

—Dame una oportunidad. Vuelve conmigo, por favor.

—Eso es imposible. No quiero verte nunca jamás. Si tienes algún problema, llama al 061.

Está a punto de vencerlo el sueño, por eso acaba de preparar otro café bien cargado. Y no para de fumar. Como siga así, le van a explotar los pulmones. Cady no aparece y empieza a agotársele la paciencia. Lleva varios días sin responder a sus correos electrónicos. Parece que se haya desvanecido, como si pretendiese evitarlo. Ya no es la primera vez: todo promete felicidad, pero luego se queda siempre con la miel en los labios y vuelta otra vez a empezar. Y no es fácil ganarse la confianza de una chica así. Cady. Quince años. Cuando escribe su nombre, sabe que existe.

—¿No piensas acostarte? —le pregunta Miriam desde la cocina.

—Voy ahora mismo —responde.

—Deberías dormir y dejar el ordenador. Es malísimo para la vista, todos los médicos lo dicen. Mañana te toca hacer la compra y poner la lavadora, así que acuérdate de comprar un bote de suavizante. Y no olvides elegir el programa para tejidos delicados.

Miriam se introduce en el dormitorio arrastrando los pies, con esas malditas zapatillas verdes de la flor amarilla, y Eduardo se queda ante el televisor en compañía de un encendido debate sobre el posible matrimonio de una actriz. Aprieta el botón del mando a distancia y los contertulios desaparecen en la oscuridad. Ahora se levanta perezoso y se dirige a la cocina para coger un poco de azúcar. Cuando regresa al ordenador, comprueba que Cady sigue sin conectarse. Se acuerda entonces de la chica de las clases de kung-fu. Cierra los ojos y consigue recordar su cuerpo, apropiarse de sus esquinas, sentirlo. Recuerda cuando sus labios rozaron los suyos, ese momento en que su lengua penetró dulcemente en su boca y cuando ella le dio un empujón antes de salir corriendo. Pero la imagen se desvanece en su cabeza cuando el ordenador alerta de la llegada de un correo electrónico.

—Quiero verte. Dime cuándo y un sitio en el que te sientas cómodo.

El remitente es Cady.

El taxista observa por el espejo retrovisor. La mujer no aparenta más de cuarenta años. Le resulta atractiva: morena, cabello sobre los hombros, rasgos faciales muy marcados y cierta altivez en sus gestos. Probablemente no sea así: la frontera entre la timidez y la insolencia siempre resulta muy difusa. Pero puede asegurar que se trata de una mujer dotada de un talento natural para agitar su mundo interior. Parece nerviosa, con ganas de llegar al destino que le ha indicado con exquisita educación, pero dejando claro que no aguantaría iniciar ningún tipo de conversación. Se instaló en el asiento trasero del vehículo cuando el taxista volvía a revisar una vez más las páginas del periódico deportivo. El hombre puso el automóvil en marcha y quiso imaginar que la mujer le proponía un lugar donde pasar la noche juntos. Se le ocurrió pensar que se conocían y jugaban a relacionarse como dos extraños, que todo se trataba de un juego semejante al de algunas películas, cuando el protagonista se encuentra casualmente con su pareja y le pregunta por una calle desconocida antes de besarla y regalarle un ramo de flores. Los protagonistas forman una pareja feliz y el espectador se ha engañado durante unos segundos, pero luego se entera de que los personajes también se están engañando a sí mismos y todo se rompe en mil pedazos.

El vehículo se detiene delante del portal. Ánxela, nerviosa, extiende un billete de diez euros y le desea una buena noche al taxista mientras lo invita a quedarse con el cambio.

—Muchas gracias.

Empieza a llover. Antes de arrancar, el taxista observa a la mujer, que aún no ha entrado en el portal. Parece que necesita que la lluvia caiga sobre su cuerpo. No es mala idea, si uno tiene a mano ropa seca y una toalla. Todos lo necesitamos alguna vez, piensa. Que caiga agua sobre nosotros. Por eso la mujer avanza unos pasos y eleva la cara al cielo mientras estira los brazos en cruz. La verdad es que eso no es tan raro, piensa también el taxista. Incluso tiene su punto erótico. Pero cuando pone en marcha el taxi tiene que accionar la bocina varias veces para que Ánxela, a la que se le transparenta todo, se aparte de una vez.

La ventana está abierta. No hay cortinas. El hombre negro permanece sentado en el suelo, observando una pintura colgada de la pared que representa un paisaje rural trazado con escaso virtuosismo. La estampa ha vivido tiempos mejores: el contacto con el sol ha malogrado las tonalidades oscuras y el persistente trabajo de la carcoma ha dejado el marco totalmente agujereado. El hombre negro, pensativo, contempla el paisaje en silencio: un arroyo que desciende de las montañas buscando un remanso, un refugio con el tejado a dos aguas, prados verdes y flores de tamaño exagerado.

Vibra la atmósfera de la ciudad bajo un denso manto de lluvia. Las gotas de agua están empezando a alcanzar el sucio baldosado de la estancia, pero el hombre negro sigue concentrado en la orografía alpina. Las aguas del arroyo que se impacienta, los montes con las cumbres recubiertas por la nevada, el verdor diluido y crepuscular de las praderas. De pronto, suena el timbre y el hombre negro se sobresalta. El reloj marca quince minutos sobre la medianoche. El hombre negro permanece inmóvil, aguantando la respiración, pero alguien insiste detrás de la puerta.

—Ábreme, por favor.

La voz pertenece a una mujer.

—Ábreme, por lo que más quieras.

El hombre negro cruza el pasillo y se detiene ante la puerta.

—Sé que estás ahí.

La voz le resulta familiar. El hombre negro deja resbalar los dedos suavemente hasta la puerta y hace girar el picaporte hasta que descubre un rostro de mujer. Ánxela está totalmente empapada.

—¿Puedo pasar? —le pregunta.

El hombre negro se queda sorprendido y la invita a entrar. Ánxela tiene los cabellos mojados y una mirada profunda, de escultura antigua. Atraviesa un largo pasillo. Todas las puertas están cerradas, pero por debajo dejan entrever pequeñas líneas de luz. El hombre negro va delante y llegan a una sala donde solo hay un sofá desvencijado y unos colchones de espuma en el suelo. Ánxela mira a su alrededor. Es un cuarto inhóspito, con las paredes ennegrecidas por la humedad. Una bombilla que desprende una luz amarillenta. De pronto, se oyen pasos. Voces, una lengua extraña. El hombre negro mira fijamente a Ánxela, que no se inmuta. En la sala se juntan ahora cinco hombres negros, confundidos por la presencia de la mujer.

Ánxela siente como se le clavan sus ojos. Se quita la camiseta, el calzado, el pantalón. Los hombres negros se miran entre sí y Ánxela se deshace del sujetador y de las bragas. Está ya totalmente desnuda. Avanza unos pasos lentamente, posa una mano en el pecho del hombre negro y suelta a media voz:

—Dime algo sucio. Por favor.



Un anciano que se desnuda ante el televisor, la atmósfera pegajosa del rescaldo que aguanta en la madrugada, un hombre que se esfuerza en endurecer sus abdominales. Una discusión en la cocina que acaba con un portazo y una bombona oxidada. En los patios traseros de Oregón, allá donde florecen ropas íntimas en los tendales y huele a cena recalentada, la vida se exhibe sin el recato que se les exige a los balcones delanteros. Laura se asoma a la ventana: el viejo desnudo que se abraza cada noche al mando a distancia, el hombre concentrado en su tabla gimnástica. Una mujer que corre las cortinas y una gata que desaparece entre unas cajas de cartón.

Laura sabe que le va a costar dormir esta noche. Va a tener que luchar contra sí misma. No se pudo concentrar en la clase de kung-fu y prefirió marcharse antes de que terminase la sesión, fingiendo que tenía un recado urgente. Dio vueltas sin rumbo por la ciudad y estuvo más de una hora sentada en O Posío, asistiendo a los paseos de los jubilados y a las carreras nerviosas de los niños. Laura sabe que debería llamar a Nelson.

—¿Estás bien?

La madre entra en la habitación sin llamar a la puerta. No es una costumbre que agrade demasiado a Laura, que sonrío forzadamente cuando le pasa una mano por encima del hombro.

—No tengo sueño.

La madre menea la cabeza en señal de desacuerdo.

—Me estás engañando —dice.

Laura repara en el aspecto de su madre. Descalza, despeinada y cubierta con un camisón que le llega hasta las rodillas.

—No me pasa nada, mamá.

—¿Qué tal con Nelson?

La pregunta que no quería oír. Nunca.

—Déjame en paz.

La madre sale lentamente de la habitación y cierra la puerta sin hacer ruido.

Es normal que esté nerviosa ante mi primera cita con Eduardo, así que tengo que tranquilizarme. Un poco de calma: lo más importante es que sea yo misma en cada momento y saber qué imagen pretendo transmitirle. Lo pensaré bien antes de enfrentarme a la prueba de vestuario. Tengo que reflexionar. Debo potenciar la parte más sensual de mi cuerpo, sacarle partido y ser consciente de mis defectos.

Una norma aceptada por todas: apostar siempre por la comodidad. Si el pantalón no me deja respirar, nunca podré resultar sensual ni atractiva. Tengo que dar una imagen de naturalidad y confianza en mí misma, así que no me dejaré llevar por cambios de última hora que no llevan a ninguna parte. Un consejo fundamental: confiar en mi estilo y no pedir ropa prestada. Siempre es preferible esa camiseta que tanto me gusta y mis zapatos favoritos. Trataré de ser detallista: conjuntar el color de los pendientes con el del cinturón, combinar bien el calzado con el bolso. No debo pensar que para ser atractiva tenga que enseñar todo mi cuerpo: con este pecho irresistible, basta con presumir de escote.

No mostraré mis cartas abiertamente: dar una imagen equivocada juega en mi contra. Me insinuaré, pero sin excesos. Poco a poco. Si consigo dejarlo intrigado con mis armas, sé que tendré ventaja. Les prestaré un poco de atención a los complementos, pero poniéndome un límite para no parecer un árbol de Navidad. Dejaré los experimentos para otra ocasión: escogeré el perfume idóneo y apostaré por el minimalismo. Recordaré que menos es más y me esforzaré por mantener un estilo sencillo con accesorios simples, poco maquillaje y un peinado discreto. No quiero disfrazarme: explotaré ese *touch* de misterio que llevo dentro y no me mostraré como una *fashion victim*.

El color blanco siempre aporta inocencia y frescura. El negro es elegante, sugiere seriedad y un cierto distanciamiento. Es normal que esté nerviosa ante mi primera cita con Eduardo, qué emoción, así que tengo que tranquilizarme.

El taxista se despertó a mediodía sobresaltado por una pesadilla que se repite desde hace varias noches. El taxista se despertó con una vieja sensación de cansancio y le costó ingresar en una mañana triste y soleada. Soñó con viejas matronas enfundadas en batas llamativas por la calle Colón, con las largas filas de obreros buscando placer urgente. Regresó a las húmedas casuchas de paja y barro donde se bailaba al ritmo del acordeón, donde se bebían detestables licores y se presumía de bidé y camas redondas. El taxista recordó putas ancestrales que transportaban jarras de agua, como devanaderas, y hombres encendidos por el aguardiente que se ocultaban detrás de viejos divanes de mimbre.

Una vez más, el taxista busca protección contra la nostalgia en las páginas de los periódicos deportivos. Consume los minutos en la lectura demorada de las noticias, aún con los despojos del sueño cercándole el sentido. Se ha sentado en un taburete de la barra y ha pedido un café con leche y un *croissant*. Mientras derrama el sobre de azúcar en el líquido, un hombre negro entra en el local y se detiene en la puerta con un fajo de cedés.

Viste pantalones vaqueros, sandalias de cuero, gorra y una camiseta gris exageradamente grande. Lleva una mochila y camina algo encorvado, con los hombros encogidos. El hombre negro se acerca a un cliente y recibe una rápida negativa antes de que pueda ofrecer la mercancía. Nada. Insiste sin demasiada tenacidad y repite la operación con una mujer que introduce unas monedas en la máquina de tabaco.

El taxista cierra el periódico y enciende un cigarrillo. Sabe que es el último objetivo del hombre negro. Un hombre negro que trae la mirada vidriosa y algo anfibia.

—¿Música? —le pregunta.

El autobús deja atrás la vieja cárcel de Oregón.

—¿Has visto esto?

Nelson le acerca a Laura el teléfono móvil.

—Ahora no me apetece. Estoy mal. Me ha bajado la regla.

En la pantalla se distinguen las figuras difusas de dos chicos que se ríen a carcajadas.

—¿No quieres verlo?

Laura compone un gesto de dolor.

—No —dice mirando de soslayo a la pantalla.

La imagen gana en claridad. Nelson observa el desenlace del vídeo: una papelera en llamas, un hombre que protesta y acaba zarandeado por unos chicos antes de salir corriendo.

—Vaya tontería.

El autobús se detiene ante la marquesina y algunos viajeros abandonan el vehículo. Nelson sigue distraído con el móvil mientras Laura apoya las rodillas en el asiento delantero.

—Hoy he visto a tu madre.

—Me lo ha dicho.

El autobús continúa la ruta por la calle Progreso. Nelson guarda el teléfono en la mochila y chasquea los dedos.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? —le pregunta.

—Sabes que no me gusta que hagas eso.

—¿El qué?

—Los dedos. Me da grima oír ese puto ruido.

—Siempre igual. ¿Tengo yo la culpa de que estés de mala hostia?

Nelson se levanta y oprime el botón de aviso de parada. Los movimientos del autobús lo obligan a caminar con vacilación hasta que llega a la puerta de salida. Laura espera unos segundos y va detrás.

—Nelson —le dice cariñosamente.

—¿Qué? —responde girando la cabeza hacia ella, con la mano agarrada a la barra superior.

—Perdona. Estoy un poco borde.

—Ya lo he notado —dice con ironía—. ¿Te pasa algo?

—No. Solo quiero hacerte una pregunta.

El autobús se detiene ante un semáforo. Nelson respira profundamente.

El hombre negro atraviesa Erbedelo con su mochila a cuestas. Acaba de comprar una lata de Coca-Cola en un supermercado y camina dándole los últimos tragos a la bebida, transformada en una pócima pastosa que no le calma la sed. El bote acaba arrugado en una papelería desbordada por los folletos publicitarios que reparte un chico de unos veinte años al pie de la Avenida de Portugal.

El hombre negro se detiene ante un paso de cebra, espera la señal verde del semáforo y repara en la coreografía del repartidor, que extiende los folletos con diligencia mecánica, casi robótica. Pocos metros más adelante, la acera está sembrada con algunos ejemplares que ha ido adjudicando. Sobre ellos se estampan suelas de zapatos, sandalias, botas de transeúntes. El repartidor termina su trabajo, se ajusta los auriculares en las orejas y desaparece del lugar con la misma rapidez con la que distribuía los trípticos.

El hombre negro atraviesa la calzada arrastrando los pies. Unos metros más adelante observa el rasgo alargado del Barbaña y repara en una silla de plástico que emerge de las aguas. El hombre negro recuerda ahora el sueño de la playa desierta, donde yacía desnudo en el arenal virgen. Sobre las aguas turbias le parece distinguir ahora el rostro lloroso de Ánxela, su cuerpo desnudo, pero solo es un engaño de su imaginación. El hombre negro sigue desconociendo las palabras que Albert Allen le dedicó a la muerte de Jimi Hendrix, pero vuelve a adivinar su eco acompañado de una convulsión repentina.

—Parece que tenemos una mecha dentro y todos sabemos cuánto va a durar, el ritmo al que se va a ir quemando. Casi todos los negros tienen mechas que se queman rápido por culpa de todo lo que los rodea.

El hombre negro arroja la mochila al río. Ya no le acompañará en su primer día, con aquella carga de piedras nacaradas a cuestas, como en el sueño del que se despertó con una explosión taquicárdico de sudor, cuando el agua imaginada del mar ya se le acercaba a los dedos de los pies y deseó una urgente eutanasia. El hombre negro alcanza ahora la calle Progreso y se prepara para ingresar en el fondo del cráter, donde hay un tráfico considerable y se acerca un autobús urbano.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme? —dice Nelson.

Varios viajeros del autobús se concentran en la puerta de salida. El vehículo coge velocidad y supura una nube de humo negro por el tubo de escape. Laura se acerca a Nelson, cara con cara, buscando no ser oída por una mujer que parece estar demasiado distraída para atender a su conversación.

—Me gustaría poder confiar siempre en ti.

Nelson masca chicle nerviosamente.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta.

—Si algún día te gusta alguien, quiero que me lo digas. Quiero ser la primera persona en saberlo.

—Claro. ¿Por qué me preguntas eso?

—Necesitaba que lo supieses.

Las manos de Nelson se aferran a las agarraderas.

—Me gustas tú, Laura. Solo tú.

—Eso ya lo sé.

—Pues ya está.

—No. En caso de que te apeteciese tener algo con otra, querría saberlo antes de que ocurriese —insiste.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque quiero estar contigo.

—Pero podría ser que un día te sintieses atraído por alguien y que pasase algo aunque no lo hubieses querido. Todos funcionamos así. O que te apeteciese mucho y luego nunca lo reconocieses abiertamente. Que fuese algo que en un momento determinado no hubieses podido controlar, una situación más fuerte que tú.

—No le des tantas vueltas a la cabeza, por favor.

—Me refiero a algo que puedas hacer aunque eso no suponga que dejes de quererme...

Antes de que Laura pueda completar la frase —Nelson no consigue mirarla a los ojos—, el conductor frena el autobús violentamente y clava las ruedas en el asfalto. Se van al suelo varios viajeros. Alguien chilla, asustado. Un niño que empieza a llorar, una mujer que se ha desvanecido en el pasillo, una compra del supermercado desparramada por el suelo. El autobús acaba de impactar contra un cuerpo que atravesaba la calzada. Lo ha arrastrado algunos metros por la calle. El conductor acciona el mecanismo de apertura de las puertas y abandona el autobús pidiendo calma con gesto desencajado. Nelson y Laura, que se duele de su brazo derecho —se hizo daño contra el cabezal de un asiento—, se miran asustados.

—¿Estás bien? —pregunta Nelson.

Laura desciende las escaleras a toda velocidad, evitando los empujones de algunos viajeros. Detrás va Nelson, que salta directamente a la calle y está a punto de tropezar en el último escalón. Se le acelera el corazón a Laura, le tiemblan las piernas y le cuesta dominar cada uno de los movimientos del cuerpo, como si estuviera atrapada en un sueño pesado, sumergida en un barrizal denso y pegajoso. La violencia del impacto le late aún en las sienes. Un golpe seco, brutal. Laura se detiene en la delantera del vehículo y asiste al frío desenlace de un cuerpo atrapado bajo una de las ruedas del autobús. El hombre negro no se mueve, morirá en breves segundos. Unos segundos eternos en los que se consume la mecha del hombre negro lentamente, con el hálito de la muerte apagándole esos ojos que ya no traen una mirada vidriosa y algo anfibia. Sobre el asfalto crece un charco de sangre. Laura se siente como una estatua rota en mil fragmentos, como una muñeca descuartizada. Laura está allí, junto a un hombre negro que muere entre el zumbido funerario de las bocinas y los gritos de una mujer que pide una ambulancia. Laura se tapa la cara con las manos, pero entre los dedos se le escapa la última mirada al rostro ensangrentado del hombre negro.

—Qué movida —dice con la voz rota.

La ciudad cero es un lugar vacío, un desierto inabarcable, una gran extensión seca donde un viento áspero ha barrido las señales del pasado y el sol irradia una luz blanca, cegadora. Para advertir su presencia hace falta llegar a la raíz y generar un cadáver que respire los efluvios de la tierra desde la más absoluta desolación. La ciudad cero abre cada mañana su boca llena con un epitafio.

Poseída por el recuerdo de una cierta emoción infantil, de niña escondida en el fondo de un armario mientras un adulto finge no localizarla, Ánxela se va desnudando lentamente, otra vez, con los ojos cerrados, dejando que la ropa caiga al suelo como los pétalos de una rosa seca. Se libera con una sonrisa histérica de la camiseta, de los pantalones vaqueros, de las prendas íntimas. No hay hombres negros ante ella. Una vez desnuda, acaricia la piel de los brazos con las manos, deteniéndose en los codos y en la extensión de las muñecas. Se acerca a la ventana y baja la persiana hasta casi quedar en una completa oscuridad. Mucho mejor así. Ahora regresa al centro de la sala, donde dejó la ropa dispuesta sobre el parqué, y se sienta en el suelo. De nuevo una extraña contorsión facial a la que se le podría llamar sonrisa, la emoción de asistir a las contracciones de un parto mil veces repetido.

Ánxela hace girar la rueda de un encendedor y la estancia se ilumina alrededor de la llama. Las paredes se visten ahora de sombras extrañas, sumidas en una penumbra que le parece propicia para el rito. Acerca el fuego a una de las prendas y los tejidos empiezan a consumirse. El humo asciende lentamente hacia el techo y Ánxela cierra los ojos visualizando esa extensión seca a la que siempre llamó ciudad cero, lugar de fúnebre desfiguración. La ropa arde y se convertirá en un manto de cenizas.

A manera de epitafio improvisado, Ánxela piensa que deberá visitar una peluquería que le revele alguna señal. Y que debe apagar todo eso que está ardiendo antes de que se produzca un accidente.

El camarero acaba de colocar una botella de agua mineral sobre la mesa.

—Muchas gracias —responde Eduardo.

Ha llegado con media hora de antelación. Ha accedido a las condiciones de Cady, pero preferiría haber escogido un lugar mucho más discreto. Sabe que esa cafetería, aunque con pocos clientes, está llena de ojos. Acaba de permitirse un consejo mientras enciende otro cigarrillo: todo sucederá de acuerdo con lo previsto por la chica, aunque llegado el momento deba poner las cartas sobre la mesa y dejar claro cómo le gustaría que acabase el encuentro. Si acepta pasar unas horas en el apartamento, juntos, la satisfacción será absoluta.

Todas las mujeres que ha deseado en los últimos días, todas las insultantemente voluptuosas o lánguidas impenetrables. Eso ya no importa: son flores secas. Pero, de pronto, imagina una posible negativa. Probablemente todo aquello le parezca un juego inútil en el que no debería perder el tiempo. Otro episodio fallido en su ofendida biografía.

Jugando con las llaves del apartamento, piensa que es muy complicado que se le vuelva a presentar una posibilidad tan propicia, así que concluye que debe insistir todo lo posible para que Cady acabe subiendo a su coche. Sería un paso importante para, posteriormente, conseguir penetrarla con dulzura, observando la mágica conmoción de sus formas mientras oye sus gemidos de niña. También piensa que Cady puede rechazar esos objetivos cuando se vea forzada a subirse al automóvil, por lo que empieza a darse cuenta de que tendrá que actuar con inteligencia.

Entra dentro de su lógica que oponga ciertos reparos, pero también que acabe dándose por vencida y que se entregue gustosamente. De no producirse así los acontecimientos, Eduardo reconoce que le resultará difícil aceptarlo, por lo que calibra la posibilidad de convencer a Cady mediante algún tipo de persuasión sencilla. Simplemente, piensa actuar de la forma más diligente para la consecución de su objetivo, que significa conducir sin atender a sus demandas. En contra de nuestra voluntad inicial, a todos nos han convencido alguna vez de que el destino al que pretendíamos dirigirnos no era el más emocionante. Alguien provocó que modificásemos nuestra hoja de ruta y acabamos por agradecerse hasta el fin de nuestros días. Hablando, argumentando, razonando. Así se consiguen nuestros objetivos. Por eso Eduardo baraja todas estas hipótesis, forzado ante la posibilidad de que Cady quiera tomarle el pelo y todas sus ilusiones se queden en nada.

El camarero acaba de colocar una cerveza sobre la mesa.

—Muchas gracias —responde el hombre de la cicatriz. Desde la cafetería de la Torre de Oregón, bajo las conversaciones que se apagan y los últimos cigarrillos que se encienden, el hombre de la cicatriz disfruta de una buena perspectiva. Ahora solo queda esperar con un poco de paciencia, dejando que se consuman los minutos. Si la chica cumple la rutina seguida en los últimos días, saldrá de aquel portal de la calle Xoán XXIII y caminará de esa manera vaporosa que tantas miradas suscita por la calle. Miradas de soslayo que esperan en los pasos de cebra, miradas consumidas en los parques públicos, miradas podridas. Algún niño abandonará su infancia cuando observe a Marta Nóvoa y no tendrá otra salida que recordarla secretamente en su cuarto. Algún hombre respetable querrá perseguirla y no se atreverá nunca, ahora que está marchitando su doble vida y busca una tercera antes de que le sobrevenga la muerte en un hotel discreto.

En estos instantes previos a la captura, el hombre de la cicatriz reprime su inquietud imaginando el desenlace y el deber cumplido, que viene siendo una violación lenta y dos cadáveres rápidos. Aún tendrá que recorrer el camino marcado. Poco a poco. Aún tendrá que asistir a la muerte de Marta Nóvoa, que mantendrá los ojos abiertos por defunción hasta que llegue la policía poco antes del amanecer. Aún tendrá que registrar con la cámara como su cuerpo irá perdiendo aliento, como irá desfalleciendo bajo el peso de un hombre que la someterá brutalmente durante sus últimos segundos de vida. Aún tendrá que disparar. No será difícil. Así que mientras no llega el punto final, el hombre de la cicatriz adopta la posición de una fiera cómodamente sentada y pide una bolsa de patatas fritas.

Cady abre el portal de su casa. En contra de su deseo, el hombre de la cicatriz deja el aperitivo para mejor ocasión. Es hora de trabajar.

El taxista sufre un fuerte dolor de cabeza. Insoportable. En vez de ese sol cegador, preferiría la oscuridad y sumergirse en un baño de hielo, perseguir una ruta lejana. El semáforo ha cambiado a verde, pero el taxista no se inmuta. Dirige los ojos al infinito azul de la tarde, que acaba en la huida ansiosa de un pájaro más allá del Parque de San Lázaro, donde un niño está aprendiendo a escupir y una pareja a odiarse. Mira como si quisiese permanecer para siempre jamás sin distinguir formas, difuminando contornos, trayendo puntos de fuga. Como queriendo gravitar sobre un campamento ruinoso, erigido sobre el sueño pesado de un volcán.

El taxista cruza Bedoya y siente el filo de un cuchillo que le penetra las sienes una y otra vez, provocándole un extraño calor que se expande entre la frente y la nuca. Le pesan los párpados, se le adormecen los brazos. Siente caer la tarde como un grito mudo, las viejas entrañas de Oregón que laten con la pereza de un organismo conectado a una máquina. El taxista se introduce en el vehículo con un portazo. Entre las manos sostiene una botella de agua mineral. Rompe una aspirina e introduce los trozos en su interior, que se diluyen lentamente. Repara en las burbujas. Se concentra en el primer ascenso, en el fervor blanquecino del agua, en el líquido que va cosiendo hilos efervescentes. Hay algo oscuro en su mirada, como si hubiese querido derramar los ojos en el fondo de un océano.

El sabor repetido de la aspirina le calienta la garganta. Alguien se acerca hasta el vehículo, es el primero de la fila. Cuando arruga la botella con rabia, una chica abre la puerta trasera. El taxista sonríe mientras la observa por el espejo retrovisor. No tendrá más de quince años. Qué guapa. Lleva una falda negra, corta, ceñida con un cinturón rojo un poco aparatoso. Va muy maquillada, se ha pasado con la sombra de ojos.

—Hola —dice Cady.

El taxista arranca el coche.

—¿A dónde vamos? —le pregunta.

Una bandada de pájaros atraviesa el cielo y un chico llora en un balcón. El parque, en otro tiempo lugar de acacias a las que los vecinos del barrio prendían fuego cada verano para echar a las ratas, se levanta sobre el ferrocarril que atraviesa el barrio de San Francisco. Laura y Nelson se pasan un cigarrillo en silencio, sin apenas mirarse. Empieza a hacerse tarde para volver a casa, pero a ninguno le importa.

—¿Estás bien?

Aquel hombre negro murió bajo las ruedas del autobús. Su vida se detuvo en aquel segundo fatídico, extinguiéndose para siempre jamás mientras una mujer chillaba tapándole los ojos a un niño que solo pretendía mirar y salir corriendo. Laura contiene una lágrima al recordarlo. Desconoce el lugar a donde se marchó aquel hombre negro, su nuevo refugio. Le gustaría decirle todo eso a Nelson, pero sabe que en cuanto se decidiese no encontraría las palabras justas, porque no existen. Hay cosas que no se pueden decir. Desde su silencio, mientras observa el cielo enrojecido por el atardecer, Laura se atreve a imaginar el lugar que habita ahora el hombre negro, royendo imágenes imposibles con pesadillas robadas de películas. Probablemente se parezca a una gran extensión blanca donde la arena son restos destrozados de un enorme osario. La cumbre de una montaña donde hundes los pies al caminar sobre ojos de peces muertos. Algunas noches le ha costado atrapar el sueño imaginando cómo será el lugar a donde viajan los hombres que desaparecen. Algunas noches en que lee un libro de astronomía que le regaló su padre cuando Plutón aún era un planeta.

—¿Quieres dar un paseo?

Laura observa a Nelson como quien asiste al parto de un niño muerto.

El taxi se detiene mientras una pareja de ancianos se ayudan para atravesar el paso de cebra. Caminan con pasos cortos y llegarán al otro extremo cuando suenen las primeras bocinas, pero el taxista sabe que no perderá la paciencia. Ese tiempo no pertenece a nadie. El hombre se apoya en un bastón y la mujer se desplaza sin quitar los ojos del suelo. Cady se distrae enviando un mensaje con su móvil y el taxista sonríe. Esa rapidez con la que manejan los teléfonos los chicos, la vida que sucede en una pantalla minúscula, siguen sorprendiéndolo. Le gustaría saber qué escribe, a quién le dedica esas letras urgentes. La pareja de ancianos ha alcanzado por fin la acera. El vehículo se pone en marcha cuando Cady busca unos chicles en su bolso Guess, que finalmente escogió en detrimento de uno de Roxy.

Se siente un poco nerviosa, confundida entre una mezcla de ansiedad por llegar y el deseo de salir corriendo hacia algún sitio. Piensa que será mejor idea que el taxista detenga el vehículo y continuar el resto del trayecto caminando. Así podrá relajarse hasta que llegue a la cafetería. Imagina que Eduardo ya estará esperando y le parece justo que sea así, porque todos esperamos algo que no queremos olvidar el resto de nuestras vidas. Sus ojos coinciden con la mirada del taxista en el retrovisor y, en un acto reflejo, estira la falda hasta cubrirse los muslos.

El vehículo se vuelve a detener ante otro semáforo. No hay ahora pareja de ancianos que se ayuden a atravesar el paso de cebra, sino dos hombres trajeados y una mujer que empuja un carro con un bebé mientras habla por el móvil. El taxista golpea el volante con los dedos, distraído. Cady mira por la ventana. En ese momento, un hombre abre la puerta trasera del vehículo y se sienta al lado de la chica. Cady tiene en su mano un Nokia n70 y el hombre corpulento una Star semiautomática de 9 milímetros. Por eso chilla aterrorizada. Chilla hasta que un impacto brutal en su cara la obliga a desistir. Ahora solo puede llorar mientras el taxista quiere salir del vehículo y pedir ayuda.

—Como des un movimiento en falso, te mato.

Los ojos del hombre de la cicatriz no mienten.

Una broma pesada, otra ilusión perdida. Hace más de media hora que Cady debería estar allí, pero seguro que estará por algún lado burlándose y celebrando su victoria. Eduardo pierde toda esperanza y pide otra cerveza. Piensa que no es justo lo que le está sucediendo y se siente humillado, triste. Terriblemente ofendido. Recuerda las madrugadas felices con Cady y ahora sabe que fueron un espejismo, una mentira difícil de digerir. Tardará tiempo en levantar cabeza porque esas cosas duelen mucho. Una oportunidad de ese calibre no se presenta todos los días. Piensa que nunca lo ha tenido tan cerca y que quizás ha cometido algún error de cálculo. Entiende que esconder sus intenciones para conseguir lo que pretende siempre es una diplomacia absurda.

Una mujer toma café en una mesa próxima. En ningún caso le resulta atractiva, pero Eduardo repara en ella con descaro. Un cuerpo cualquiera. La mujer se concentra en la lectura de una revista y acerca la taza a los labios, saboreando el café. Imaginarla desnuda y dispuesta, entreabriendo sus piernas gruesas mientras amasa los pechos caídos contra sí, llevando los pezones a la lengua, le provoca una mezcla de repulsión y necesidad urgente. Un castigo rápido, una emulsión distante y sucia. Pero Eduardo desea profundamente a Cady, quiere sentirla, y aún mantiene la esperanza de que aparezca al fin por la puerta, radiante y adolescente.

Una luz amarilla ilumina la vieja nave industrial. El hombre de la cicatriz se muerde los labios, expectante. El corazón le late fuerte, está excitado. Cady ha dejado de chillar y el aire se ha convertido en un gas denso y opresivo. En su rostro ensangrentado —una ceja rota, no puede abrir el ojo izquierdo— solo hay horror. Está totalmente desnuda y respira entre jadeos. Ya no le quedan lágrimas y abre la boca exprimiendo un llanto mudo. El hombre de la cicatriz observa la caída perfecta de sus pechos. Cady se cubre con los brazos y reconoce ese miedo que asciende por sus piernas.

—Estás muy guapa —le dice—. Ahora estírate en el suelo.

Cady rompe otra vez a llorar. El hombre de la cicatriz insiste.

—No quiero repetirlo dos veces.

La chica accede. Una última mirada suplicante antes de colocarse de rodillas. Mirada de pánico, angustia.

—Por favor —murmura.

El hombre de la cicatriz sonríe y acaricia el percutor de la semiautomática. Cady se pregunta una vez más si todo aquello está sucediendo realmente. No puede ser cierto. El hombre que de pronto se subió al taxi. El hombre que la encañona ahora con esa pistola. El hombre que le pegó varias veces porque no paraba de chillar. Quizás sea una pesadilla de la que despertará en medio de la noche, pero es la realidad. El hombre la observa desde sus ojos vacíos y está allí. No es un mal sueño.

—Muy bien. Perfecto.

Todo se ha desarrollado con precisión absoluta. El hombre de la cicatriz retrocede unos pasos y aprieta un botón. Cady chilla con todas sus fuerzas. La cámara, colocada sobre una estructura metálica, inicia la grabación.

—Supongo que sabrás lo que tienes que hacer.

El taxista mira a la cámara.

—No me obligues, por favor —dice entre sollozos.

Un camión destartado circula por la carretera que bordea el río, bajo uno de los arcos del puente. El rugido del motor se diluye en el silencio de la noche hasta convertirse en una melodía lejana, imperceptible. Desde el Puente Viejo, Eduardo observa el discurrir del río. Todo el mundo ha querido hacerlo alguna vez, piensa con la lucidez que le permite el alcohol. Caída a plomo. Nada nuevo. Nada que no haya pensado desde el último piso de un edificio.

Esa misma noche le enviará un correo a Cady. Le preguntará por qué no acudió a la cita. Con buenas palabras. Si ocurrió algún imprevisto, si hubo algún malentendido. No tenía por qué tener miedo, o desconfiar de sus intenciones. Sin conocerla, está echándola de menos. Echa de menos ese cuerpo de mujer que no acaba de encajar en su armazón adolescente, el entretiem po de su risa infantil. Quizás deba pedirle perdón. Debería haber ralentizado un poco más las ganas de poseerla. Regresar a un tiempo alejado en que todo sucedía mucho más tarde de lo que deseaba, pero en el momento justo de no darse por vencido.

El río. El recuerdo de todos los suicidas, Oregón cruzado por los cinco puentes, días lentos atrapados en el calendario. Se levanta una brisa mansa. Se acercan dos hombres caminando. El más alto se viste con un chándal verde y el más bajo se conforma con una camiseta deshilachada y unos vaqueros recortados a la altura de las rodillas. Todos sus movimientos son lentos y calmos, trazados a cámara lenta.

—¿Puedes darme un cigarrillo? —dice el hombre más alto.

Eduardo saca el paquete del bolsillo y se lo acerca.

—Quédatelo. Estoy dejando de fumar.

El hombre tiene las manos sarmentosas y las uñas ennegrecidas.

—Muchas gracias.

Como contrapartida, el hombre saca del bolsillo un pequeño cartón que parece un marcador de páginas y se lo ofrece a Eduardo con solemnidad, como quien otorga un trofeo. Una lámina gris, muy estrecha, recortada de una caja de cereales. Eduardo, con gesto incrédulo, lee el texto que escribieron los dos hombres: *Shake some action*.

Hace unos días me compré la consola Wii. Viene dentro de una caja de cartón blanca donde están todos los componentes. La base del soporte es circular, y el sitio donde se coloca la consola es de color plateado. El mando es muy parecido al de la televisión y trae una funda de silicona y una cuerda de seguridad para ajustarlo a la muñeca. El mando nunchuk se engancha al principal para los juegos que requieren de las dos manos.

La consola tiene un menú tipo ventanas al inicio. En el primer cuadro aparece el juego que hayas introducido en el lector. Luego tiene tres aplicaciones. En Mii es donde tendremos que crear personajes con los que jugar (los típicos muñecos cabezones). Conectando la consola vía wifi podemos sacarlos a pasear. Fotos es una herramienta para cargar fotos y editarlas, pero aún no he probado esta opción. La tercera es Canal wii, donde descargas los juegos previa compra de unas tarjetas de recarga como las de los móviles.

El juego que más he utilizado hasta ahora es el Wii Sports, que viene con la propia consola. Tiene varios deportes: bolos, tenis, boxeo, golf y béisbol. Son superfáciles tanto de jugar como gráficamente. Estos días he comprado el Bola de Drac Z 3, que es un juego de lucha que sigue la historia de la serie. Me han regalado también uno de béisbol profesional que es superdifícil, pero tiene muy buenos gráficos. Las aventuras de plataformas de las Tortugas Ninja son superentretenidas.

Me gusta esta consola porque no es de las de jugar sentado, tienes que moverte. Por lo menos haces un poco de ejercicio. Vale que no tiene los gráficos de la Play, pero a mí me divierte más estar de pie en el comedor jugando al tenis.

Otro hombre negro camina por la ciudad con una mochila a cuestas. Viste pantalones vaqueros anchos y una camiseta gris. Ante sus ojos desfilan hombres y mujeres blancos que se detienen en los escaparates, hablan airadamente por teléfonos móviles, cruzan semáforos o cogen un taxi. Una multitud de rostros que hormiguan sobre el asfalto y quieren llegar a tiempo o rendirse hasta el día siguiente. El hombre negro atraviesa un paso de cebra que desemboca en un andamio. La estructura metálica encaja entre dos edificios de construcción moderna y aún permite contemplar los restos del antiguo inmueble en uno de los laterales, donde se distinguen los azulejos de una cocina y los vestigios de una pared ennegrecida por la humedad. El hombre negro se detiene a escuchar el sonido de la obra, la estructura que crece, la voz de un obrero que dirige la trayectoria de un camión que se eleva sobre un pequeño montón de grava.

Oregón se llena de un calor asfixiante, opresivo. El hombre negro sigue deambulando por sus calles llenas de edificios grises. En la Alameda observa a una pareja de ancianos que vigilan en silencio el crecimiento de un árbol, un niño que se atreve con sus primeros pasos y una mujer que fuma por no llorar. Alcanza entonces la Praza de Abastos y se mezcla con el trasiego de los vendedores hasta que encuentra más hombres negros, que extienden el género sobre las mantas.

Empieza un nuevo día. Las aguas manan en el lavadero grande de A Burga.

—¿Música?

La abuela Asunción se ha quedado dormida en el sofá. La madre de Laura apaga el televisor y le tapa las piernas con la manta de cuadros azul.

—¿Se ha tomado las medicinas?

—Sí —responde Laura.

—Mañana recuerda que tienes que ir a la farmacia.

Laura responde con una sonrisa apagada. La madre se da cuenta.

—¿Va todo bien? Llevas todo el día sin decir nada.

—He discutido con Nelson.

—¿Qué os ha pasado?

—Nada importante, mamá. No te preocupes.

La madre mira el reloj. Las ventanas están abiertas de par en par. Laura se quita la camiseta y se dirige a la cocina.

—Voy a hacer la comida.

—Espera. Antes tengo que contarte algo.

Laura vuelve sobre sus pasos.

—He estado hablando con tu padre y hemos pensado que es buena idea buscar alguien para que cuide de la abuela. Mañana voy a poner un anuncio en el supermercado —dice la madre.

Laura arruga el entrecejo.

—¿Estás segura?

—Últimamente no doy abasto y papá está saliendo muy tarde de trabajar.

—Yo puedo pasar el tiempo que sea con ella.

—Cuando empiece el curso no va a ser lo mismo. Y tampoco quiero que estés siempre encerrada en casa.

La abuela Asunción empieza a llorar. La madre intenta calmarla acercándole un vaso de agua, pero acaba derramando el líquido en cuanto se lo acerca a los labios. Laura enciende el televisor y espera unos segundos con el mando a distancia en la mano. El llanto desaparece súbitamente.

—Ya está, abuela —dice Laura.

La madre retira la manta mojada. La sintonía del concurso hace sonreír a la abuela Asunción.

Aunque la operación continúa abierta, hasta el momento han sido detenidas setenta personas pertenecientes a una red que operaba con pornografía infantil a través de Internet. Los detenidos tenían en su poder cuarenta y ocho millones de imágenes con pornografía infantil, según fuentes policiales, descubiertas en una operación coordinada por la Interpol y en la que se han investigado más de cuatro mil descargas por Internet realizadas en España a través de servidores ubicados en Bélgica.

Las investigaciones se iniciaron en noviembre de 2007 a través de diversos foros de Internet. La policía belga había facilitado información a las autoridades españolas sobre varios foros de contenido pedófilo donde se podía acceder a fotografías y vídeos de menores siendo víctimas de abusos y vejaciones. La operación fue llevada a cabo por la Brigada de Investigación Tecnológica (BIT) de la UDEF Central con la colaboración de las Brigadas Provinciales de Policía Judicial afectadas. Los investigadores de la BIT de la Policía Nacional analizaron las descargas de este tipo de archivos realizadas desde España. Posteriormente, comprobaron que correspondían a ochenta usuarios, de los que setenta han sido identificados y detenidos.

Algunos de los arrestados tienen profesiones tan dispares como profesor, psicólogo, arquitecto, procurador, médico, sacerdote, entrenador infantil, trabajador de un centro de discapacitados o conserje de instituto. El material intervenido está siendo analizado para determinar si se trata solamente de descargas de material pornográfico infantil o si también existen abusos sobre menores por parte de algunos de los detenidos. Entre lo incautado, hay noventa discos duros, veinticinco CPUs, quince ordenadores portátiles, mil doscientos cuatro DVDs y CDs, ciento cuarenta y siete disquetes, ocho *pendrives* y cinco tarjetas de memoria. Además, se han registrado cincuenta y ocho viviendas en veinticinco provincias españolas.

Miriam se sirve una copa de vino hasta arriba. La botella ha quedado vacía. Aún hay algunos restos de comida sobre el plato, pero no quiere más.

—¿Te molesta que fume? —pregunta Miriam con ironía.

—En absoluto.

Miriam le roba un cigarrillo. Con la primera calada, tose.

—¿Quieres decirme algo? —pregunta Eduardo.

—No.

Eduardo cruza los cubiertos sobre el plato, se limpia los labios y se levanta. Ha arrastrado el mantel y a punto ha estado de derramar la copa de Miriam, que echa la ceniza en el cenicero y acaba por descabezar el cigarrillo.

—Espera.

—¿Qué quieres? —pregunta Eduardo colocándose el delantal.

Miriam mueve las piernas nerviosamente bajo la mesa. Eduardo abre el grifo del fregadero y empieza a lavar la vajilla. Siempre gasta demasiada agua. El estropajo recorre la superficie grasienta de la sartén. Miriam se levanta.

—Deja eso, por favor. Ya lo hago yo.

—No.

—Que sí —insiste.

La mano izquierda de Eduardo sostiene la sartén. Miriam se acerca por detrás. Eduardo la observa de soslayo. Siente su respiración nerviosa sobre sus hombros, ese silencio que cuenta lentamente hasta diez, hasta veinte. O más. El grifo sigue arrojando agua sobre el fregadero. Eduardo adhiere los dedos al mango de la sartén y tensa los músculos del brazo. De un solo golpe podría matarla, piensa. Miriam sonrío nerviosamente. Eduardo deja caer el chorro de agua hasta que desaparecen los restos de jabón. Mejor pensado, coloca la sartén en el escurridor.

—¿Qué pasa? —pregunta secándose las manos.

Miriam coge aire.

—El fin de semana pasado no estuve con Rosa.

En el vestíbulo se juntan algunos viajeros, un guardia de seguridad y un viejo que camina ayudado por un bastón. El hombre de la cicatriz se acerca a la taquilla y apoya en el suelo una pequeña maleta azul. Hay tres personas que lo preceden, pero el encargado despacha con celeridad. El tren está a punto de salir. Vía 2. El hombre de la cicatriz espera su turno hojeando el periódico, pero un minuto más tarde ya está ante el mostrador.

—A Santiago de Compostela, por favor.

El hombre de la cicatriz coloca un billete de diez euros sobre el mostrador.

—Muchas gracias —el empleado le acerca el ticket.

El hombre de la cicatriz guarda las monedas sobrantes, coge la maleta y sale tranquilamente al andén. Comprueba la situación del tren en un monitor y se introduce en el subterráneo mientras por la megafonía se anuncia algo ininteligible. Ascende por la escalera y regresa a la superficie ante una pareja que se despide y un hombre que discute por teléfono. El tren va a efectuar su salida. El andén se queda vacío: el chico que lanza un beso en el aire y el hombre que cuelga el teléfono con gesto de desesperación. El hombre de la cicatriz se sube al tren. El vagón está vacío. Camina por el pasillo, atraviesa una puerta, dos, tres, y encuentra compañía. Rondará los veinticinco años, cabello negro, ojos grandes, nariz afilada. Discreto escote, labios rotundos. Lee atentamente una revista femenina. El hombre de la cicatriz se sienta en un lugar discreto desde el que alcanza una buena perspectiva. Deja la maleta entre los asientos y se acomoda cuando el tren inicia el trayecto.

La chica cruza las piernas y sigue concentrada en la lectura. El hombre de la cicatriz abre un pequeño cuaderno: en su interior guarda un billete de avión. No volverá nunca. Atrás queda el recinto ferroviario y los montes quemados de Oregón se van perdiendo ante sus ojos.

—Cuando bajamos del bus lo vimos muerto en el suelo. Tenía la cabeza llena de sangre.

Antía se sienta en el suelo y junta las rodillas contra el pecho.

—¿Cómo está Laura? —pregunta.

—Lleva días sin decir nada. No quiere hablar del tema —dice Nelson.

—A mi madre le dio mucha lástima solo con verlo por la tele.

—Pues imagina si hubieses estado allí.

—Prefiero no pensarlo.

—A una señora mayor le dio un ataque de nervios y tuvieron que llevarla al hospital.

—Qué movida.

—El conductor se puso de rodillas. Tenías que ver cómo lloraba.

Una mujer sacude una alfombra por la ventana.

—Llamé ayer a Laura, pero no coge el teléfono —dice Antía.

—Yo paso de verla durante unos días.

Antes de hablar, Nelson arroja una piedra al río.

—Tienes razón. Mejor espera a que se le pase toda esta historia.

Antía hace volar la colilla del cigarrillo golpeándola con los dedos. Se levanta y se acerca a la orilla del río. Nelson se quita la camiseta y ocupa el lugar donde estaba sentada, con la espalda apoyada en la pared. Algún día, en algún momento tendrán que contárselo todo a Laura, piensa. Y quién sabe cómo reaccionará. Con ese genio que saca a veces, con esa angustia que se le pone detrás de los ojos cuando pierde el control. Por lo visto una vez tiró los libros del instituto por el hueco de la escalera. Antía gira la cabeza y observa el muro. Hace un gesto de extrañeza.

—¿Ahí no había un *graffiti* tuyo? El del mono disparando.

—Sí —responde Nelson—. Pero ayer le pusieron ese cartel por encima.

Antía se acerca para leer el texto.

*Plan de Carreteras de Galicia. Actuación: construcción del enlace entre las calles Ponte Pelamios y Ponte Codesal. Convenio: CPTOPOV-Ayuntamiento de Oregón.*

La grabación muestra un hombre de unos cincuenta años violando a una chica que no supera los quince. El lugar escogido, una nave industrial abandonada. El taxista se niega a continuar, pero una voz fuera de cuadro lo obliga a que penetre de nuevo a la chica. El taxista implora de rodillas y ofrece su vida. La voz insiste. La chica está inconsciente y fue golpeada brutalmente en la cara, de manera que no opone resistencia alguna. Tiene varios cortes profundos en los pechos y sangra abundantemente por la boca. La voz entra en cuadro y se distingue un hombre encapuchado que empuña una Star de 9 milímetros. Coloca el cañón de la pistola entre las cejas del taxista y le pide que continúe. La chica murmura algo ininteligible. El hombre se niega a hacerlo y la voz amenaza con asesinarla si no obedece sus órdenes. La chica se mueve en el suelo y el encapuchado le pide que elija entre morir o que el taxista continúe sobre ella. No responde. En una última demostración de fuerza, la chica le clava las uñas en el brazo derecho, pero desiste en cuanto recibe un nuevo golpe en la cara.

El taxista acepta continuar, pero le pide al encapuchado que no mate a la chica. Se coloca nuevamente sobre ella y le separa las piernas para introducirle un objeto cilíndrico. El encapuchado aprieta el botón del *zoom* y la cámara le dedica un primer plano. El objeto que entra y sale, entra y sale. Marta Nóvoa con las piernas abiertas, como alas extendidas.

—Ahora tú —dice el encapuchado—. Otra vez.

El taxista llora y reza una oración que aprendió cuando era niño.

El doctor Caride palpa cuidadosamente bajo la mandíbula de la pequeña. Una, dos, hasta tres veces. Estira los dedos hasta notar una pequeña inflamación. La madre observa el procedimiento mientras sostiene la chaqueta de la hija. El doctor repite la operación detrás de los oídos y en la parte posterior de la cabeza.

—Tranquila, Paula. Ya está terminando —dice la madre.

Las piernas desnudas de la cría —tiene una pequeña herida en la rodilla colorada con Betadine— cuelgan sobre la camilla. El doctor sonríe y le guiña un ojo. Está descalza: unos pies pequeños, casi de juguete. Siete años. Preciosa.

—Ahora te toca subir los brazos —le dice el doctor.

No parece muy conforme, pero finalmente acata la orden mirando a la madre. El doctor le explora las axilas. Una, dos, hasta tres veces.

—Me haces cosquillas —dice la cría con una sonrisa.

—Paula, por favor.

El doctor le agarra cariñosamente las mejillas.

—Ya está. Todo perfecto. Te has portado muy bien.

—¿Ves qué rápido? —le dice la madre.

—Ya la puedes vestir.

La niña salta enérgicamente de la camilla.

—Paula. Que te vas a enfriar, por favor —le advierte la madre.

La niña introduce los dedos de los pies entre los hilos de plástico de unas sandalias rosas. Se acerca a la madre y se pone la chaqueta con rapidez.

—Tiene algunos ganglios inflamados, pero no es nada importante —explica el doctor ante la mirada atenta de la pequeña—. Si ves que pasa más de una semana y que le siguen doliendo, volved por aquí. Pero es normal después de la infección que ha tenido.

—Muy bien. Mejor así, entonces —responde la madre.

—Cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo. Muchas gracias por todo. Adiós.

La niña coge la mano de su madre. El doctor le pasa la mano por el cabello.

—Adiós, guapa.

Se cierra la puerta lentamente. El doctor vuelve sobre sus pasos y se sienta detrás de la mesa. Le apetece un café.

El padre de Laura arregla un enchufe, desarma un grifo o inspecciona un calefactor con la misma curiosidad de un niño que se divierte destripando juguetes. Los resultados son siempre satisfactorios y todo vuelve a funcionar inmediatamente. Por esa razón se atrevió a construir un *punching-ball* doméstico para que Laura pueda ejercitarse en el garaje. Para qué comprarlo, pudiendo fabricar un aparato similar con un poco de paciencia. Una base de hierro perforada con un torno, una barra metálica y un muelle sobre el que descansa un viejo balón que andaba por casa. Unas soldaduras y listo. Laura ya tiene un *punching-ball*.

Llega el momento de estrenarlo. Laura se pone los guantes ceremoniosamente, ataca unos breves estiramientos con los brazos, suelta aire y bebe un poco de agua. Continúa con las piernas hasta que el cuerpo entra en calor. Finalmente, retrocede unos pasos y observa una vez más el invento discurrido por su padre. Hay que ver qué imaginación. La barra metálica parece muy firme y la base en que se sustenta pesa una barbaridad. Lo mejor de todo es que ya no recordaba la existencia de ese balón. Visto todo en conjunto, el aparato le recuerda una forma humana. Una gran cabeza redonda, cuerpo delgado y unos enormes pies planos. Laura no lo piensa más y ataca el cuero con una patada. El balón que oscila, el muelle que resiste, la base que permanece inmóvil. Perfecto. Se suceden los golpes con las manos, con los pies. Más fuerte. Laura baila alrededor del *punching-ball* y lo somete a uno duro castigo. Un golpe de izquierda, otro rápido con la derecha. Pierna que estira, patada.

Laura está sudando. Dicen que cuando haces deporte el cuerpo genera endorfinas que te hacen sentir más feliz. Algo así. Otro golpe seco, patada en el aire. Puños al cuero. Acaba de sonar el timbre, pero Laura no oye. El balón sufre. Esa gran cabeza humana moribunda, tatuada con hexágonos negros. El timbre sigue sonando y Laura golpea por última vez. No sabe quién puede ser a esas horas. Se quita los guantes y los coloca sobre un pequeño estante, a un lado del gato de pelo amarillo. Aún sofocada, con un cerco de sudor sobre el pecho, abre la puerta próxima a la persiana del garaje. Ante ella, una mujer de unos cuarenta años. Le parece muy guapa.

—Hola. Venía por lo del anuncio. Me llamo Ánxela.